
3 1761 04117 7528


FERNANDO MARISTANY
LAS CIEN MEJORES
POESIAS LIRICAS DE
LA LENGUA PORTUGUESA
EDITORIAL CERVANTES : VALENCIA

# *Las cien mejores poesías*
## *(líricas)*
# *de la lengua portuguesa*

*Traducidas directamente en verso*

*por*

*Fernando Maristany*

*Prólogo de*

*I. Ribera - Rovira*

**AMÉRICA**

Editorial Tor
Victoria, 788
BUENOS AIRES

**ESPAÑA**

Editorial Cervantes
Hernán Cortés, 8
VALENCIA

**1918**





## *OBRAS DE FERNANDO MARISTANY*

**Poesías excelsas (breves) de los grandes poetas,** traducidas directamente en verso del italiano, alemán, inglés y francés.

**Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua francesa,** traducidas directamente en verso. Segunda edición.

**Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua inglesa,** traducidas directamente en verso, con un prólogo de Enrique Díez-Canedo.

**Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua portuguesa,** traducidas directamente en verso, con un prólogo de I. Ribera-Rovira.

EN PREPARACIÓN

**En el azul.....** Rimas originales.

**Florilegio de poesías excelsas** (griegas, latinas, italianas, portuguesas, francesas, inglesas y alemanas), traducidas directamente en verso.

**Antología general de poetas franceses,** con un prólogo de Alejandro Plana.

A ENRIQUE DIEZ-CANEDO

EXQUISITO POETA Y ESPEJO DE CRITICOS

*Fernando Maristany.*

# PRÓLOGO

LECTOR: es este libro una Antología de poetas líricos portugueses clásicos, modernos y contemporáneos, vertidos al idioma castellano por D. Fernando Maristany. Se trata, pues, de una traducción de algunas de las más bellas poesías de los poetas lusitanos que en todos los tiempos han ennoblecido el genio humano.

Sorprenderá a muchos ver que aún interesan a españoles cultos las altas manifestaciones de la cultura portuguesa, --de tal manera el secular antagonismo luso-castellano se ha empeñado siempre en mantener alejadas y agresivas las almas de los dos pueblos hermanos.— La poesía de Camões, el épico inmortal; las inefables líricas de Bernardim Ribeiro, de Christovam Falcao, de Diogo Bernardes y de Sá de Miranda; la obra de los Humanistas, la Arcadia, Bocage, la época romántica y el actual poderoso renacimiento, eran aquí casi totalmente ignorados, sin que, aparte alguna brillante chispa, hubiesen llegado a interesar a aquellos de nuestros espíritus más selectos y desvelados. Todo lo más, una fugitiva aproximación que la simpatía personal provocaba; una referencia periodística rápida y vaga, hija del *dilettantismo* literario; una impresión rutilante de turista... Y nada más.

En 1905, las conferencias sobre Arte y Literatura portuguesa dadas por mí en el Ateneo Barcelonés, creo que fueron las primeras tentativas de seria iniciación en el estudio de la cultura lusitana. En la «Biblioteca Popular de l'Avenç», de Barcelona, fueron editados esos ensayos. Por aquella época, apareció un libro mío en catalán, *Poesia & Prosa,* en el que reuní algunas traducciones de poetas por-

tugueses. El glorioso maestro Juan Maragall, en el prólogo de ese libro, escribió lo siguiente: «Portugal y Cataluña. No es muy fre»cuente hallar hermanados esos dos nombres. Parece que, tanto en »la geografía como en la historia, requieren un lazo de unión o bien »un nombre que los componga juntos con otros, en un todo: la Pe»nínsula hispánica. Pero, dentro de ella, el mismo elemento que ha »presidido sucesivamente a su composición y descomposición política, »al unirlos los ha diferenciado, y al separarlos los ha unido en un »concepto de diferenciación consigo mismo. Cuando Castilla asumió »la integración política de toda la Península española, debió atender »a que en ella había una España atlántica, una España central o inte»rior y una España mediterránea; y cuando, por no haber atendido »a ello lo bastante, por no haber sido capaz de fundir en uno los tres »elementos, vino la descomposición, Castilla hubo de reconocer en »un solo concepto diferencial de sí misma a Portugal y Cataluña. »Y aunque la diferenciación haya llegado a todas las consecuencias »políticas en uno, y en otro a no tantas o no tan resueltamente en »apariencia, el hecho espiritual era idéntico, y éste es la esencia que »un día u otro determina el hecho exterior.

»Actualmente, en la Península hispánica, por encima o por »debajo de las fronteras o no fronteras políticas, se encuentran tres »familias nacionales bien definidas por su habla: —la galaico-portu»guesa, la castellana y la catalana, que ocupa también las islas Ba»leares: —son la España atlántica, la España central y la España medi»terránea. Son tres zonas geográficas, tres fajas verticales y paralelas »de arriba abajo de la Península hispana. Aquel que del reconoci»miento de este hecho natural supiera y pudiera iniciar una política »peninsular, seguramente daría a España la gloria y el bienestar de »los pueblos que viven conforme a la ley de su naturaleza.

»Mientras eso no sea aún una realidad, y para que lo sea, con»viene, pues, que las tres naciones hispanas se conozcan y se traten »íntimamente: no para intentar dominarse unas a otras, o fundirse »en una sola cosa híbrida y por lo tanto impotente e infecunda; »sino, por el contrario, para hacerse del todo conscientes de la indi-

»vidualidad de cada una, educándola, robusteciéndola; para recono»cerse mutuamente sus variadas cualidades o sus defectos, y para in»teresarse en aprovecharlas o suplirlas unas con otras, formando así »una franca hermandad sin recelos y llena de esperanzas.

»Ahora bien: nosotros, y los portugueses, apenas nos conocemos. »Y a fe que nos conviene conocernos, pues recibimos el espíritu de »los dos mares opuestos y seguramente tenemos muchas cosas que »decirnos. Unos y otros tenemos para España los dos grandes ca»minos del mundo, y las dos lenguas tienen una profunda semejanza »de dulzura, con la variedad que nace de las claras olas del Medite»rráneo por un lado, y por otro de las más oscuras y dilatadas del »Atlántico. Estas brisas marinas tienen que encontrarse por encima »de las secas llanuras castellanas y, al penetrarlas, con su húmeda sa»lobrosidad, hacer un ambiente general peninsular que sea para todos »más respirable que el de ahora. El aire enrarecido del desierto »central hará que naturalmente los dos vientos del mar se precipiten »allí y con él se junten, oreando toda la Península. Esta atracción, »natural y bienhechora, por encima de las mesetas de Castilla, ha »sido siempre presentida y solo circunstancias históricas, que hoy »tienden a desaparecer, han podido contrariarla.»

*
* *

De un tiempo a esta parte ha surgido en España, en opuestos campos políticos, una aspiración, formulada artificialmente, sin conciencia verdadera de la responsabilidad contraída y sin haber compulsado la previa e indispensable opinión de los respectivos pueblos, hacia un iberismo que en algunos alcanzaba la vaga solución federalista y en otros la ruda expresión del tradicionalismo hegemónico español.

Adelantándome a esas arbitrarias interpretaciones iberistas, —tópico fácil de toda casta de propagandistas políticos—, publiqué hace años un libro sobre *Iberismo,* que prologó magistralmente el sabio portugués Dr. Theophilo Braga. A hegemonistas y federales,

yo repliqué con un nuevo sistema político a base de la igualdad de los pueblos o naciones ibéricas, respetando la diversidad que la naturaleza, la historia y la voluntad colectiva han establecido de una manera indestructible y asegurando así la fraternidad entre esos pueblos que, viviendo sin recelos su propia vida, juntos contribuirían al progreso de la humanidad y al cumplimiento de la misión social e histórica que el destino les ha asignado.

Al par de esas corrientes iberistas en lo político, otros espíritus de elección—pocos, por desgracia,—han ejercido la lusofilia en el terreno más noble de la cultura, contribuyendo a estrechar las relaciones espirituales entre Portugal y España por medio del estudio y de la divulgación de las manifestaciones literarias y artísticas de la civilización portuguesa. Entre esos felices arautos de la hermandad luso-española, hay que citar con merecido elogio a Giner de los Ríos, Labra, Unamuno, Díez-Canedo, Marquina, González Blanco, Valle-Inclán y pocos más. Entre esa luminosa falange se alinea hoy meritísimamente D. Fernando Maristany, autor de la presente Antología de poetas portugueses.

*
* *

La persistencia de la raza portuguesa es un hecho notable que se observa al través de toda la historia lusa, a pesar de la insistencia desnacionalizadora del espíritu jesuítico que ha creado el estado de alma de *apagada e vil tristesa,* según camoneana expresión, lo que el Dante llama *viltá,* como recuerda oportunamente Lopes-Vieira.

Este substractum poético ha dictado la obra de los trovadores luso-gallegos, ha informado el tiernísimo panteismo franciscano en la leyenda de la Reina Santa y ha cincelado las trovas del rey Don Diniz, el primer gran poeta portugués. Aparece, aún, el relieve subjetivo, ya inconfundible, de la sensibilidad lusitana, en las cartas atribuídas a Egas Moniz Coelho, dirigidas por el poeta a Violante, versos que «para florecer necesitan espacio y sol, dolor sincero y profundo amor». En la radiante alborada del Renacimiento portu-

gués del siglo XVI, Bernardim Ribeiro y Christovam Falcão son los postreros ecos del lirismo trovadoresco, renovado por el neoplatonismo italiano. Y antes de que las hogueras de la Inquisición destruyan la libertad de conciencia, un genial juglar, maese Gil Vicente, desde los mismos palacios reales lanza su carcajada irreverente, de fuertes sonoridades plebeyas, que irrita al clero y a la nobleza. En este momento de su vida colectiva, ha realizado Portugal, ante el mundo pasmado, su grandiosa obra de civilización: los descubrimientos atlánticos. Camões, surge entonces magníficamente cantando el heroismo de los lusíadas. El sentimiento religioso del Océano que atraviesa toda la vida nacional, cristalizó en la tradición popular, floreciendo en el conmovedor romance de la *Nau Catrineta*.

Arrebatando al pueblo su festiva poesía que le truecan por el espectáculo cruento de los autos de fe; viviendo los poetas en las antecámaras de los palacios y de las academias; el genio de la raza decae y se abisma en aquella *apagada e vil tristesa* que sólo podrá borrar el renacimiento poético novocentista. En el siglo XVII, Francisco Rodrigues Lobo aún sabrá escribir algunos cantares lozanos; Antonio Vieira hará una noble defensa de los esclavos; Fray Agostinho da Cruz conquistará un lugar preeminente entre los grandes místicos, y el P. Manuel Bernardes—ese Anatole France setecentista—contará bellas consejas en prosa galana; pero Bocage, el gran insumiso, la última ráfaga del genio popular, se matará, desconcertado, en plena juventud; y tan sólo un librito compuesto de cinco cartas íntimas escritas por una pobre joven provinciana, enseñará al siglo frívolo la gravedad de la pasión de amor con su inmortal suspiro: Sor Mariana Alcoforado. Más adelante, en su fría celda de emigrado político, el gran Almeida Garrett rememora los viejos cuentos y romances que mecieron su cuna y se revela ante sus ojos encantados la gran alma poética de Portugal, que mantiene aun en medio de las mayores amarguras, su fondo lírico ancestral. Finalmente, Camilo, la grande y trágica figura de Camilo, hunde su frente febril en el sentimiento genuino, hecho sangre y hecho espíritu, como la más generosa glorificación del genio amortecido de

la raza. Anthero, la torturada alma genial de ese Prometeo lusitano; Antonio Nobre, que esculpió la grandeza del poema *Só;* João de Deus, el inefable, el angélico; y aun Soares de Passos, Cesario Verde... Después, la furiosa avalancha del exotismo, y peor aún: el anodinismo inculto uniformizando la literatura portuguesa en una extraña tónica huérfana de matices típicos y geniales, entregada a las preferencias de ropaje externo, pobrísima de fuerza interna, desperdiciando el esfuerzo de dos generaciones hasta llegar al renacimiento que ahora despierta.



Faltóle, a Portugal, un equilibrio seguro entre la poesía y la filosofía. Los poetas traerán la corriente filosófica—que es la conciencia nacional formulada—y realizarán el maridaje del sentimiento y del pensamiento, del entusiasmo y del sentido, que han de resucitar el genio de la raza.

Tendiendo la Humanidad a las grandes síntesis sociales, políticas, filosóficas y artísticas, sólo aquellos pueblos que tengan fuertemente acentuado su espíritu característico se salvarán del amorfismo, de la superposición espiritual que los unifique o funda en el pueblo interventor, que los absorberá a manera de apéndices materiales. Por eso la misión de las nacionalidades cuya existencia actual no sea un banal episodio de la historia humana, ha de consistir en fortalecer su espiritualismo, especializándose firmemente, y en hacer revivir las inmortales genuidades de su peculiar genio nacional. Esta noble misión está reservada a los poetas, a los artistas, a los filósofos, que deberán hacer propender el alma de las multitudes hacia el origen patriótico nacional, despertándoles sus características propias, definiéndoles la propia etnogenia, indispensables para la armónica diversidad humana y como resultante del triunfo del Espíritu sobre la Materia. La novísima generación lusitana, a pesar de la reacción clásica de las academias y de la deprimente disciplina universitaria, camina hacia la gran síntesis que afirmará el genio de la raza, siguiendo

el movimiento del pensamiento humano que en la música realizó Wagner, en la escultura Rodin y en la pintura ya se adivina por la inquietud dolorosa de las más atrevidas teorizaciones. El retorno a los orígenes espirituales de la raza tiene en Portugal cultivadores insignes. Teixeira de Pascoaes es el poeta del *Saudosismo,* dentro del cual, y siguiendo la órbita fecunda del excelso sentimiento añoradizo y místico, gira toda su obra poética. Ella trasciende de ese inefable sentimiento peculiar de la raza luso-galaica, un «sentimiento corpóreo» llamado *saudade,* o sea «el recuerdo de alguna cosa con deseo de ella», como decía Duarte Nunes de Leão, y que motiva sus poesías. La *saudade* portuguesa es la *añoranza* catalana, que el alma española se ha incorporado bellamente.

* * *

Cuando el Sr. Maristany me hizo el honor de recabar mi cooperación de prologuista en su Antología, coincidimos en apartarnos de la costumbre de dedicar solamente a los poetas que fueron la preferencia crítica. Entendimos que una Antología de poetas lusitanos no sería hoy completa si no se integrara en ella la actual brillante generación poética saudosista que constituye un caso de excelsitud, único en la historia literaria de Portugal.

En torno de ese renacimiento del espíritu poético y religioso lusitano que florece en la *saudade,* se reunen todos los noveles, y algunos de ellos grandes poetas actuales: Guerra Junqueiro, Gomes Leal, Eugenio de Castro, Antonio Corrêa d'Oliveira, Alfonso Lopes-Vieira, Augusto Gil, Jaime Cortesão, Mario Beirão, Augusto Casimiro, Antonio Patricio, Alfonso Duarte, Antonio Ferreira Monteiro, Alfredo Brochado... El saudosismo tiene su filósofo admirable en Leonardo Coimbra con su teoría del *Criacionismo,* según el cual «el conocimiento que el hombre tiene de las cosas deriva, en parte, de las mismas cosas y en parte de nuestro sér subjetivo. El árbol que nosotros vemos, por ejemplo, resulta, al mismo tiempo, de nosotros mismos y del propio árbol: eso es, su imagen está hecha

de nuestro sér espiritual y de su sér vegetal. Y así tenemos el conocimiento de las cosas compuesto de los mismos elementos que forman la *saudade:* espíritu y materia». Y este resurgimiento viene a ser la laborada de un nuevo ciclo de civilización atlántica, la promesa del advenimiento de un supra-Camões, la esperanza de que Portugal aportará algo nuevo a la humana civilización.

Las novísimas orientaciones poéticas, en Portugal, tienden a la exaltación del espíritu de la raza lusitana. No vaya a creerse, empero, que el Saudosismo constituya una teoría nueva, original, nó.

En el fondo es el mismo sentimiento elegíaco, idílico, amoroso, que baña suavemente toda la poesía portuguesa: así como una fuente eterna de las emociones que hacen latir el alma poética lusitana, o bien como el retorno a la genuinidad excelsa que ha producido los reales valores estéticos que honran magníficamente a la literatura de Portugal; retorno a la genuinidad que ha desarraigado toda casta de exotismos y extravagancias, guiando por la mano a seguro puerto el espíritu desorientado de los verdaderos poetas. La generación nueva ha crismado con el espiritualísimo nombre de Saudosismo la corriente genuína, amorosa, idílica y elegíaca—tal vez demasiado elegíaca y decadente—que aún en el pasado siglo enaltecieron de una manera inmortal estos poetas hondamente portugueses que fueron Garrett, João de Deus y Antonio Nobre, y que florece en la obra colosal del novelista Camilo Castelo Branco. Propiamente, dentro del Saudosismo caben todos los poetas portugueses actuales y pretéritos que han cantado la verdad de la vida, anímica y corpórea, del pueblo portugués. Pero la poesía de los poetas saudosistas agrupados en la admirable *Renascença Portuguesa* y en su órgano en la prensa, la magnífica revista *A Aguia*, de Porto, es una poesía anímica, sintética, que espiritualiza la imagen de las cosas terrenales, buscándoles el *más allá;* demasidao espontánea para ser simbólica y cuya metafísica instintiva permite aproximarla al bergsonismo por su dinamismo y movilidad, pero difiere de él, como reconoce Philéas Lebesgue, por su propia aspiración a crecer, a generar por el Espíritu un exceso de potencia capaz de favorecer el nacimiento mesiánico de

cualquier Dios. Arrancando del hecho histórico y social de la existencia de la nación, del pueblo-nacional, los poetas portugueses rehacen en sus cantos la peculiar y mortecina vida del espíritu lusitano, rehabiendo y reivindicando la originalidad creadora del genio religioso, filosófico y artístico de su pueblo. La característica espiritual de la raza lusa, la resume bellamente el concepto de esta palabra maravillosa: *saudade,* símbolo excelso del alma patria, tal como es ella como valor humano, síntesis de la vida anímica y de la vida corporal, corazón y espíritu fundidos en el aroma de un «sentimiento corpóreo». *Saudade* es la palabra-sentimiento que revela, en forma maravillosa, el genuíno sentido elegíaco de la raza portuguesa, sentido que en la poesía, mejor que en cualquier otra manifestación estética, florece espléndidamente. Por eso en las artes plásticas, hoy tan decadentes en Portugal, solamente Soares dos Reis, en su *Desterrado* famoso, interpretó el sentido elegíaco de la emoción lusitana; en la pintura, Columbano en sus cuadros de época y Carneiro en sus figuras transfiguradas. En la expresión musical, la *saudade* es el *fado,* la canción popular, el inefable cantar lírico. En la tradición histórica, la *saudade* es el Sebastianismo, el anhelo por el advenimiento mesiánico del *Deseado,* el rey adolescente de la derrota de Alcacer-Kibir. Los poetas de la nueva generación que quieren descubrir el perdido camino de la genuinidad estética nacional, se cobijan bajo la *saudade,* porque ésta los dirige dulcemente hacia la senda elegíaca, amorosa, idílica, de la cual se habían desviado las pasadas generaciones literarias, empujadas por las más locas corrientes de extranjerismo.

«En el pueblo español—dice Teixeira de Pascoaes—domina la »sangre semita que le hizo ser ferozmente espiritualista, violento y »dramático. En el pueblo italiano domina la sangre aria que lo volvió »exclusivamente pagano. Véase el deseo con que sus artistas abraza»ron el arte greco-romano apenas los primeros investigadores lo des»cubrieron. Los mismos Pontífices sintieron la voz de su sangre »dominando y venciendo a la palabra de Cristo. El enlace que ocurrió »en Italia, de algún modo, entre el *Cristianismo adquirido* y el *Paga»nismo nato,* fué un enlace frío, externo, sin que lo motivara el ver-

»dadero amor. Jesús era la moda, pero Apolo estaba en la sangre. »Las vírgenes de los pintores del Renacimiento son ninfas de los »bosques sagrados enamoradas de Pan. La aureola divina que las »circunda no es la luz del alma: es la luz del alba. Tengo presente en »la memoria la María Magdalena de Rafael, que ví hace años en el »Museo del Prado. Es una ninfa con un crucifijo oscuro en las manos »indiferentes. Pero el pueblo portugués, creando la *saudade,* que es »el Deseo y el Dolor, que es Venus y María, el Espíritu semita y el »Cuerpo aria, vivió el propio Renacimiento que supo encontrar en »el alma de nuestra Raza, su expresión viviente y espontánea, su »fuerza, que, al ponerla de nuevo en movimiento, creará una nueva »Civilización. El espíritu lusitano abrirá en la historia una nueva Era. »Si: la *saudade* es el Renacimiento vivido por el alma de un pueblo y »no creado por el artificio de las artes plásticas como ocurrió en Italia. »La *saudade* es el espíritu lusitano en su super-vida, en su aspecto »religioso. Ella contiene una nueva Religión, derivada del Paganismo »y del Cristianismo. Y nueva Religión quiere decir nuevo Arte, »nueva Filosofía, un nuevo Estado, por tanto. Ved el riquísimo ma- »nantial inexplotado de vida nueva que existe en nuestra alma tan »árida como nuestra tierra, donde todos debemos ir a beber la ins- »piración orientadora de nuestros actos, de nuestras ideas y de »nuestros ensueños, ya sea en el campo del Arte, de la Filosofía o de »la Religión, como en el campo político.»

He ahí la alta orientación del nuevo espíritu poético lusitano. Y es muy cierto que, nunca como ahora, tan señalada y numerosa pléyade de poetas cantó al son de la lira apolínea en esa bendita tierra embebida de luz, y ese canto no es el del cisne moribundo, sino la melodía primaveril, el oculto y misterioso prenuncio de renovación de la raza portuguesa.

Los poetas saudosistas están tocados de una tan maravillosa sensibilidad que, hasta en sus aspectos de trascendencia filosófica, mantienen sus poesías dentro de la línea pura, impecable, simple y luminosa, de los más grandes poetas del mundo. Podríamos filiarlos en la escuela de los inmortales espiritualistas ingleses: Burns, Words-

worth, Shelley, Tennyson, Browning y el propio Oscar Wilde. Indudablemente la poesía inglesa, de tan honda tradición ligúrica y celta, habrá contribuído a depurar el alma poética lusitana, celta también en sus orígenes, libertándola del academicismo ochocentista, del romanticismo exaltado y del preciosismo a la francesa. El retorno a lo genuíno, a lo popular, a lo eterno, a la pureza espiritual lusitana, intensamente sensible, ingenua y panteísta, constituye la característica de la joven pléyade de poetas saudosistas.

Por eso, reducir una Antología de vates lusitanos a la serie didáctica de los que fueron, era condenar a pobreza la más pura expresión del genio luso, pecando al mismo tiempo de injusticia al ocultar aquellas sublimes manifestaciones que modernamente han venido a demostrar la persistencia poética de la raza. La mediocridad de la poesía lusitana que arrastró tres siglos de pesadez y pedantería infinita cerrado el ciclo de oro del Seiscientos, queda olvidada ya ante la magnificencia de la nueva generación poética, que la escuela saudosista ha devuelto a la tradición nacional, poetas de la emoción espiritual sutil y del maravilloso sentido íntimo de las cosas que ellos descubren con rara y exquisita sensibilidad.

Portugal es para nosotros un grande ejemplo y una grande enseñanza. A pesar de todas las corrientes de desnacionalización que aquel pueblo ha sufrido, al igual de los demás pueblos ibéricos, la persistencia poética de la raza se ha mantenido gloriosa a través de la historia y de los tiempos. Aquí está, precisamente, el nexo vital de su independencia.

*
* *

A un peninsular culto, debería por un igual serle fácil el manejo y comprensión de los tres grandes idiomas ibéricos: el castellano, el portugués y el catalán. La literatura y de ella la Poesía, su rama más noble, genuína expresión del genio de la raza, fundiría así más fraternalmente las almas hispanas, y los hombres y los pueblos que viven en el solar ibérico se amarían más porque más y mejor habrían profundizado en el conocimiento de su existencia espiritual.

Que los grandes ingenios de la literatura peninsular pudieran fácilmente apreciarse en sus idiomas originales; que por un igual pudiera la *élite* intelectual luso-hispano-catalana familiarizarse en el manejo y comprensión de los tres imperecederos idiomas que han levantado tan insignes monumentos literarios, y habremos establecido una paz, una ciudadanía espiritual ibérica llena de promesas y esperanzas.

Mientras ese noble desideratum no sea un hecho—y para que lo sea—a aquellos que sufrimos por el alejamiento absurdo en que viven las almas y los pueblos ibéricos, no nos queda otro recurso, para restablecer la hermandad literaria, que ir vertiendo a nuestros peculiares idiomas las manifestaciones más excelsas del ingenio y del alma de nuestros hermanos, yendo poco a poco encaminando las preferencias populares hacia el más leal e inmaculado iberismo: el iberismo surgido del mutuo amor y de la admiración mutua.

Y ¡qué grande y glorioso estímulo no sería para unos y otros esa fraternal inteligencia en las regiones del arte y de la ciencia! Y ¡de qué manera tan admirable, la Iberia-mater, podría dirigirse en lenguaje integral a sus hijos de la América latina que hablan los idiomas ibéricos! Y ¡qué campo vastísimo a las conquistas y al porvenir del genio ibero en su cruzada por la hegemonía espiritual del mundo!

Pero esa noble aspiración de los poetas, choca contra la beocia política que, aquí como allá, por un afán de egoismo zoilo y por el atavismo chovinista de un odio feroz, se empeña en tener divorciadas las tres almas ibéricas levantando entre cada pueblo aquella barrera de bronce soñada por D. Juan II, tan alta que ni los pájaros de raudo vuelo pudieran jamás atravesarla.

Bienvenido sea, pues, ese generoso y exquisito poeta amigo, don Fernando Maristany, que nos brinda en estos momentos de terrible convulsión espiritual por que atraviesa el mundo, el suavísimo dón de una Antología de vates lusitanos vertidos al idioma castellano. Así, con su obra de fraternidad y por gracia de poetas, habremos redimido a España de su culpa perpetrada al través de los siglos por una política desatentada, que sólo ha servido para ahondar diferen-

cias raciales y ahuyentar toda generosa tentativa de aproximación espiritual entre españoles y portugueses.

Unas palabras, aquí, para finalizar, en elogio del traductor.

Cuando una traducción se aparta de aquel mecánico malabarismo gramatical o a veces meramente vocabular, y busca, halla y extrae el sentido íntimo del pensamiento original creado por el autor; cuando el traductor llega a descubrir el inédito matiz, el eco perfecto, el oculto perfume de la poesía exótica y lo vierte preciosamente en el incensario maravilloso del sentimiento, ¡oh! entonces la traducción es una tarea magnífica que mucho ennoblece a aquel que bien la cumple.

Son como buscadores de tesoros los buenos traductores, o como habilísimos lapidarios que saben dar luz de sol a las múltiples facetas de la sensibilidad y de la emoción. Son así mismo importadores de la riqueza espiritual más pura que poseen los hombres de la tierra, y sus almas, son las almas torturadas y extáticas que contemplan y descubren los más sutiles misterios de los espíritus elegidos. Los que hemos padecido esa dulce tortura, comprendemos toda la grandeza de la labor de D. Fernando Maristany al incorporar a la literatura española las más insignes manifestaciones del genio poético anglo-latino, cumpliendo su alta misión estética con una sinceridad y una galanura insuperables. Y para mí, que a ese tormento, junto la condición de enamorado de la cultura portuguesa y me enorgullece el haber sido en España el primero y afortunado arauto de las novísimas tendencias poéticas lusitanas, tiene esta Antología un doble e íntimo encanto.

Ha publicado el Sr. Maristany en el espacio de pocos años la traducción de las más excelsas poesías francesas, italianas, inglesas y portuguesas. Indudablemente la sensibilidad del traductor se adapta mejor y más íntimamente a la espiritualidad lusitana y sajona, que a la francesa y a la italiana. Por eso cuando interpreta los poetas ingleses y portugueses, sobre todo los saudosistas, la labor de traducción es en él de una absoluta identificación, de una completa comprensión de las más sutiles emociones y de los más hondos matices

anímicos. Y la razón de esa feliz coincidencia la encuentro yo en el carácter intensamente espiritualista, en la idiosincrasia, en el orígen racial del traductor—manifestados claramente en su obra poética original—que en todo momento y aún vistiendo su emoción con la pompa del idioma castellano, revela su alma de catalán, su genealogía, su etnogenia ligúrica y celta, su inquietud de levantino que vió llegar por el mar azul, el alma maternal de Grecia.....

Con la publicación de la Antología de Poetas portugueses, don Fernando Maristany presta un señaladísimo servicio a la cultura española y a la hermandad de las almas ibéricas.

*I. Ribera-Rovira.*

Barcelona, Abril de 1918.

# PROPÓSITO

PUBLICAR una antología de poetas líricos portugueses en un país extranjero y no dar en ella un lugar a los actuales, fuera quitar a la obra uno de sus mayores encantos. El renacimiento lírico de hoy es único en la historia literaria del país vecino. Por eso no hemos vacilado ni un momento en modificar para este libro el plan que teníamos establecido de distinguir tan solo a los poetas muertos en estas colecciones de cien poesías selectas. Y a fin de dar nuevo equilibrio a nuestra obra total, ofrecemos a nuestros lectores añadir más tarde a *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua inglesa* un pequeño apéndice que se refiera a los poetas nuevos. En cuanto a *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua francesa*, ello no será necesario, puesto que en nuestra *Antología general*, que verá en breve la luz, hemos dado cabida a los poetas actuales.

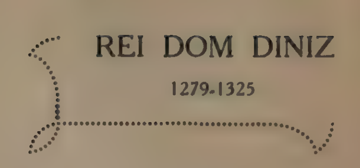
De las cien mejores poesías líricas portuguesas bellamente elegidas por Carolina Michaëlis de Vasconcellos, hemos traducido las que hemos juzgado más convenientes desde nuestro punto de vista de traductor, y hemos com-

pletado el libro con los poetas fallecidos después de dicha selección y con algunos de entre los más representativos del actual renacimiento.

Al dejar a esos deliciosos poetas lusitanos para proseguir nuestra tarea cultural, lo hacemos con profunda emoción; les debemos horas que jamás podremos olvidar.

¡Oh si esa obra de amor que ofrecemos a Portugal, España y América, sirviera para estrechar lazos de amor...!

F. M.




## *Cantar de amigo*

«¡Ay flores, ay flores del verde pino,
Si supiérades nuevas de mi amigo.
¡Ay Dios! ¿dónde está?

¡Ay flores, ay flores del verde prado,
Si supiérades nuevas de mi amado!
¡Ay Dios! ¿dónde está?

¡Si supiérades nuevas de mi amigo,
El que mintió después de estar conmigo!
¡Ay Dios! ¿dónde está?

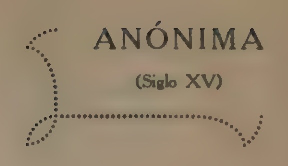
¡Si supiérades nuevas de mi amado,
El que mintió después de haber jurado!
¡Ay Dios! ¿dónde está?»

«Señora, ¿preguntáis por vuestro amigo?
Pues yo os afirmo que está sano y vivo.
¡Ay Dios! ¿dónde está?

Señora, ¿preguntais por vuestro amado?
Pues yo os afirmo que está vivo y sano.
¡Ay Dios! ¿dónde está?

Pues yo os afirmo que está sano y vivo
Y habreisle dentro el plazo prometido.
¡Ay Dios! ¿dónde está?

Pues yo os afirmo que está vivo y sano
Y habreisle dentro el plazo señalado.
¡Ay Dios! ¿dónde está?»




# *Serranilla popular*

La sierra es muy alta, muy fría y nevosa;
Ví venir serrana gentil y graciosa.

La sierra es muy alta, muy blanca y muy fría;
Ví venir serrana plácida y garrida.

Ví venir serrana gentil y graciosa;
Lleguéme hacia ella con parla amorosa.

Ví venir serrana plácida y garrida;
Lleguéme hacia ella con gran cortesía.

Lleguéme hacia ella con parla amorosa;
Díjela: Señora, ¿vos no sois medrosa?

Lleguéme hacia ella con gran cortesía;
Dijela: Señora ¿queréis compañía?

Díjela: ¿Medrosa vos no sois, Señora?
Díjome: Fidalgo, dejadme en buen hora.

Díjela: Señora: ¿queréis compañia?
Díjome: Escudero, seguid vuestra vía.

# ROMANCES TRADICIONALES

## *La nave Catrineta*

¡Ved la nave Catrineta!
¡Mucho os pudiera contar!
Oíd su historia, señores,
Que es historia de pasmar.
Hacía más de año y día
Que andábamos por el mar.
No quedaba que comer,
No quedaba ni un manjar.
Cogimos un día un sollo
Para, al siguiente, yantar.
Mas era el sollo tan malo
Que lo tuvimos que echar.
Dejamos a la ventura
Quien se había de matar;
Luego fué a caer la suerte
Al capitán general.
«Sube, sube, marinero,
Sube a ese mastil real;
Vé si ves tierras de España
O playas de Portugal».
«No veo tierras de España
Ni playas de Portugal,
Mas siete espadas desnudas
Que están para te matar».
«Arriba, arriba, gaviero,
Súbete al tope real;
Vé si descubres España
O arenas de Portugal».
«Albricias, mi capitán,
Mi capitán general,
Ya veo tierras de España
Y arenas de Portugal.
Allí descubro tres niñas
Debajo de un naranjal:
La una sentada a coser,
La otra a la rueca a hilar,
La más hermosa de todas
Está en el medio a llorar».
«¡Son mis hijas! ¡Hijas mías!
¡Quién me las diere a abrazar!
La más hermosa de todas
Contigo se ha de casar».
«No quiero la vuestra hija
Que harto os costó la criar».

«Daréte tanto dinero
Que no lo puedas contar».
«No quiero vuestro dinero
Que harto os costó lo ganar».
«Daréte el caballo blanco
Que nunca tuve otro igual».
«Guardáos vuestro caballo
Que harto os costó lo domar».
«Daréte esa misma nave
Para en ella navegar».
«Guardaos también la nave
Que no la sé gobernar»
«¿Qué quieres, mi marinero,
Qué albricias te puedo dar?»
«Capitán, quiero conmigo
El alma tuya llevar».
«Reniego de tí, demonio,
Que me querías tentar;
Mi alma tan solo es de Dios
Y el cuerpo lo doy al mar».
Tomóle un angel en brazos
Y no dejóle se ahogar;
Castigó luego al demonio;
Calmáronse viento y mar.
Y la nave Catrineta
Pudo a la noche varar.

# *Conde Niño*

Va el conde, va el conde Niño,
Va su caballo a bañar;
Mientras bebe su caballo
Canta un hermoso cantar.
«Bebe, bebe, mi caballo,
Que Dios háte de librar
De los trabajos del mundo
Y las arenas del mar.»
«Despierta, oh bella princesa,
Escucha un lindo cantar:
¿Son los ángeles del cielo
O las sirenas del mar?»
«Ni los ángeles del cielo
Ni las sirenas del mar,
Es el conde, el conde Niño;
Conmigo quiere casar.
«Si quiere casar contigo
Yo le mandaré matar.»
«Pues cuando le dieres muerte
Mándame a mi degollar;
Que me entierren a la puerta,
Y al conde al pie del altar.»
Murió el uno y murió el otro;
Ya les llevan a enterrar;
Del uno naciera un pino,
Del otro un lindo pinar.
Creció el uno y creció el otro.
Mas lográronse juntar,
Y cuando el rey iba a misa
No le dejaban pasar.

Por lo cual el rey maldito
Luego mandólos cortar.
De uno corrió leche pura,
Del otro sangre real.
Uno soltó una paloma
Y otro un palomo torcaz;
Estando el rey a la mesa
Ibanse a su hombro a posar.
«Mal haya tanto querer
Y mal haya tanto amar;
Ni en la vida ni en la muerte
No los pude separar.»

## *Ruy Cid y el Rey Bucar*

«¡Ay Valencia, guay Valencia!
¡Con fuego seas quemada!
Primero fuiste por moros
Que por cristianos tomada.
¡Ay Valencia, guay Valencia!
Antes que pasen tres días
De moros serás cercada».
«Vestíos presto, hija mía,
Vestíos de oro y de plata:
Detened presto a aquel moro
Con vuestras bellas palabras.
Las palabras sean pocas;
Sean bien arrebatadas;
Esas pocas que dijeres
Sean de amores tocadas.»
«Ah! por fin llegais, buen moro,
Grata me es vuestra llegada;
Siete años hace, buen moro,
Que soy vuestra enamorada.»
«Siete años hace, ocho en [breve.
Que por vos ciño la espada.»
«Si por mí ceñís la espada,
Ser quiero de vuestra casa.»
«Si tal hiciéreis, Señora,
No fuerais mal avisada,
Seréis reina de los moros
En la mi tierra estimada.»
«Si por mí ciñes la espada
No digas que te fuí falsa:
Veo venir caballeros;
Siéntoles coger las armas.
Veo venir una armada,
Y el hombre que va delante
Con mi padre ha semejanza».
«No temo a los caballeros
Ni a las armas que ellos trai- [gan;
No temo sino a Gabello,
Hijo de mi yegua baya,
Que de pequeño perdile
Corriendo en una batalla.»
Llegados los caballeros
A aquestos él se acercara.

«¡Válgame el Dios de los mo-
[ros
En tan cumplida labranza!»
«Tal labranza, perro moro,
Ha sido en mayo labrada,
Estando gordos los bueyes,
Y los mancebos en bragas;
Eran bueyes de cinco años,
Mancebos de edad lozana.»
«Mal haya el necio barquero
Que no ha la barca en el agua,
Que la hora de mi muerte
Ya para mí está llegada».

# *Santa Iria*

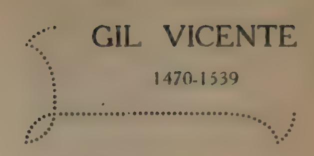
Puesta a la ventana con la mi almohada,
Mi aguja de oro, mi dedal de plata,
Pasó un caballero; pedía posada.
Mi padre negóse ¡Cuánto me costaba!

«Solo en el camino, la noche ya entrada...
Oh, padre, no digan tal de nuestra casa,
Que a un caballero que pide posada
Se cierra la puerta en noche cerrada.»

Pedíle y roguéle. Mucho le pesaba;
Mas yo tanto hice que al fin aceptaba.
Fuí a abrirle la puerta, muy contento entraba;
Al lar conducíle, luego se sentaba.
Puse agua en sus manos, él se las lavaba;
Pocas las palabras, harto mal parlaba;
Mas yo bien sentía que él me miraba.
A alzar fuí los ojos, mal los levantaba,
Los sus ojos lindos en tierra clavaba.
Fuí a buscar la cena, con gusto cenaba;
La cama le hice, sobre ella se echaba;

Dije: «Buenas noches», no me replicaba;
¡Menos cortesía nunca vila usada!
Hacia media noche yo me sofocaba.
Siento que me llevan, la boca tapada...
Llévanme a caballo, llévanme abrazada,
Corriendo, corriendo, a la arrebatada.
Sin abrir los ojos ví quien me robaba;
Lloraba en silencio, tampoco él hablaba.
Pasado algún tiempo él me preguntaba,
Yo en la tierra mía cómo me llamaba.
«Llamábame Iria, Iria la hidalga,
Mas aquí ahora Iria la cansada».
Seguí andando, andando, mucho tiempo andaba,
Y a la madrugada contra mí atentaba...
Horas y más horas conmigo luchaba;
Ni fuerza, ni ruegos. Todo le fallaba.
Tiró del alfange y allí me mataba;
Abrióme una fosa y allí me enterraba.

Siete años más tarde pasa un caballero;
Una linda ermita ve en aquel otero.
«Santa Iria mía, oh, mi amor primero,
Si me perdonases fuese tu romero».
«No he de perdonarte, torpe carnicero,
Que me degollastes igual que a un cordero.»




# *La barca del Señor*

Remando voy remadores
Barca de grande alegría;
El patrón que la guiaba
Hijo de Dios se decía;
Los remeros eran ángeles
Que remaban a porfía;
Estandarte de esperanza
¡Oh, cuán bien me parecía!
El mástil de fortaleza
Como cristal relucía;
La vela con fe cosida
Todo el mundo esclarecía,
Y en la ribera serena
Ningún viento se sentía.

# *Exhortación a la guerra contra los moros de Azamar (1513)*

Oh, famoso Portugal,
Conoce tu bien profundo.
Pues hasta el polo segundo
Llega tu poder real.
Avante, avante, Señores,
Pues que con grandes favores
Todo el cielo os favorece.
El rey de Fez languidece
Y Marruecos da clamores.
¡Oh! dejad de edificar
Tantas cámaras dobladas
Muy pintadas y doradas,
Que eso es gastar sin prestar.
¡Alabardas! ¡Alabardas!
¡Espingardas! ¡Espingardas!
No querais ser genoveses;
Sed, Señores, portugueses,
Y morad en casas pardas.

Cobrad fama de feroces,
No de ricos, que es dañosa,
Llenad la patria gloriosa
Más de nueces que de voces.
Avante, Lisboa, avante;
Póstrese el mundo delante
De tu próspera fortuna;
Pues la fortuna te enfuna
No haya nada que te espante.
. . . . . . . . . . . .

Cuando Roma, a todas velas,
Conquistando iba la tierra,
Las casadas y doncellas
Daban sus joyas más bellas
Para sostén de la guerra.
Mueran, pastores de Igrea
Los sectarios de Mahoma.
Ayudad en tal pelea,
(Y agotados se les vea)
Sin apelar nunca a Roma.

Debéis de vender las tazas,
Empeñar los breviarios,
Beber en las calabazas,
Y comer pan y rabazas
Por vencer a los contrarios.
. . . . . . . . . . . .

Africa de los cristianos
Fué por los moros robada;
Poned guerreros, las manos,
Que viviréis más lozanos
Con fama tan señalada.

Oh, señoras portuguesas,
Emplead piedras preciosas;
Damas, doncellas, duquesas,
Las guerras y las empresas
Son por ser vuestras, glorio-
[sas.

Es guerra a la corrupción
Por honra de vuestra tierra,
Emprendida con razón,
Formada por rebelión
Contra aquella gente perra.
De agallas haced rosarios,
Perlas de las camarías,
Y con ajos, relicarios.
Los vuestros, Señoras mías,
Dadlos, pues son necesarios.

¡Oh, que no honran los vesti-
Ni los ricos atavíos, [dos.
Ni los briales tejidos
Con trepas de desvaríos!
¡Dadlos para capacetes!...
Vosotros, priores honrados,
Repartid los priorados
A suizos y soldados
*Et centum pro uno accipietis.*

Las ganancias que lograis,
No del modo que podéis
En las iglesias gastais.
A los pobres poco dais,
E ignoro de ellas qué hacéis.
Dad parte de lo que hubiereis

Para Africa conquistar;
Dad todo cuanto pudiereis,
Que cuanto menos tuviereis
Menos tendréis que guardar.

¡Oh, Señores ciudadanos,
Hidalgos y regidores!
Escuchad los atambores
Con oídos de cristianos.
Y la gente popular
—¡Avante y no recusar!—
Ponga la vida y la hacienda
Porque en aquesa contienda
Nadie pueda recelar.

Avante, avante, Señores,
Que las guerras con razón
Dirigidas por Dios son.

Guerra, guerra de contado,
Guerra, guerra muy cruel,
Que nuestro rey Don Manuel
Contra el moro se halla aira-
[do.
Y ha prometido y jurado
Con grande empeño y afán
Que pocos le escaparán.

Y su Alteza determina,
Para a la fe haced mercede,
De la mezquita hacer sede
En Fez, por gracia divina.
¡Guerra, guerra muy contina
Es su más firme intención!
¡Guerra, guerra con razón!

Este rey tan excelente,
Tan noble y afortunado,
Del mundo está rodeado,
Desde Oriente hasta Poniente;
Y el Señor Omnipotente
Tiene puesto el corazón
En su mano, con razón.

## GARCIA DE RESENDE

1470-1536

# *Trovas a la muerte de Doña Inés de Castro*

«¿Habrá un solo corazón
Tan duro y tan sin piedad
Que no sienta compasión
Ante tan gran crüeldad
Y muerte tan sin razón?
¡Ay, triste de mi inocente!
Que por ser harto ferviente
Mi fe, lealtad y amor
Al Príncipe mi Señor,
Me mataron cruelmente.

»Mi tremenda desventura
No contenta de acabarme
Por darme mayor tristura
Me subió a tan grande altura...
Para poder derribarme.
Que amenazárame alguno
Antes del bien importuno
Y en tales llamas no ardiera;
Padre, hijos no conociera
Ni me llorara ninguno.

»Yo era una moza benina,
Por el nombre Doña Inés
De Castro, y de tal dotrina
Y virtudes que era dina
De ser mi mal al revés.
Vivía sin recordar
Que amor podía inspirar,
Ni que yo lo sentiría.
¡Fuéme el Príncipe a mirar
Por su pena y por la mía!

»Comenzó a me desear,
Trabajó por me servir,
Y fué fortuna lograr
Dos corazones formar
Para llegarlos a unir.
Conocióme, conocile,
Quísome bien y yo a él
Perdióme, también perdile,
Y nunca cansado vile
De aquel bien, harto cruel.

«Cedile mi libertad,
No sentí perder la fama,

En él puse mi verdad,
Quise hacer su voluntad
Siendo muy hermosa dama.
Por me estas obras pagar
Jamás se quiso casar,
Por lo cual aconsejado
Fué el rey, quedando forzado
A tenerme que matar.

»Por la gente era acatada,
Como princesa servida,
En mis palacios honrada,
De todo bien abastada,
De mi Señor muy querida.
Y un día absorta en vagar
—Muy lejos de tal cuidar—
De Coimbra en el sosiego,
Por los campos de Mondego
Caballeros ví asomar.

»Como lo que ha de ocurrir
Pronto da en el corazón,
Comencé a me preocupar,
Y a mis solas a inquirir
De tal cosa la razón.
Con lo mucho que indagué
Supe luego que el Rey era,
Y al mirarle apresurado,
Mi corazón traspasado
Quedó de horrible manera.

»Para oir lo que decía
Salí a la puerta, impaciente,
Sospechando qué quería,
Y en llanto y con cortesía
Le hablé muy amargamente.
Con mis hijos en redor
De mí, con gran humildad,
Cortada por el temor,
Le dije: «Tened, Señor,
De aquesta triste piedad.

«No pueda más la pasión
Que vuestro propio deber,
Que es de flaco corazón
Matar en la obcecación
Sin motivo a una mujer,
Y es grande mi indignación,
Pues castigáis sin razón
A aquesos dos inocentes
Que ante vos están presentes
Y que vuestros nietos son.

«Y tienen tan poca edad
Que si no fuesen criados
Por mí, tal vez sin piedad,
En su forzada orfandad,
Murieran desamparados.
Mirad bien cuánta crudeza
Empleará vuestra Alteza,
Ved que si de ellos soy madre
Vos del Príncipe sois padre.
¡No le déis tanta tristeza!

«Acordáos del grande amor
Que vuestro hijo por mí siente;
Que no verá sin dolor
Le maten tal servidor

Por amarle locamente.
Que si algún yerro le hiciere
Fuera bien que padeciere,
Y aún que esos hijos quedaran
En la orfandad, y buscaran
Quien compasión les tuviere.

«Vasalla de vuestra grey,
Que no falté no dudáis,
Y así, poderoso rey,
No hais de quebrantar la ley
Que si muero quebrantáis.
Usad conmigo piedad,
Condoleos de mi suerte,
¡No me déis tan pronta muerte
Pues que nunca hice maldad!»

»El Rey, viendo como estaba
Tuvo de mí compasión,
Y vió que no le engañaba,
Y que mi alma no abrigaba
Necio orgullo ni traición.
Viendo, pues, cuán de verdad
Tuve amor y lealtad
Al Príncipe, en tal sazón,
Fué más fuerte su piedad
Que su determinación.

»Que si él me prohibiera
El que a su hijo yo amara
Y le desobedeciera,
Con harta razón pudiera
Dar la muerte, que ordenara.
Mas él bien vió que no hiciera
Tal cosa en mi vida entera,
Ni nunca mi amor falló.
Cuando en eso meditó
Fuese por la puerta afuera,

»Con el rostro lagrimoso
Y el propósito mudado,
Muy preocupado y penoso,
Como monarca piadoso
Muy cristiano y esforzado.
Uno de los que venía
Con el Rey de compañía,
—Caballero desalmado—
Detrás del y muy airado
Esas palabras decía:

«Ah Señor, esa piedad
Merece se reprender,
Pues que sin necesidad
Cambian vuestra voluntad
Lágrimas de una mujer.
¿Queréis que abarraganado.
Con hijos, como casado
Esté Señor vuestro hijo?
De vos me pasma de fijo,
Pues él está enamorado.

«Si luego no la matáis
No seréis nunca temido,
Ni se hará lo que mandáis,
Ya que tan presto dejáis
Vuestro deseo incumplido.
Mirad cuán justa querella
Tendréis, pues, por amor della;

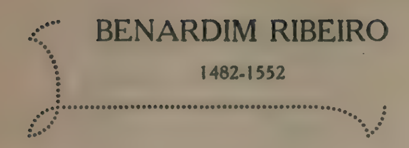
Pues vuestro hijo quiere estar
Sin casar, nos ha de dar
Mucha guerra con Castiella.

«Con su muerte excusaréis
Muchas muertes, muchos da-
[ños,
Vos, Señor, descansaréis,
Y a vos y a todos daréis
Paz para doscientos años.
El Príncipe casará,
Legales hijos tendrá,
Y acabará su pecado;
Que si ahora se halla eno-
[jado,
Ya mañana olvidará.»

»Y oyéndole eso exponer
El Rey quedó muy turbado
Por se en tal extremo ver,
Pues que tenía que hacer
Lo uno o lo otro forzado.
Deseaba dejarme en vida
Por no tener merecida
La muerte ni ningún mal;
Sentía pena mortal
De haber hecho tal partida.

»Y viendo que se le daba
De todo toda la culpa
Y tanto se le cercaba,
Dijo a aquel que voceaba:
«La mi intención me disculpa.
Si vos lo queréis hacer
Lo hacéis sin me lo decir,
Que en eso no mando nada,
Ni sé por qué esa cuitada
Tenga ahora que morir.»

»Dos caballeros irosos
Que tales cosas le oyeron,
Muy crudos y no piadosos,
Perversos, desamorosos,
Contra mí se revolvieron;
Y con furia de león
Partiéronme el corazón.
—La confesión me impidie-
[ron—
¡Y es aqueste el galardón
Que mis amores me dieron!»



# BENARDIM RIBEIRO

1482-1552

## *Romance*

Por la ribera de un río
Que da sus aguas al mar
Camina el triste Avalor;
—No sabe si ha de tornar—
Las aguas llevan su bien
¡Y él queda con su pesar!
Va andando sin compañía
—Debió a los suyos dejar—
Que quien no lleva descanso
Descansa con caminar.
Del lado a dó va la barca
Ya el sol comienza a bajar,
Y el aire, do baja el sol,
Comiénzase ya a enlutar.
¡Ay, todo púsose triste
Cuando la hubo de dejar!
De la barca alzan los remos
Y al dulce son del remar
Unos remeros comienzan
A cantar este cantar:
«¡Qué frías están las aguas!
¿Quién tendralas que pasar?»
Otros barqueros responden:
«¿Quién tendralas que pasar,
Más que el que puso su alma
Do no la puede sacar?»
Siguió el barco con los ojos
Cuanto el día dió lugar;
No duró mucho, que el bien
No puede mucho durar.
Mirando ponerse el sol
Púsose luego a llorar;
Soltó la rienda al caballo
Y caminó junto al mar.
Era la noche callada
Para más le contristar,
Y al triste son de los remos
Poníase a suspirar.
Querer contar sus lamentos
Fuese la arena contar.
Cuanto más se iba alargando
Más lo hacía al suspirar.
Para los ojos y oídos
Era la tristeza igual.
Así cual iba, a caballo,
Entróse dentro del mar,

Y al dar un largo suspiro
Oyó a lo lejos cantar:
«Dó al alma llevan las penas
Va al fin el cuerpo a parar».
Y entonces fué por ventura
Con una barca a topar,
Que estaba amarrada en tierra
Y el cual dueño fuese a holgar.
Saltó, tal cual iba, adentro,
Y fué la amarra a cortar;
La corriente y la marea
Le acertaron a ayudar.

No se sabe qué fué dél
Ni nuevas puédense hallar;
Dijeron que estaba muerto,
Mas no se puede afirmar.

Son más las penas de amor
Que se pueda imaginar.

## *Cantar de Ana*

Pensando en tí estaba, hija;
Tu madre estoy recordando;
Mis ojos el agua llena,
Con ella te estoy lavando.
Nacistes, hija, entre pena
(¡Que ello sea en tu favor!)
Puesto que en tu nacimiento
La fortuna te envidió.
Ni una alegría tuvistes:
Era tu madre finada;
Todos estábamos tristes,
Y en dolor fuistes criada.
—¿Por qué esto ¡Ay Dios! ha [de ser?—
Viéndote estoy tan hermosa
Con ojos verdes crecer;
No eras tú tan primorosa
Para nacer en destierro.
Mal haya la desventura.
Que aquesto fué, más que ye- [rro.
Tu madre su sepultura
Por nuestra pena, hubo aquí,
Que tú no eras hija, no,
Para morirse por tí.
No tuve en Hados razón
Ni ellos se dejan rogar;
De tu padre hube dolor
Que de sí se ha de quejar.
Yo solo te tuve a tí;
¡Primera fuistes también!
¡Sin mí no fueras ahora!
No sé si hice mal o bien.
Mas no puede ser, Señora,
Que para algún mal nacierdes
Con ese rizo gracioso

Sobre aquesos ojos verdes.
Consuelo bien que dudoso
Me es esto que torno así,
¡Dios te dé mejor fortuna
Que la que hubiste hasta aqui!
La fortuna y la hermosura,
Dicen patrañas antigas,
Que peleáronse un día
Siendo de antes muy amigas.

Muchos lo creen fantasía;
Yo que vi tiempos y años
No dudo de lo advertido
Siendo ello cosa de daños.
Mas ningún mal es creído
Y el bien solo es esperado.
Y en creencia y esperanza
Ni falta en ellas mudanza
Ni falta en ellas cuidado.

# FRANCISCO DE SÁ DE MIRANDA

1485-1558

## *La voluntad y la razón*

### *Sextina*

No puedo tornar los ojos
Dó los lleva mi razón.
¿Quién rige a la voluntad
Confirmada en la costumbre,
—Voluntad que a las sus leyes
Manda defender por fuerza?—

Y esto ¿qué es, si no la fuerza
Que me hacen estos mis ojos
Quebrantadores de leyes?
¡Bien me grita la razón!
Mas ¿qué es contra la costum- [bre
Si existe la voluntad?

Y contra la voluntad
Consejos, no tenéis fuerza;
No podéis de la costumbre
Sacar un punto a estos ojos,
Aun teniendo la razón
Que hace y deshace las leyes.

¡Ah tiranía de leyes!
¡Ah falta de voluntad!
¡Ah mengua de la razón!
Quiera o no quiera, a la [fuerza
Se me van aquestos ojos
Dó los lleva la costumbre.

¿Qué harán leyes sin costum- [bre?
Pero costumbre sin leyes
Puede mucho, y estos ojos
Siguen a la voluntad.
Que el tiempo tomóla fuerza
Despreciando a la razón.

Donde venzan la razón,
La volunta' y la costumbre
¿Qué he de hacer a mayor fuerza?
¡Tengan compasión las leyes
Del que ama la voluntad
Y preso va tras sus ojos!

Ojos tras la voluntad,
Leyes, en pos la costumbre.
Tras la fuerza, la razón.

## *A este viejo cantar:*

Saudade minha,
Cuando vos veria?

¿Ya en la tierra así
Todo, en tal mudanza?
¿Qué hace pues aquí
Mi pobre esperanza?
¿Qué hace mi membranza?
Mi pobre porfía
¿Para qué porfía?

¿Cómo hallar consuelo,
Tan desengañado?
¿Qué hacer del anhelo
De este mi cuidado
Que me ha acompañado
Cuando anochecía,
Cuando amanecía?

Saudade y sospechas
A tuerto y derecho;
Ni aun seréis deshechas
Con ser yo deshecho.
Ya frío mi pecho,
Mi lengua ya fría,
Clamar se me oiría.

## *Diálogo de dos mozas*

En aquella sierra quiero ir a morar.
Quien bien me quisiera ya me irá a buscar.

I.—En estos poblados
Todo son recuestas.
¡Vengan los cuidados
Y os dejo las fiestas!
Desde esas florestas
Podré ver el mar:
Pondreme a soñar.

II.—¿Sombras y aguas frías
Y cantar de aves?
Bien. Mas tú no sabes
Nuestras alegrías.
¡Oh, cómo los días
Pasan sin cansar!
¡Y no han de tornar!

I.—Nadie juzgue y mida
Los demás por sí;
Más de un bien sentí
Que ignora la vida.
Quien al mundo pida
Tal bien, no ha de hallar
Donde lo encontrar.

II.—Deja vanidades,
Que pocos momentos
Cambian sentimientos,
Mudan voluntades.
Y aquesas saudades
Puédense trocar;
No pueden durar.

III.—En esa espesura
Me he de ir a esconder,
Quien me venga a ver
Me hallará segura.
Que si el bien no dura,
Tal bien al pasar
Todo ha de acabar.

## DOM FRANCISCO DE PORTUGAL

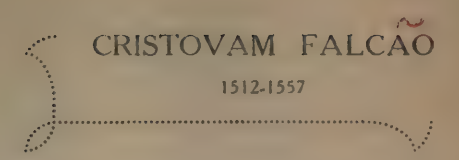
*Conde do Vimioso* 1500-1549

# *Canción*

Si alguien desea placer,
Viva siempre en no esperar,
Pues que el modo de perderlo
Podrá a lo sumo encontrar.

Decidme ¿quién alcanzó
Algún bien que desease,
Si no se holgó nunca tanto
Que de ello se contentase?

Y pues se acaba el placer
Que se espera, al alcanzarlo,
Aquel que espere obtenerlo
Que no se arriesgue a aceptarlo.



## CRISTOVAM FALCÃO

1512-1557

# *Canción a sus ojos*

Partime al fin con mis ojos
Que no os querían mirar:
No pudiéronme amparar.

Con ellos me concerté
Y a no veros se obligaron;
Lo que a ellos encomendé
Mal, por cierto, lo guardaron;
Hecho ya el trato cegaron,
No viéndoos por os mirar.
No pudiéronme amparar.

Mi vista estando vedada
Creí quedarme sin vida,
Pues la cosa prohibida
Siempre es la más deseada.
Ví dispuesta la emboscada,
Y acabé por conocer
Que murieran por os ver.

Quedó el trato apercibido
Mas todo fué falsedad,
Pues después de prometido
Mudaron la voluntad.
Ya de ellos sé la verdad:
¡Nunca más me ha de engañar
Promesa de no os mirar!

Llevéles a otro lugar
Por mudarles la intención
Mas al irles a buscar
Cogíles en tentación.
Perdonad al corazón
Que no os quisieran mirar.
¡No pudiéronme amparar!

# *Noches de insomnio*

I

Yo no sé para qué os quiero
Pues de ojos no me servís,
Ojos que tan mal cumplís.

Para ver me fuisteis dados
Mas solo a llorar os disteis;
Si tengo tantos cuidados
Vosotros me los cedisteis.
Desque en ellos me pusisteis
El descanso me impedís,
Ojos que tan mal cumplís.

Mis ojos, por muchas vías
Usáis conmigo crudezas;
Consideráis mis tristezas
Como vuestras alegrías.
Pasan noches, pasan días,
Y empero, no me dormís,
Ojos que tan mal cumplís.

Aquello que un día visteis
Que era en mi daño sabíais;
Por gozar de lo que víais
En mi daño consentisteis;
Lo que entonces me encubris-
[teis
Hora me lo descubrís,
Ojos que tan mal cumplís.

Yo siempre os ando buscando
Cosas que os brinden placer,
Mas de cuanto os dejo ver
Tristezas me vais tornando.
Mientras estoy yo cantando
Lloráis, que no sonreís,
Ojos que tan mal cumplís.

II

No puedo dormir, las noches,
Amor, no puedo dormir.

Mis ojos en vos hallaron
Todo su mal y su bien,
Mas si el reposo encontraron
Lo han perdido ya también.
Pasan días ¡y no os ven!
Sin poderos percibir
¿Cómo han de poder dormir?

Mi pensamiento ocupado
Por causa de este pesar,
Recuerda siempre el cuidado
Para no se descuidar;
Las noches del descansar
Días son, a mi sentir,
Noches del mi no-dormir.

Mi bien se encuentra trocado

—Trocado en el mal presente—
Mi sentido desvelado,
Mi corazón febriciente.
El juïcio que esto siente,
Como es fuerza lo sentir,
Poco ha de dejar dormir.

Como no ví lo que veo,
Cual hoy, que vé el corazón,
Ni me acuesto sin deseo,
Ni despierto sin pasión.
Tan tristes mis horas son,
Sin poderos percibir,
Que no consigo dormir.

¿Y no hay remedio ninguno?
¡Ay! ¿Dónde lo iré a buscar?
Si había tan solo uno
Y ese llevólo el pesar;
Viniéronmelo a robar,
Mas dejáronme el sentir,
Porque no pueda dormir.

Mis cuidados acrecieron,
Mis esperanzas menguaron,
Mis placeres se adurmieron,
Mis penas se desvelaron;
Los ojos que al bien cegaron
Al mal se fueron a abrir.
¡Nunca más pude dormir!

III

¿Cómo dormirán mis ojos
Si está en vela la pasión
Dentro de mi corazón?

Toda esta noche pasada
—Pasada con mi sentir—
No he conseguido dormir,
Con mi pena renovada.
Por mis ojos fué velada,
—Velada por la pasión
Dentro de mi corazón—.

Esas horas que pensé
Dormirlas, fueron veladas;
Pues tan bien las empleé
Dóilas por bien empleadas.
¡Ay, cuántas horas pasadas
Recordando mi pasión,
En vela mi corazón!

Pájaros que enamorados
Parecéis, cuando cantáis;
No améis, no, porque si amáis
Viviréis atormentados.
En mis ojos agravados
Veréis si tengo razón.
¡No vele vuestra pasión!

# D. FRANCISCO DE SÁ E MENESES

1515-1584

## *Mote*

*No hay nada que me contente,*
*He la esperanza perdida,*
*Voy perdido entre la gente,*
*Ni muero ni tengo vida.*

## *Glosa*

En todo cuanto deseo
Tengo cerradas las vías;
En goces y fantasías,
Mal caminante me veo.
Si el pasado y el presente
El futuro me hacen ver,
Nada puedo pretender;
*No hay nada que me contente.*

Que en todo cuanto yo quiero
He llegado a tal extremo,
Que veo todo lo que temo
Mas nada de lo que espero.

Desengañóme la vida:
Hice en ella tal mudanza
Que en vez de haber esperanza
*He la esperanza perdida.*

Pensé un tiempo que hallaría
La dicha que deseaba,
Y pues que no la encontraba
Ya el tiempo me la daría.
Lo hallé todo diferente,
Quedé desencaminado,
Y ahora ya desencantado
*Voy perdido entre la gente.*

¿De qué he de hacer fundamento,
Pues que en nada hallo firmeza,
Si pago con la tristeza
Los sueños del pensamiento?
Cese esa pena, nacida
Viviendo en pena de muerte.
¡Ay! por no mudár de suerte
*Ni muero ni tengo vida.*

## DOM MANUEL DE PORTUGAL

1516-1606

### *Soneto*

La perfección, la gracia, el gesto alado,
La primavera llena de frescura
Que en vos florece, a quien por la Ventura
Y la Razón mi pecho os fué entregado.

Aquel aspecto puro y elevado
Que en sí comprende toda la hermosura;
El brillo de los ojos, la blandura
Con que el Amor a nadie ha respetado.

Si esto que en vos se vé, ver deseáis
Cual digno de ser visto solamente
—Bien que vos del amor os exentáis—,

Traducido veréislo tan fielmente,
En medio de este pecho, en el que estáis,
Que sentiréis al verlo lo que él siente.

# PEDRO DE ANDRADE CAMINHA

1529-1589

## *Endechas*

Corre el vivir, loco.
Corren día y hora,
Lo que ví hace poco
No lo veo ahora.

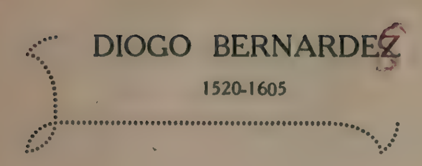
Del alba a la tarde
Presto pasó el día;
El sol ya no arde
Y ahora mismo ardía.

El contentamiento
Con que me engañé
Fuése con el viento...
¿Cuándo lo obtendré?

Ni hay un mal que canse
Ni hay un bien que dure,
Nada que descanse,
Nada que asegure.

Leves fundamentos
Leves han mudanzas,
Siguen a los vientos
Vanas esperanzas.

Nuestra dicha leve
Pronto está perdida;
Tras de un bien tan breve
Fine nuestra vida.



## DIOGO BERNARDEZ

1520-1605

# *Horas breves de mi contentamiento...*

Horas breves de mi contentamiento,
Jamás me pareció cuando os vivía,
Que aquel bien trocaríase algún día
En tan cumplidos días de tormento.

Aquellas torres que formé en el viento
Las llevó el viento que las sostenía;
Del mal que me ocurrió la culpa es mía,
Pues hice en cosas vanas fundamento.

Amor, con blandas muestras aparece;
Todo lo hace posible y lo asegura,
Mas, luego, a lo mejor, desaparece.

¡Oh ceguera tamaña, oh desventura!
¡Por un pequeño bien que desfallece
Aventurar un bien que siempre dura!

# Carta

## *A mi hermano, Fray Agustín de la Cruz, cuando tomó el hábito*

¿En qué te merecí, oh Agostinho,
Para que en esta selva me dejases
Tomando para tí mejor camino?

¿En qué te merecí, que me negases
Tu pensamiento buen, tu buen deseo
Primero que del mundo te apartases?

Ahora siento, hermano, y ahora veo
Tu muy escaso amor para conmigo
Siendo tan grande el que contigo empleo.

Perdona si te agravio en lo que digo;
Humano soy, y no hallarás extraño
Si de todos los hombres la ley sigo.

La razón al dolor produce daño;
No me deja mirar cuanto acertaste
Ni como todo el resto es puro engaño.

Si tú supieras cómo me dejaste,
No digo yo que te arrepentirías
—Que nunca en lo bien hecho atrás tornaste—,

Mas digo que apenado quedarías
De pagarme tan mal amor tamaño;
—Que en mí siempre creció igual con los días—,

De mí, siendo otro tú, te hiciste extraño;
Temiste que pudiera con mi ruego
Trocarte la ventura por el daño;

Temiste que enfriase el nuevo fuego,
Pues que en otro trocóse el en que ardiste
Del cual hacer supiste también juego.

Mas te engañaste a tí si tal temiste,
Que por ningún camino te estorbara
De conseguir la vida que escogiste.

Antes el buen intento te ensalzara,
Razones a las tuyas aun juntando
Con las que en ella más te confirmara.

Se hubiese ido despacio acostumbrando
Mi alma a aquese dolor que vivo siente,
Y aún la hubieres tú ido consolando.

¡Quisiste que sintiera juntamente
Esa mudanza tuya y pena mía!
¿Qué razón me darás que me contente?

Triste del corazón cuando porfía
En que le acecha el mal; fuí verdadero:
Sólo versos a tí escritos tenía.

Limaba todavía el postrimero
Cuando tu triste carta me llegó;
—¡Llorada y no leída fué primero!—

Cercado de otras penas me tomó,
Los ojos destilando vivas fuentes,
Y tu carta mi llanto acrecentó.

Y anduve por los montes florecientes...
—Las lástimas que dije no te escribo
Porque con tal franqueza no te afrentes.

Mas no te espantes de esto, que más debo
A tu saudade y a otras remembranzas
En las que ora desmayo, ora me elevo—.

Contigo erguía yo las esperanzas,
Ahora como sabes abatidas
Por manos duras, leves en mudanzas.

Hay cosas que por más que son debidas
A toda alma cabal, es bien que sean
Despreciadas, aun siendo merecidas;

Mil cosas en la vida nos rodean
Y reclama cien mil la vanidad:
Pregunta a los que han más si más desean.

Que el mundo no nos vaya a voluntad
No es cosa de extrañar, pues es un sueño,
Que con nadie jamás trató verdad.

Si cuando se nos muestra más risueño,
Más amigo y leal, le despreciamos,
Prueba es de sacrificio y no pequeño,

Mas si (como es común) lo abandonamos
Después que a despreciarnos él empieza,
¿Qué premio o qué loor de ello esperamos?

Debiste de tener tú la certeza
De que tu alma jamás se movería
Ni por vano apetito ni flaqueza.

Inspiración del cielo lo sería
La que moviese tu alma y la guiase
Al cielo mismo por directa vía.

Siempre triste quedara si pensase
Otra cosa de tí, pues que quedares
Con más dolor desque el dolor pasase.

En el mudar de trajes y lugares
No consiste tu bien; tu bien consiste
En mudar tú tu sér ¡que así mudares!

Si ese mundo del cual ansioso huiste
Te tornara a llamar con tus engaños
Con vigoroso pecho le resiste.

Recuerda la presura de sus años,
Sus penas, lo falaz de sus placeres,
Y más tarde lo eterno de los daños.

Recuerda más aún; que si quisieres
Alcanzar la virtud, de que estoy falto,
Lleva tan solo el peso que pudieres.

Poco a poco se sube a un monte alto
Más descansadamente que corriendo;
No trates de subir de un solo salto.

El camino muy llano te irá haciendo
El buen ejemplo, la doctrina santa
Que irás ora leyendo, ora siguiendo.

En todas partes siempre a Dios levanta
Tu alma, tus deseos, tus intentos;
Para Él solamente llora y canta.

No hagas sobre otras cosas fundamentos.
Profeso de la regla no desvíes
Jamás las obras ni los pensamientos.

No fíes nunca en tí, ni menos fíes
Que te guíe a derecho quien va a tuerto;
Toma un guía muy fiel por quien te guíes.

Supón que a aquesa vida estás ya muerto
Para que vivas siempre en la divina,
Pasando de buen puerto a mejor puerto.

Recibe con amor la fiel doctrina
Que con amor te dieron, —no te agrave
Esta que el amor mismo te destina—.

Y entrega de tu pecho a Dios la llave.
Todo te será fácil, todo leve,
Toda tribulación dulce y suäve.

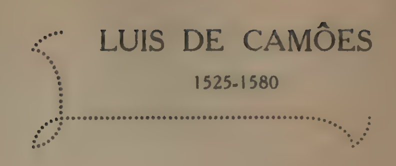
Que la santa obediencia que se debe
Estimar más que toda dignidad
Arraigada en el fondo tu alma lleve.

Añádele una tímida humildad,
Y aquesas dos virtudes enriquece
Con pureza de vida y castidad.

Quien de esas ricas joyas se guarnece,
A los ojos de Dios, con viva luz,
Y en medio de los hombres, resplandece.

Lleva en hombros de tu ánima la *Cruz*
De Cristo, no en tu nombre sólo ande,
En cuyo día tú viste la luz.

Si cumplieres con esto, loor grande
Del mundo alcanzarás, gloria en el cielo,
Del que venga el socorro que me ablande
La pena que me deja sin consuelo.



# LUIS DE CAMÔES

1525-1580

## *Sonetos*

### I

Aquella suave y dulce madrugada
Tan llena de clemencia y de piedad
Para calmar la angustia y la ansiedad,
Quiero sea por siempre celebrada.

Sólo ella, cuando amena y esmaltada
Irradió, dando al mundo claridad,
Vió cual se separó una voluntad
De dó no volverá a verse apartada.

Sólo ella vió los llantos, suyo y mío,
Que de unos y otros ojos derivados
Juntándose formaron vasto río.

Y escuchó unos acentos apenados
Que podían tornar el fuego frío
Y dar paz a los pobres condenados.

## II

Siete años que el pastor Jacob servía
Al padre de Raquel, serrana bella;
Mas no servía al padre sino a ella,
Que a ella solo por premio pretendía.

Los días, en espera de un gran día,
Pasaba, contentándose con vella,
Mas el padre, que vióle pretendella,
En lugar de a Raquel le daba a Lida.

Viendo el triste pastor que con engaños
Así le era negada su hechicera
Cual si no la tuviese merecida,

Comenzóla a servir aún siete años,
Diciendo: Más sirviese si no hubiera
Para tan largo amor tan corta vida.

## III

Un mover de ojos tímido y piadoso
Sin causa alguna; un reir blando, honesto,
Casi forzado; un dulce, humilde gesto,
De cualquier alegría receloso;

Un despejo tranquilo y vengonzoso;
Un responder gravísimo y modesto;
Una clara bondad, cual manifiesto
Indicio de un espíritu gracioso;

Un osar apocado; una blandura;
Un aire a un tiempo tímido y sereno;
Un largo y obediente sufrimiento:

Esta fué la seráfica hermosura
De mi Circe y el mágico veneno
Que logró transformar mi pensamiento.

## IV

Está el pájaro dulce y peregrino
Con el pico las penas ordenando,
El verso sin medida, alegre y blando,
Libertando en la cúpula de un pino.

El crüel cazador, ya, del camino,
Se va, callado y manso desviando,
Y a poco, la saeta enderezando,
Le hunde en el lago estigio diamantino.

De este arte el corazón, que libre andaba,
—Aun cuando estaba ya predestinado—
Cuando menos temía, quedó herido.

¡Ay, el ciego flechero me esperaba,
Para hallarme tranquilo y descuidado,
En vuestros ojos claros escondido!



## V

Amor es fuego que arde sin arder;
Una herida que duele, sin lamento;
Un gran contentamiento sin contento;
Un dolor que maltrata sin doler.

Es un querer tan sólo bienquerer;
Es andar solitario entre la gente;
Es un no encontrar nada que contente;
Es creer que se gana con perder.

Es estar prisionero a voluntad;
Es servir a quien vence al vencedor;
Tener con quien nos mata lealtad.

Mas ¿cómo encontrar puede su favor
Del muerto corazón conformidad,
Siendo en sí tan contrario al mismo amor?



VI

Yerros, culpas, fortuna, amor ardiente
Para mi perdición se conjuraron.
Yerros, culpa, fortuna, me sobraron;
Me bastaba el amor tan solamente.

Todo murió, mas tengo bien presente
El dolor de las cosas que pasaron,
Pues sus hartas frecuencias me enseñaron
A renunciar a cuanto me contente.

Erré todo el transcurso de mis años
E hice que la fortuna castigase
Mis mal fundadas, locas esperanzas;

Del amor solo ví breves engaños;
¡Ay quien tanto pudiera que quebrase
Ese mi genio altivo de venganzas!

VII

Alma mía que tan presto partiste
Hastiada de esta vida inconsecuente,
Reposa allá en el cielo eternamente,
Y viva yo en la tierra siempre triste.

Si en la etérea mansión a dó subiste
Memoria de esta vida se consiente,
Acuérdate de aquel amor ardiente
Que en mis ojos, tan puro, un día viste.

Y si acaso pudiera merecerte
Algo, el mucho dolor que me quedó
De la pena tremenda de perderte,

Ruega a Dios, que tu vida abrevió,
Que tan presto, al morir, me lleve a verte
Cual presto de mis ojos te llevó.

## *Canción XI*

¡Ven acá, mi seguro secretario
De las quejas que siempre estoy haciendo!
¡Oh papel, al que mi alma entera entrego!
La sinrazón digamos que viviendo
Me hace el inexorable y el contrario
Destino, sordo al llanto y sordo al ruego.
¡Lancemos agua poca en mucho fuego!
Enardézcase en gritos un tormento
Que a todas las memorias sea extraño.

Digamos mal tamaño
A Dios, al mundo, al hombre, en fin, al viento,
A quien ya muchas veces lo conté.
¡Y siempre tan en balde como ahora!
Bien sé que para errores fuí nacido,
Bien sé que habré de errar; tan solo pido,
Puesto que de acertar estoy tan fuera,
No me culpen si aún esta vez erré.
Siquiera ese consuelo lograré
De hablar y errar sin daño y sin afrenta.
¡Triste de aquel al que esto le contenta!

Por experiencia sé que con quejarme
No halla mi mal remedio, mas quien pena
Debe gritar, si su dolor es grande.
Gritaré; pero ¡ay! qué débil suena
Mi voz para que pueda así aliviarme.
¡Difícil, es que mi dolor se ablande!
Mas ¿quién me impedirá que afuera mande
Lágrimas y suspiros infinitos,
Como ese daño al cual mi ánima cede?
¿Y quién es el que puede
Medir el mal con lágrimas y gritos?
Aquello diré, en fin, a que me inclinan
La ira, el dolor, y a más su remembranza,
Que es un dolor por sí más duro y firme.
¡Llegad, desesperados para oirme!
Mas huyan los que viven de esperanza,
O aquellos que tenerla se imaginan,
Porque Amor y Fortuna determinan
Otorgarles poder para que sientan,
Según los males que les atormentan.

∴

Al dejar la materna sepultura
Por el mundo exterior, pronto dejóme
Mi desgraciada estrella sujetado,
Que mi propio albedrío ni aun quedóme;
Pues conocí de la fugaz ventura
Lo mejor, y seguí lo peor, forzado.
Y para que el tormento conformado
Me dieren con la edad, en cuanto abriera,
Aún pequeño, los ojos blandamente,
Mándanme a un diligente
Niño ciego y alado que me hiera.
Mis infantiles lágrimas manaban
Como una triste queja enamorada;
El són de aquellas que en la cuna daba
Ya como de suspiros me sonaba.
Con el hado mi edad iba acordada,
Porque cuando por caso me cunaban,
Si de amor versos tristes me cantaban,
Se adormecía mi naturaleza,
Que siempre se acordó con la tristeza.

Fué mi dueño una fiera, que el Destino
No quiso hacer mujer a quien tuviese
Tal nombre para mí, ¡Triste ironía!
Así criado fuí porque bebiese
El veneno amoroso desde niño,
Que en otra edad debía de apurar.
—La costumbre mi muerte evitaría—
Luego la imagen ví y la semejanza
De aquella humana fiera tan hermosa,
Süave y venenosa,
Que al pecho me crió de la esperanza;
De quien más tarde ví el original
Que de todos los grandes desatinos

La culpa torna altiva y soberana.
Parecía tener la forma humana,
Mas detallaba espíritus divinos.
Tenía una presencia y porte tal
Que se vanagloriaba todo el mal
Al mirarla, y su sombra, en gentileza,
Sobrepujaba a la naturaleza.

¡Qué género tan nuevo de tormento
Tuvo Amor, con lo haber, no solamente
Probado todo en mí, mas realizado!
Implacables durezas que al ferviente
Deseo que da fuerza al pensamiento
Tenían de propósito, agitado,
Y corrido, de verse así injuriado.
Aquí sombras fantásticas venidas
De algunas temerarias esperanzas;
Las bienaventuranzas
También en las fundadas y fingidas.
Mas el dolor del pago recibido
Que con fantasear desatinaba
Esos engaños puso en desconcierto;
Aquí el adivinar o el creer cierto
Que eran verdades cuanto adivinaba;
Y luego el desdecirme de corrido,
Dar a cuanto veía otro sentido,
Y para todo, en fin, hallar razones,
—Aun siendo muchas más las sinrazones—.

No sé cómo sabía estar robando
Las entrañas del alma que fluían
Para ella por los ojos sutilmente:
Poco a poco invisibles se me hacían
Como del velo húmedo exhalando

Está el sutil humor el sol ardiente.
El gesto puro, en fin y transparente
(Para quien quedan faltos de valía
Estos nombres de bello o de precioso),
El dulce y el piadoso
Mirar con que las almas suspendía,
Fueron las hierbas mágicas que el cielo
Me hizo beber; las que por largos años
En otro sér me hubieron transformado,
Y tanto me alegraba estar trocado
Que la pena engañaba con engaños;
Y ante los ojos me ceñía el velo
Que me encubriera el mal que así creció,
Como quien con halagos se criaba
De aquél para quien él criado estaba.

Pues ¿quién puede pintar la vida ausente,
Con un desconcertarme cuanto vía?
¿Y aquel no estar jamás en donde estaba?
¿Y el hablar sin saber lo que decía?
¿Y el andar sin ver dónde, y juntamente
Suspirar, sin saber que suspiraba?
¿Y aquel dolor agudo que me hablaba
Del mal que de las aguas del infierno
Surgió al mundo y que más que todos duele;
Que tantas veces suele
En ira transformar el «ay» más tierno?
¿Y ahora con el furor del mal airado
Querer y no querer dejar de amar?
¿Y mudar a otra parte, por venganza,
El deseo, privado de esperanza,
Que tan mal se podía ya mudar?
¿Y ahora la añoranza del pasado
Tormento, puro, dulce y angustiado,

Que convertir hacía esos furores
En angustiadas lágrimas de amores?

¡Qué disculpas conmigo así buscaba
Cuando el amor suäve no admitía
Culpa en la cosa amada —¡y tan amada!—!
Eran en fin remedios que fingía
El temor del tormento, que enseñaba
A la vida a quedar siempre engañada.
En esto parte de ella fué pasada.
Mientras, si tuve algún contentamiento
Breve, imperfecto, tímido, incipiente,
Fué tan sólo simiente
De un largo y amarguísimo tormento.
Este curso continuo de tristeza,
Esos pasos tan poco juïciosos,
Me fueron apagando el goce ardiente
(Que a mi alma llevé prudentemente)
De aquellos pensamientos amorosos
Con que cantaba a la naturaleza,
Que el hábito de estar en la aspereza
—Contra el cual fuerza humana no resiste—
Se convirtió en el goce de estar triste.

Así la vida en otra fuí trocando
—¡Yo no, que fué el Destino, fiero, airado,
Que yo ni así por otra la trocara!—.
Me hizo dejar el patrio nido amado
Pasando el amplio mar que amenazando
Me estuvo veces cien la vida cara:
Ora experimentando la ira rara
De Marte, que en los ojos quiso luego
Viese y tocase el fruto acerbo y rudo;
—Y en aqueste mi escudo

Veréis la imagen del infesto fuego—,
Y ahora, peregrino, vago errante,
Viendo pueblos, costumbres, maravillas,
Cielos varios y costas diferentes,
Por seguirte con pasos diligentes,
Fortuna injusta, a tí; a tí que humillas
Las edades, poniéndoles delante
Esperanzas de aspecto de diamante,
¡Mas que si en tierra caen acontece
Que vidrios son aquello que aparece!

La humana piedad misma me faltaba,
Los amigos en contra ya veía
En el primer peligro. En el segundo
Bajo mis pies la tierra se movía,
Aire que respirar se me negaba,
¡Y fallábanme, en fin, el tiempo, el mundo!
¡Qué secreto tan arduo y tan profundo:
Nacer para vivir, y en esta vida
Faltarme cuanto el mundo há para ella!
¡Y no poder perdella
Dándola tantas veces por perdida!
Y en fin, que no hubo trance de fortuna
Ni peligros, ni casos enojosos,
Injusticias de aquellas que el confuso
Régimen de este mundo (eterno abuso)
Hace a los otros hombres poderosos,
Que no pasase, atado a la coluna
De mi mudo sufrir, que la importuna
Persecución de males, en pedazos
Mil veces hace usando de sus brazos.

No cuento tantos males como aquel
Que tras de la tormenta procelosa

Cuenta los casos de ella en puerto ledo,
Que aun hora la Fortuna fluctuosa
Me muestra de las penas el tropel
Y hasta de dar un paso tengo miedo.
Bien que el mal por venir temer no puedo,
Ni el bien, —que ha de faltarme—ya pretendo;
No vale para mí la astucia humana.
Ya de la fuerza arcana,
La Providencia, en fin, solo dependo.
Esto que pienso y veo a veces tomo
Como consuelo de mis muchos daños,
Mas la flaqueza humana cuando lanza
La vista a lo que corre, sólo alcanza
La fiel memoria de los viejos años;
La agua que entonces bebo, el pan que como,
Lágrimas tristes son que sólo domo
Con fabricar mi pobre fantasía
Fantásticas pinturas de alegría.

Que si fuera posible que tornase
El tiempo atrás, igual que la memoria,
Por los vestigios de la muerta edad,
Y tejiendo otra vez la antigua historia
De mis dulces errores, me llevase
A las flores que ví en la mocedad;
El recuerdo de aquella novedad
Fuera entonces mayor contentamiento,
Viendo aquel conversar ledo y suave
Donde una y otra clave
Tenía de mi nuevo pensamiento,
Los senderos, el campo, el prado, el monte,
El rocío, la rosa y la hermosura,
La gracia, la bondad, la cortesía
Y la amistad sencilla que desvía

Toda baja intención terrena e impura,
Cual no cruzó jamás por mi horizonte.
¡Vanas memorias del pasado! Ponte
Tranquilo, débil corazón... ¡Bien veo,
Que nunca saciarás este deseo!

No más, Canción, no más que iría hablando
Sin sentirlo mil años, y si acaso
Te culparan de larga y de pesada,
Dirás que estar no puede limitada
La agua del mar en tan pequeño vaso.
Ni yo delicadezas voy contando
En busca del loor, mas explicando
Verdades ocurridas y pasadas.
¡Ojalá fueran fábulas soñadas!

## *Infante D. Luis*

Vanas luces me da la fantasía,
Discursos nuevos halla el pensamiento,
Pues que dan a mi alma gran tormento
Cuidados de cien años en un día.

Si fin grande tuviesen, bien sería
Responder la esperanza al fundamento,
Mas el Hado no corre tan con tiento
Que a la razón reserve su valía.

Caso y Fortuna pueden concordar,
Mas si por accidente dan victoria,
Siempre el bien de la fama es falsa historia.

Vale más que saber, determinar;
La fiel constancia débese a la gloria,
Y el libre ánimo es digno de memoria.

# *Endechas*

Pasa el bien volando,
Y el mal con los años
Acude mostrando
Todos los engaños.

De amor la alegría
Poco tiempo dura,
Triste de quien fía
Mucho en la ventura.

Bien sin fundamento
Cierta ha la mudanza,
Junto al sentimiento
Vive la añoranza.

Quien viva contento
Viva receloso;
No haber mal violento
Se hace peligroso.

Quien males sintió
Sépalos temer,
Y por lo que vió
Sepa qué ha de ver.

Alegre vivía,
Triste vivo ahora;
De noche o de día,
Siempre mi alma llora.

Quisiera mostrar
El mal que no venzo;
No le da lugar
Quien le dió comienzo.

En tristes cuidados
Transcurre mi vida;
¡Cuidados cansados!
¡Vida aborrecida!

Nunca pude creer
Lo que ahora creo:
Encontrar placer
Porque mal me veo.

Sé de los engaños
De mi pensamiento;
Bien de tantos años
Fuese en un momento.

¿Qué visteis mis ojos?
Ya que os atrevisteis,
Llorad los enojos
Del bien que perdisteis.

La luz del sol pura
Solo a vos se os niegue;
Sea noche obscura
Y el alba no os llegue.

Ah ventura mía
¡Cómo me trataste!
¡Sólo un bien tenía
Y aún me lo robaste!

Triste fantasía;
¡Cuánta cosa guarda!
¡Quién pudiera el día
Ver que tanto tarda!

En la vida ciega
Nada permanece;
Aún el bien no llega
Ya desaparece.

Cualquier esperanza
Huye como el viento;
Todo hace mudanza,
Salvo mi tormento.

Amor ciego y triste,
Quien lo há, padece;
Mal quien le resiste,
Mal quien le obedece.

En mi mal esquivo
Sé cómo Amor trata:
Mas pues con él, vivo,
Ningún amor mata.

# *Oda*

## *A D. Manuel de Portugal, con un ejemplar de los Lusiadas*

¿Del Pindo a quien darán las moradoras
Tan bellas y elocuentes,
Guirnaldas florecientes
De triunfante laurel o mirto verde,
De la gloriosa palma que no pierde
La presunción sublime,
Ni por razón de peso algún se oprime?

¿A quién darán de su halda delicada,
Rosas, la rubia Cloris,
Conchas, la blanca Doris;
Estas, flores del mar, del campo aquéllas,
Rubias, blancas o argénteas como estrellas,

Con danzas y coreas
De preciosas Nereidas y Napeas?

¿A quién harán los himnos, odas, cantos,
En Tebas, Amphïon,
En Lesbos, Arïon,
Si no es a vos, por quien restituída
Se ve de la poesía ya perdida
La honra y gloria igual,
Gran Señor Don Manuel de Portugal?

A imitación de espíritus pasados,
Nobles y altos señores,
Dais benignos honores
A mi tan bajo ingenio cuan celoso.
Para mí sois Mecenas bondadoso,
Y por sacro tendré
Vuestro nombre y cual sacro le honraré.

Mi áspero cantar, que resucita
Las honras sepultadas,
Las palmas olvidadas,
De nuestros belicosos lusitanos,
Cual muestra de los hechos soberanos,
Por vos, Señor, prescinde
De la ley a la cual todo se rinde.

En vuestro árbol armado de honra y gloria
Halló tronco excelente
La yedra floreciente
De muy obscura y de muy poca estima,
Y a él para subir busca y se arrima;
Y a él vos subiréis
Tan alto cual las ramas extendéis.

Siempre fueron ingenios peregrinos
De Fortuna envidiados;
Que cuanto son alzados
Por un brazo en las alas de la fama,
Tanto por otro aquélla que os desama,
Con peso y gravedad,
Oprímeos con la vil necesidad.

Mas corazones, dignos del Imperio
Que vencen la Fortuna
Fueron siempre coluna
De la ciencia gentil. Tales Graciano,
Escipión, Alejandro y Octaviano
Que se inmortalizaron,
Y vos, cuyas bondades me alcanzaron.

Pues en cuanto la cítara sonora
Se estime por el mundo
Cual són docto y jocundo,
Y pueda el Tajo producir o el Duero
Pechos de Febo blondo y Marte fiero,
Tendréis gloria inmortal
Gran Señor Don Manuel de Portugal.

## ANTÓNIO FERREIRA

1528-1569

### *Soneto a la muerte de su esposa*

Aquel radiante sol que me mostraba
El camino del cielo llano y cierto,
Que de mi corazón triste e inexperto
Toda sombra mortal siempre ahuyentaba,

Dejó ya la prisión en que se hallaba,
Y ciego y solo estoy... Con paso incierto,
Voy como un peregrino en el desierto
Al que falta la luz que le guiaba.

Con la alma triste y el juicio obscuro,
Sus benditas pisadas voy buscando
Por los montes y valles florecientes.

En todas partes verla me figuro;
Ella toma mi mano y va guiando,
Y mis ojos la siguen hechos fuentes.

## FREI AGOSTINHO DA CRUZ

1540-1619

# *A mi hermano Diogo Bernardes*

Del Lima, del cual heme despedido
Para cavar aquí mi sepultura,
Siento que loar no puedo la dulzura
Sin sentir que se turba mi sentido.

Donde me han visto caminar vestido
Llevando en varias partes la costura,
Con los pies nudos en la piedra dura,
No me dejan oir ni ser oído.

El pueblo, cuyo aplauso recibiste,
Viendo tu blando Lima dedicado
Al Príncipe Real, fiel y excelente,

Te loará mucho más cuanto escribiste;
Mas a mí, caro hermano, menos loado,
Me ensalzará el Señor eternamente.

# FRANCISCO RODRIGUEZ LOBO

1580-1625

## *Soneto*

¡Hermoso Tajo! ¡Ay Dios, cuán diferente
Te veo y ví, me ves hora y me viste!
Turbio te veo a tí, tú me ves triste,
Claro te he visto a tí, tú a mí riente.

A tí te fué trocando la corriente,
A la cual tu amplio curso no resiste,
Trocóme a mí el destino en que consiste
Mi vivir ya feliz, ya tristemente.

Pues que somos del mal participantes
Seámoslo del bien. ¡Cuánto quisiera
Que fuésemos en todo semejantes!

Para tí volverá la primavera
Y tornarás a ser el que eras antes.
¡Yo no sé si seré quien antes era!

## D. FRANCISCO MANUEL DE MELLO

1611-1667

# *Apología de la Muerte*

Un día ví a la Muerte andar holgando
Por un campo de vivos que no vían;
Los viejos sin saber lo que se hacían
Con ella a cada paso iban topando.

Los mozos, en la vida confiando
Por la muerte ignorar, no la temían.
Así pues, ni unos ni otros se desvían,
Y ella a todos despacio va contando.

Ya presta a disparar los ojos cierra.
¡Tiró! Y erró. Yo al ver sus tristes juegos
Tan sin razón grité: «¡Tente homicida!»

Volvióse y respondióme: «Así es la guerra.
Si vosotros andais conmigo ciegos,
¿Con vosotros queréis que ande advertida?

## FERNÂO CORRÊA DE LACERDA

Siglo XVII

# Soneto

¿Qué debo al monte o campo que florece
Si para todos las sus flores cría?
¿Qué le debo a la umbrosa fuente fría
Si su agua pura a todos nos ofrece?

Al sol, que para todos amanece,
Poco le debo con gozar del día.
Si a todos por igual su luz envía
Poco debo a la luna cuando crece.

Divina Lisa, campo en la hermosura,
Fuente en la gracia, monte en el altura,
Sol en belleza y luna en las mudanzas,

No prodigues, Señora, esa luz pura,
Esa gracia, esa flor, esa ternura,
Si no quieres matar mis esperanzas.

# NICOLAU TOLENTINO D'ALMEIDA

1741-1811

## *Sátira a los tocados altos*

Llavero en mano y testa desgreñada,
Golpeando con el pie, la madre ordena
Que el hurtado colchón—sin pluma apena—
Lo traigan o la hija o la criada.

La hija, presumida y bien plantada,
Dice con voz que el aire hace serena:
«¿Perdiósele un colchón? ¡Miren qué pena!
Vea no quede la casa arruinada.»

«Me respondes así? ¿Te burlas de esto?
¿Piensas que por estar padre embarcado
Estoy sin manos?» Y al decir aquesto

Le arremete a la cara y al peinado,
De tal modo que—¡caso nunca visto!—
Sale el colchón de dentro del tocado.

# MANUEL MARÍA BARBOSA DU BOCAGE

1765-1805

## *Sentimientos de contrición*

Mi ser se consumió en la lucha insana
Del tropel de pasiones que me instaba.
¡Ah ciego, ah torpe, ah mísero! Soñaba
En mí casi inmortal la esencia humana.

¡Con qué atractivos la esperanza ufana
La falaz existencia me adornaba!
Mas ya sucumbe mi natura esclava,
Y me muestra un tristísimo mañana.

Placeres, mis amigos, ¡mis tiranos!
¡Cuál sumidos os deja en desengaños
Esa alma que, sedienta, en mí no cupo!

Cuando cruce en el pecho al fin las manos
Gane un instante los perdidos años:
¡Sepa morir el que vivir no supo!

## *A Camôes*

Camôes, grande Camôes, ¡cuán semejante
Encuentro mi hado al tuyo! Igual trabajo
Nos costó a tí y a mí, al perder el Tajo,
Afrontar al sacrílego gigante.

Como tú, junto al Ganges susurrante,
De cruel penuria en el horror me veo;
Como tú, por ser vano mi deseo,
También gimiendo estoy, aciago amante.

Cual tú, ludibrio de la suerte dura,
Mi fin demando al cielo, en la certeza,
De que mi paz está en la sepultura.

Imagen tuya soy... Mas ¡oh tristeza!...
Si la suerte me dió tu desventura
No así tus dones, la naturaleza.

## *Retrato propio*

Magro, de ojos azules, faz trigueña,
Bien servido de pies, menos de altura,
Triste de facha y triste de figura,
Nariz alta en el centro y no pequeña.

Incapaz de ir a un único terreno,
Más propenso al furor que a la ternura,
Bebiendo en nívea mano, en taza obscura,
De celos de Luzbel letal veneno.

Devoto incensador de mil deidades,
(Digo, de mozas mil), en un momento,
Y amando en su altar, solo, a los cofrades:

Es Bocage, en quien brilla algún talento;
Declaronos él mismo esas verdades
El día en que se halló más pachorrento.

# *Oda anacreóntica*

En torno de áurea colmena
Aleteaba Amor un día,
E introduciendo la mano
Frescos panales cogía.

La abeja, más fuerte que él,
Pues de Amor no tiene miedo,
Del muchachuelo goloso
Castiga el hurto en un dedo.

Chúpase el tierno dedito
Cupido, y se echa a llorar,
Y con enojo a su madre
Volando se va a quejar.

Venus, cariñosa y bella,
Dice al mecerle en su pecho:
«Disculpa lo que te hicieren
»Recordando lo que has hecho;

»El aguijón de la abeja
»No duele cual tus arpones,
»Lo que ella te hizo en un dedo
»Lo haces tú en los corazones.»

## THOMAS ANTÓNIO GONZAGA

1774-1807

# *El verdadero héroe*

Alejandro, Marilia, como el río
Que en invierno al crecer todo lo arrasa,
De las tropas al frente
Las ciudades abrasa
Con fama de valiente.
En la gloria guerrera es el primero;
Muere joven aún, pero ya tiene
Vencido al mundo entero.

Mas este buen soldado, cuyo nombre
No hay ya poder alguno que lo abata,
Fué, amigo, solamente,
Un dichoso pirata,
Un salteador valiente.
Si no tiene una fama baja, obscura,
Es porque puso junto a la injusticia
La insolente ventura.

El grande César, cuyo nombre vuela,
De su propio país la fe quebranta,
La espada en mano toma,
Le oprime la garganta,

Da Señores a Roma,
Y héroe consigue ser por un delito.
Si no venciese, entonces ¿qué sería?
Un vil traidor proscrito.

El ser héroe, Marilia, no consiste
En imperios quemar, que hace la guerra,
Derrama sangre humana,
Y despuebla la tierra,
También la gente insana.
Ser héroe es vivir siempre como justo,
Y tanto puede un héroe ser el pobre
Como el mayor Augusto.

Los bárbaros e injustos vencedores
Tienen remordimientos y cuidados;
    Ni aun les guardan seguros
    Sus palacios, cercados
    De tropa y de altos muros.
¡Ay, cuántas gentes muéstranos la historia
A quienes mudó el hado en negro oprobio
    La mal ganada gloria!...

Yo vivo, hermosa mía, entre los brazos
Amables del descanso y a él me postro.
Cuando me hallo despierto
Miro tu lindo rostro
De mil gracias cubierto;
Si duermo, sueño y al soñar te veo;
Y ni despierto ni dormido, nunca,
Sube a más mi deseo.

## VIZCONDE DE ALMEIDA-GARRET

1799-1854

# *Cascaes*

Acababa allí la tierra
Con los últimos roquedos...
La sierra desierta y árida
Entre los negros peñedos
Llevaba solo un mezquino,
Estéril y triste pino.

El desplegado huracán
Con su alarido gigante,
El cielo turbio y plomizo
Y el mar bramando incesante,
Pregonaban la braveza
De aquella naturaleza.

En una quiebra del monte
Entre juncos mal medrados,
Secos la fuente y el río,
Matos y herbajos quemados,
Ahí, en esa tosca sierra,
Tornóse cielo la tierra.

Los dos solos en el mundo.
¡Santo Dios, cómo vivimos!
Como ambos lo éramos todo
De nada ageno supimos.
¡Ay la vida regalada,
De todo el resto olvidada!

Qué besos interminables,
Qué hablarnos con la mirada,
¡Cómo ella en mi alma vivía!
¡Cómo no ansiaba yo nada!
Mi alma estaba en su razón,
Mi sangre en su corazón.

Aquellos días los ángeles
Valuaron la eternidad,
Que esas horas fugitivas,
Siglos en la intensidad,
Si a los suyos Dios las cede
Por milenios las concede.

Y así fué que a tragos hondos
Amplios y largos, bebí
Del placer la copa: - ¿amargos
Después?... Sí, después sentí
Las heces que me dejó...
Mas nadie cual yo gozó.

¡Nadie! Es preciso querer
Cual yo quise, ser amado
Cual lo fuí, dar y aceptar
Del sér a quien se le ha dado,
El pensamiento, y la vida
Que anúlasenos, perdida...

¡Ay Dios, qué días terribles
Después de aquellos vinieron!..
¡Cuán fatales desengaños
Rama a rama destruyeron
La mi choza de la sierra,
Donde se acaba la tierra!

Si viera...—que no ha de ser—
El sitio aquel encantado
Tal vez no lo conociera,
Tanto ha de haber cambiado.
Cambiado cual yo, cual ella...
Que no la conozco al vella.

Ya no recomienza el cielo
Allí, do acaba la tierra...
Sumióse en la obscuridad
La visión de aquella sierra.
Queda solo, en su braveza,
La agreste naturaleza.

## *No eres tú*

Tenía el mismo mirar,
La misma gracia al andar,
La misma linda color,
Aquella visión que ví
Cuando soñaba de amor,
Cuando en sueños me perdí.

Tenía tu porte altivo,
Tu albo rostro pensativo;
Y una suäve tristeza,
Que sobre ella descendía,
Como un velo la envolvía
Suavizando su belleza.

Tenía en aquel su hablar
Ingénuo, casi vulgar,
El poder de la razón
Que hechiza con su fulgor.
No era fuego, era claror
Que cedía al corazón.

Sus ojos, tu transparencia,
Su seno, tu misma esencia:
Tu olor a rosas celestes,
Rosas puras y ambarinas,
Lozanas como boninas,
Sencillas sin ser agrestes.

Mas aquélla ya pasó...
Tú no eres aquélla, no,
No eres aquella que ví,
Puesto que aquella visión
Albergaba un corazón.
No hay duda. ¡Bien lo sentí!...

## ANTÓNIO FELICIANO DE CASTILHO

1800-1875

# *La visión*

... Ligero como un relámpago
Volé con el pensamiento
A los muros silenciosos
Del solitario convento.

Melancólico y silvestre
Era todo ese lugar:
De un lado montañas yermas,
Del otro bosques y el mar.

Penetré yo al mismo tiempo
Hasta el fondo del santuario;
De las losas el ruído
Moví con pie temerario.

Hallé en todas partes noche
Y el silencio más profundo;
¡Ninguna voz, ningún paso!...
¡Creíme solo en el mundo!

Sólo del buho en la casa
El triste piar se oía,

Que por la bóveda extensa
Se alargaba y se perdía.

Luego el reloj de la torre
La media noche hizo oir;
Despertó el eco del templo;
Luego volvióse a dormir.

Una campana tocada
Por mano de una visión,
Reunió tristes pensamientos
Para la tarda oración.

Del coro hasta allí desierto
Se llenaron los lugares
Y al aire hasta allí callado
Volaron tiernos cantares.

La hora, el lugar, las tinieblas
Y aquellas voces suäves,
Reunieron en mi alma
Ternuras e ideas graves.

Al plinto de un columna
Pensativo me acerqué;
Mucho más triste que antes;
Mucho más solo me hallé.

Enmudeció todo el coro;
Las luces muertas quedaron;
Batió la puerta al cerrarse;
Los hermanos se alejaron.

De la lámpara de aceite
Quedó el resplandor extinto;
De mil trémulos fantasmas
Llenóse al punto el recinto.

Luego el reloj de la torre
La hora primera hizo oir;
Despertó el eco del templo;
Luego volvióse a dormir.

Aparteme horrorizado,
Y ligero como el viento
Al dormitorio tranquilo
Volví con el pensamiento.

Con la mirada en la luna
Ví, dentro la celda umbrosa,
Y a la ventana sentada,
A una virgen aún llorosa.

Conocí por sus cabellos
Y sus ropas seculares
Que no era de las votadas
Para siempre a los altares.

Conocí que un pensamiento
Nutría, triste y profundo,
Y me dije: «Cual me veo
Se ve ella sola en el mundo».

Y todos cuantos afectos
Su alma encerrados tenía,
En profético delirio
Presentáronse a la mía.

Lleguéme a su corazón
Y tomándola la mano:
«Ya hemos hallado, la dije,
Lo que buscamos en vano».

«Por el cielo me responde,
Que te juro por el cielo,
Que tu anhelo ha de ser mío
Y ha de ser tuyo mi anhelo».

El cielo oyó nuestros votos,
Viónos la luna abrazar
Y juntos los dos quedamos
Sentados á conversar.

Luego el reloj de la torre
La hora segunda hizo oir;
Despertó el eco del templo,
Luego volvióse a dormir.

Mas esta virgen ¿quién era?
¿Por qué entró en la soledad?
¿Por qué su aire pensativo?
¿Por qué su interna ansiedad?

En la alta noche y ¡tan sola!
¿Por qué razón no tembló
Y al mortal desconocido
Por qué tan presto se dió?

¿Dónde está ese monasterio
Y ese encantador lugar?
¡De un lado montañas yermas!
¡Del otro bosques y el mar!...

Hombres, dejadme el secreto,
Básteos saber que soy de ella,
Sea do fuere el retiro,
Sea quien fuere esa bella.

Mujeres, este fantasma
Os excede en los encantos;
Serán de ella eternamente
Mi amor y todos mis cantos.

## ALEXANDRE HERCULANO

1810-1877

# *La tempestad*

Negras nubes gravitan en el aire;
Se oye el viento silbar;
La tormenta al rugir curva las ondas
Por la extensión del mar.
La ola inmensa a lo lejos corre y corre
Por el terror envuelta;
Brillan en la negrura las centellas
Que la borrasca suelta.
Del sol poniente un rayo rezagado,
Que apenas fulge, muere,
Por la nube fugaz es perseguido
Pues que extinguirlo quiere.

Tal nos halaga en sueños la esperanza.
Al despuntar el día,
Mas luego, al despertar, la consciencia
Nos dice que mentía.
Las olas negri-azules se congloban
Y forman cordilleras,
Contra las cuales otras arqueándose
Se elevan altaneras.

¡Oh tempestad! Yo te saludo, oh numen,
Azote de natura,

Reina del mar y del volcán, que vistes
Traje de noche obscura.
Cuando por los pinares escarchados
Al ruído de las ramas
Vibrando espantos, pavorosa ruges
Y asolación derramas,
Quien entonces contigo porfiara
De gloria y poderío;
Oh tú que extremecer haces al cedro,
Y enturbïar al río.

Quién pudiera ser tú, para mecerme
De nubes en castillos,
Y ver de mis cadenas, ya quebradas,
Dispersos los anillos.
Entonces rodeara al mundo entero,
Sublevara las aguas,
Encendiera con rayos de volcanes
Las mortecinas fraguas;
Del alcornoque y de la encina enormes
Las frentes curvaría,
Y el arenal de Libia, huracanándome,
En monte elevaría.

Al fulgor de la luna y sobre el polo,
Dichoso me sentara,
Y viera prolongarse el hielo eterno
Que el tiempo amontonara.
Y solitario allí, rey de la muerte,
Alzara mi clamor
Exclamando: «Soy libre y tengo imperio;
Yo soy aquí el Señor».

Quién se pudiera erguir, como esas ondas,
En torbellino incierto,
Y correr, y rugir por la planicie
Del líquido desierto.
¡Mas entre miembros de mezquino barro
La mente presa está!...
¡Yérguese al cielo en vano; despeñada
Muy presto en tierra da!

¡Oh muerte amiga! Es sobre aquesas ondas,
Entre escarceos erguidos,
Que te invoco, pidiéndote fenezcan
Mis días aburridos.
Quiébrame la prisión do la natura
Lanzó a aquesa alma ardiente.
Pueda volando alzarse hasta las plantas
Del Dios omnipotente.
Que la nave opresora en que me hallo,
Señor, pronto naufrague,
Y la proa—ludibrio de tifones,
Sin rumbo fijo, vague.

¡Mas no!... Deja dormir a quienes cércanme,
El sueño del vivir;
Deja a los soñadores de esperanzas
Su obscuro porvenir.
Oh del reposo madre, extremo abrigo
De un corazón opreso,
Que niegas al dolor y al goce fácil
Dar en tu seno acceso.
No despiertes, oh no, a los que abominan
De tu aspecto amoroso,
Febricitantes que se abrazan trémulos
Al lecho doloroso.

Tú que al triste sonríes con dulzura,
Oh calumniada muerte,
Tú que en tus brazos préstales asilo
Contra la negra suerte;
Que en su umbral al señor como a su siervo
Te quedas a esperar,
Y corres peregrina por la tierra
Y corres por el mar;
Deja soñar venturas a los hombres
Pues que de tí nacieran,
Ya un día volverán de estos delirios
Que tan gratos les eran.
Yo que velo en la vida y que no sueño
Ni gloria ni ventura,
Yo que apuré tan pronto hasta las heces
El cáliz de amargura,
Yo, vagabundo y por los pies hollado
De lo más vil del mundo,
Yo que alimento inspiraciones santas
Del pecho en lo profundo,
Sin que halle en mi destierro una armonía
De alma, que a mi alma entienda,
¿Por qué seguir, curvado por la suerte
Tan espinosa senda?
¡Ruge el mar! ¡Cómo doblas melancólico
Fragor de tempestad,
Salmo de muertos que retumbas lejos,
Grito de eternidad!...

¡Pensamiento infernal!... ¿Huir cobarde
Ante el destino odioso?
¿Lanzarme envuelto en negras maldiciones
Al antro proceloso?
¡Jamás! Dios me envió para epurarme

Con llanto, a aquesta tierra;
Conservaré mi vida atribulada
Con mi deseo en guerra.
Tendrá el fiel guardador su premio un día,
Podré ¡al fin! reposar,
Y a contemplar el sol de un dia extremo
Vendrá otro en mi lugar.
¡Heredaré al morir! Cual la suäve
Paterna bendición
Me será el despertar, y al fin mí alma
Saldrá de su prisión.

•

Un consuelo le queda todavía
Al firme guardador:
Dios le dejó en las treguas de la vida
La amistad y el amor;
Lo demás es sepulcro iluminado
Por mentida ilusión,
Vanos placeres que tan solo llevan
Dolor al corazón.
Mi noche pasaré con luz tan grata
Hasta el amanecer,
Hasta alzarme a la patria del reposo
Donde no hay fenecer.

## JOSÉ DA SILVA MENDES-LEAL

1818-1886

# *El pabellón negro*

I

¡Ved las naves de Francia!—Majestuosa
Cada cual en su tope alza gloriosa
Bandera de tres colores.
Las mismas son que un día en los ardores
Del combate que vió la gran ciudad,
Rozaron, augurando maravillas,
Los muros de las trágicas bastillas
Como arco-iris de la libertad.

Las mismas son, que el mundo entusiasmado
Saludó, honrando el ámbito inflamado
En que al fin otorgara un siglo nuevo
A los pueblos sin luz, feliz renuevo,
Cuando en los ayes de la convulsión
Las indefensas turbas metralladas,
Apretando sus filas mutiladas
Forjaban armas de su humillación.

Son las mismas. Amigos son, empero.
La antigua relación no fuese un fuero,
Y una voz lo diría que no miente,
Que no puede mentir, porque el potente

Disimula y revuélvese a destajo.
El emblema leed: ¡Fraternidad!
Viene de Francia y va a la humanidad.
¡Bien vengáis!—¡Salve Torres del Tajo!

## II

Salve, torres, esa gloria
De mil glorias heredera;
De los lises, la bandera
Guarda pura la memoria
En los brazos de la fama.
Ya los halcones de Gama
Pueden ahora saludar
Compasados, aclamando
El pabellón venerando
De Duquesne y Jean Bart.

También nosotros contamos
Nobles fechas celebradas,
Y a nuestras palmas pasadas
Recientes lauros juntamos.
Rota, mas nunca abatida,
Mostrar podemos erguida
Hacia el cielo la bandera
Estrellada de metralla,
Y en lanzas de una batalla
Trofeos de Talavera.

La misma antorcha irradía
Su llama de heroicidad
A la joven libertad
Y a la vieja monarquía;

Son a los lauros preclaros
De los viejos Monte-Claros
Los lauros del Puerto, iguales:
Dejó agotadas la historia
Las joyas de nuestra gloria
En las coronas reales.

La sangre ardiente y guerrera
Sigue ensalzando el pasado
Con el valiente soldado
De Bussaco y de Vimera
¡Salve torres! Y si acaso
Sobre el parapeto raso
Fundiera el tiempo los bronces,
Poned ante esos apuros
En el resto de los muros
Las colubrinas, entonces.

III

Salve, Belem, que custodias,
Fiel centinela, el Restello,
Padrón gloriöso y bello
De la edad de nuestras glorias.
Tras tus almenas randadas
Miras las velas hinchadas
De las naves de alta mar.
Solo tu aspecto guerrero
Quedó. Mas el extranjero
Debe inclinarse al pasar.
Te erige en un monumento
El brazo que el bello Oriente
Dió al mundo como presente

Con su sangre por cimiento.
Porque la data quedara
Te esculpió sobre la cara
El duro hierro de Ormuz
—Blasón que asombra a las eras—
Las quinas en las eferas,
Y encima... ¡sólo la cruz!

Antes que el arma perfiles,
Cuenta al franco qué misterio
Te, de Alejandro el imperio,
Lucró con la arma de Aquiles;
Cuál viste ante tus armadas
A cien naciones postradas
Al portugués pabellón,
Cuando, las olas hendiendo
Pueblos y mares barriendo
Glorificó a la nación.

Y dile más: veinte flotas
Impelí con fin diverso
Al confín del Universo
Trazando nuevas derrotas;
Cada año cuando volvían
Mas feudos del mar traían,
Y humillando cada vez
A los bajeles profundos
Dones y armas de ambos mundos,
Yacía el mar a mis pies.

Mis nautas trocando en lares
Las heroicas carabelas,
Desafiaban las procelas
De los hombres y los mares;

De esa raza ilustre y fuerte
Cuento a quien pasa, la suerte.
Yo soy de un pueblo real,
La torre valiente y recia;
Excedí a Tyro y Venecia
Y de Cártago fuí igual.

Mas hoy, pálida memoria...
Con el gesto de un proscrito
A los hombres de granito
Ciño el manto de mi gloria;
Solo esa joya he guardado,
Y el recuerdo venerado,
Mas en la frente marcial
De otros tiempos pregonera,
Guardo la libre bandera
Como una flor virginal.

¿Los fuertes de la ciudad
Húndense hasta las raíces?
De guerra son cicatrices
Que no arrugas de la edad.
No os asuste la violencia;
Podéis por la independencia
Como un volcán estallar,
Podéis aun desmantelados
Cual si fuerais animados
Al opresor derrumbar...

Si poner la mano osara
Alguno, —¡desventurado!—
En ese heroico legado,
Joya magnífica y rara,
Abrirse vería, pienso,

Cual las de un sepulcro inmenso
Esas piedras elocuentes.
Y a más alzarse terribles,
Y como un día invencibles
Las sombras de mis valientes.

¡Salve pues! Tus artilleros,
Con fraternos alaridos,
De los cruceros pendidos,
Glorian a los marineros
En voz alta y clamorosa!
Pasa, Francia generosa,
Pasa, Francia, hermana ya;
Honra al brillante estandarte
De Condé o de Bonaparte,
De Wagram o de Rocroy.

## IV

Pero ¿qué veo? Presumo
Que me mintió la distancia;
¡No es la bandera de Francia!
¡Negro es ese pabellón!
¡Negro! Y no negro del humo
Que quema el rostro a los bravos.
¡Del negro de los esclavos
Y la amarga sumisión!

¿Será un sino tenebroso?
Volando el águila, herida
En el honor o en la vida,
¿Siempre ha de caer aquí?
Es el negro luctuoso
De los muertos atributo,

Que si Francia está de luto
Está de luto por sí.

Quizá el amago negrezca
Cual la noche y la tormenta;
Hay poder que se acrecienta
Al chocar contra la ley;
Podrá... ¡Dios le favorezca!...
Va el franco con las verdades,
La razón, las libertades,
Y sus fueros y su rey.

Antes, Francia, si querías
—Bien que la paz se quebrara—
Echar el guante a la cara
Del fiero leopardo inglés,
Grande, las armas vestías
Y requerías la espada;
No llevabas, demudada,
Los signos de la viudez.

Sin compasión te lanzaron
Ese velo funerario,
Como un lúgubre sudario
Sobre tu ínclito blasón,
Y aún las galas te tomaron
De tus glorias. El futuro
Llorará ese nombre obscuro
De Francia, como nación.

La águila en buitre tornada
Cual signo que la condena,
Há en la garra la cadena
Que hace humillar la cerviz.

Por el espolio incitada,
Y el aire cortando incierta,
Acecha la presa muerta...
¡No es esa la de Austerlitz!

Aquélla partió, y presumo
Que hoy boga a enorme distancia...
Esta águila no es de Francia,
Negro es este pabellón.
¡Negro! Y no negro del humo
Que quema el rostro a los bravos,
¡Del negro de los esclavos
Y la amarga sumisión!

V

Cegóte, oh musa mía, el entusiasmo
Reflejándote un prisma engañador.
El mundo recubierto ve con pasmo
La bandera triunfal de otro color.

Mas no bajes la frente consternada
Porque se enlute ese pendón fatal,
Por ver la lira en vez de ver la espada
De tu indómita y noble Portugal.

Llevóte el extranjero el poco de oro
Que de los negros hechos fuese en pos;
Mas te dejó la honra; ese tesoro
Basta a la patria, a la virtud y a Dios.

Musa, alégrate, musa, cual me alegro.
El brazo asestador la mano tiende,
Allá va el negro premio, el bajel negro...
Y encima el negro pabellón se extiende.

## ANTÓNIO AUGUSTO SOARES PASSOS

1826-1860

# *El firmamento*

¡Gloria a Dios! Está abierto el libro inmenso,
        Libro del infinito,
Donde en mil letras de fulgor intenso
        Su nombre adoro escrito.
Está del tabernáculo corrida
Una punta del denso arcano velo;
Remonta con tus alas esta vida,
Alma que anhelas elevarte al cielo.

Estrellas que alumbráis esas moradas
        ¿Cuál es vuestro destino?
¿Sois acaso las lámparas sagradas
        Del bello umbral divino?
Pululando del seno omnipotente,
Por fin sumidas en la eternidad,
Sois las centellas de su carro ardiente
Rodando por la azul inmensidad.

Y cada ténue luz un astro encierra,
        Del sol remoto espejo,
Monarca de otros mundos cual la tierra,
        Que forman su cortejo.
Nadie puede contaros: ¡quién pudiera
Esos mundos contar a que dáis vida,

Que obscuros flotan, como nuestra esfera,
Que entre tinieblas hállase sumida!

Mas vosotros brilláis allá en el mundo
Del trono soberano.
¿Quién os ha de seguir en lo profundo
De ese inmenso oceano?
¿Quién os podrá contar, remotas moles
Aéreas que brilláis con dulce albura,
Do una mano há las ondas de los soles
Que un día han de quebrarse en el altura?

Y un tiempo en la mudez todo yacía
En brazos de la nada;
Era noche y en Dios la luz del día
Se hallaba aún concentrada.
¡Y habló Él! Y la luz en un momento
Fué a disipar las sombras más distantes.
¡Habló Él! Y el inmenso firmamento
Fué desplegando un velo de diamantes.

Y todo despertóse, y todo gira
Inmerso en sus fulgores,
Y es cada mundo una sonora lira
Que canta sus loores.
Cantad, mundos, que rige el sumo Bien,
Arpas de la creación, faros del día,
Cantad loor universal a quien
En los espacios os sostiene y guía.

Oh tierra, que engendraste en tus entrañas
Mi pobre sér humano,
¿Qué eres con tus volcanes, tus montañas
Y tu vasto oceano?

Sólo un grano de arena arrebatado
Por ese torbellino de los mundos,
En redor de su trono levantado
En los senos del orbe más profundos.

Y tú, el hombre, ¿qué eres, sér mezquino,
Cuando altivo te encumbras,
Queriendo abrirte sin cesar camino
Por tus densas penumbras?
¿Qué eres con tus impulsos y progresos?
Un átomo sutil, un flaco aliento;
Vives solo un instante y de tus huesos
Quedan cenizas que sacude el viento.

Mas tú piensas, y el giro de los orbes
A la razón lo entregas;
Tú piensas, e inspirado en Dios, te absorbes
En la idea y te anegas:
Alégrate, inmortal, su luz inmensa
La noche del sepulcro no la apaga;
¡Gloria a Dios, que en un átomo condensa
El pensamiento que en el aire vaga!

Sigue, oh rey de la tierra. Con la mente
Conquista áureo destino,
Y de uno en otro siglo noblemente
Asciende en tu camino.
Y tú, ¡oh tierra! en tus floridos mantos
Arrebuja a tus hijos, y renueva
Tu himno de amor y enlázalo a los cantos
Que el universo entero a Dios eleva.

Dicen que ya sin fuerzas, moribunda,
Te doblas decadente.

¡Oh, no! Con tanto sol que te circunda
Tu sol aún es fulgente.
Eres joven aún, a cada paso
De un mundo ves las lentas agonías,
Y ruedas, sin pensar en el ocaso,
Cubierta de perfumes y armonías.

Mas morirás también. Centelleando
Vés hoy aquella estrella;
Mañana la verás agonizando,
Y no sabrás más de ella.
¿Quién fué? ¿Quién la apagó? Tal vez su aliento
Fué el que extinguió esa luz ya fatigada;
O fueron siglos mil, o fué un momento
Que hizo la eternidad trocarse en nada.

Un día—¿quién lo sabe?—al montón denso
De años y de ruïnas,
Caerás también en el volcán inmenso
Que tu sol denominas.
Y acaso tus hermanas luminosas
Que los mismos claror y vida inflama,
Atraídas, al fin, cual mariposas,
Arderán como tú en la misma llama.

Y entonces, sol, en ese bello trono,
¿Qué harás con tener vida?
¿Qué harás de ella, Monarca en abandono,
Con tu gloria extinguida?
Te extinguirás también; la fría muerte
Alcanzará a tu carro llameante;
Va en pos de tí y anúnciate la suerte
En las manchas que anublan tu semblante.

Y ellos ¿qué son? Tal vez los restos pálidos
De algún antiguo mundo
Que hierve aún en borbotones cálidos
En tu seno profundo.
Tal vez envuelta quedará tu frente
Por las cenizas de tus hijos, luego,
Y bajo de ellos todos, de repente,
Extinguirás tu vacilante fuego.

Las sombras pasarán al vasto imperio
Que alumbra tu fanal.
Mas ¿qué vale de menos un salterio
De la harmonia orbal?
Otro sol como tú y otras esferas
Volverán a cantar tu himno pristino,
Renovando en los sitios donde imperas
Del sol de soles el fulgor divino.

¡Gloria a su nombre! Acaso un día ansiando
Un más perfecto cielo,
El cielo de hoy a su imperioso mando
Rasgue su terciopelo.
Y entonces mundos, sol, astros brillantes,
Como un bando de águilas disperso,
Chocándose en destrozos humeantes,
Al fondo caërán del universo.

La vida yendo entonces al encuentro
Del foco soberano,
Parará, concentrándose en el centro
De ese inmenso oceano.
Y acabado por fin cuanto fulgura,
Quedarán en la azul inmensidad
—¡Oh silencio!—a aguardar la voz futura,
El trono de Jehová y la eternidad.

## CAMILO CASTELO BRANCO

1826-1890

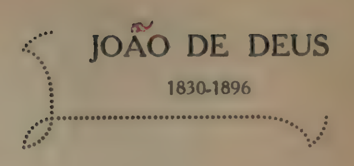
# *El mayor dolor humano*

¡Qué inmensas agonías se formaron
En los ojos de Dios! ¡Siniestra hora
La en que el hombre surgió! ¿Qué negra aurora
Y amarga condición le esclavizaron?

Las manos que ya a un hijo amortajaron
Erguidas a Dios buscan. La Fe implora
¿Y el cielo qué responde?... Al fin bajaron
A abrazar a la hija, muerta ahora.

Un padre en las tinieblas va soñando,
Va palpando la sombra en que les vió
Nacer, crecer, morir. ¡Desastre infando!

¡Tales abismos quedan siempre abiertos!
Es pecho que el dolor empedernió
Sepulcro vivo de dos hijos muertos.




# *La vida*

I

Fuéseme poco a poco amorteciendo
La luz que en esta vida me guiaba,
Los ojos fijos en la cual pensaba
Ir también al sepulcro descendiendo.

En nublándose aquélla, en no la viendo
Toda otra luz también se me nublaba;
Despuntaba ella apenas, despuntaba
Luego en mi alma la luz que iba muriendo.

Alma mía gemela, ingénua y pura
Cual ni los serafines la soñaron...
¡Bien me hiciste saber que el bien no dura!

No sé ni si volé ni si me alzaron;
No pueda yo jamás mi desventura
contar a los que en vida no lloraron...

II

¡Oh Dios! Cuando en su cuello reclinado,
Cuello más puro y cándido que armiño,

Como abeja en la flor iba el cariño
A libar en su labio perfumado;
 Y a la luz de sus ojos (¡ay! tan bellos
Que mi alma se arrobaba en gracia tanta),
En su boca la dulce Biblia santa
Leía, del color de sus cabellos;
 Cuando su mano colocando un dedo
En sus labios de rosa poco abierta,
Cual tímida paloma siempre alerta
Me imponía callar o hablar muy quedo;
 Cuando como la alvéola delicada,
Linda como la flor la más hermosa,
Pasaba como cisne o mariposa,
O cual crepuscular nube dorada;
 Cuando en bálsamo de alma soñolienta
Ungíame las manos de indigencia,
Cual nube en manos de la Providencia
Deja una lágrima en la flor sedienta;
 Y la cruz del collar de su garganta
Extendiendo sus brazos, como extiende
El símbolo de amor que en la alma prende,
Decía... lo que ya decir me espanta;
 Cuando una negra nube descargaba
Sobre mi corazón alguna pena,
Y acercando su bella faz serena
Su perfumada risa la esfumaba;
 Cuando el oro trenzado al viento dando,
Y la nieve del cuello y su vestido
—Paloma que del par se hubo perdido—
La escuchaba de lejos palpitando;
 Y el dije de su boca relucía
Vermejo como rosa de agua llena,
Y con besos matándome la pena
Mil rosas en el rostro me esparcía;

Mi alma tenía ¡oh Dios! siete colores;
Era para mí el mundo un paraíso;
Era mi corazón dulce y sumiso;
Debajo de mis pies nacían flores.
Dios tuvo para mí solicitud
Y amaba yo su nombre en cuanto existe,
En el campo florido o prado triste,
en el cielo, en el mar... y en la virtud.

III

La vida es tiempo que fluye;
La vida es *¡ay!* que nos hiela;
La vida es sueño que huye;
La vida es nube que vuela;
La vida es sueño tan leve
Que se derrite cual nieve;
La vida es sombra que atrae;
La vida dura un momento
Más breve que el pensamiento;
La vida llévala el viento;
¡La vida es hoja que cae!
La vida es flor en corriente;
La vida es soplo suäve;
La vida es astro cadente,
La vida es volar del ave;
Nube que el viento al soplar
Onda que el viento en el mar
Una tras otra lanzó;
La vida—pluma caída
Del ala de un ave herida—
De valle en valle impelida
El viento se la llevó.

# *Adoración*

## *A Fernando Leal*

Vi tu faz de querube,
Vi tu rostro sin par,
Contemplélo a distancia mudo y quedo
Como quien vuelve del destierro y ledo
Contempla como sube
El humo de su hogar.

Vi ese mirar amante
De un flúido sin igual,
Suäve como lámpara sagrada,
Bendito cual la luz de la alborada
Que alumbra al navegante
Después del temporal.

Vi ese cuerpo de ave
Que parece que viva
Flotando, cual el sol o cual la luna
Sin cual la propia hallar belleza alguna,
Tan magestuoso y suave
Que suspende y cautiva.

Por atraerme tanto
No oso mirarlo fijo,
Pues esparce tu rostro una luz pura,
Un claror atractivo que fulgura
Con el arrobo santo
De la madre hacia el hijo.

Tiemblo apenas presiento
Tu dulce aparición,
Y si me aproximase y contemplara
Tus ojos, de rodillas me postrara.
No es amor lo que siento,
¡Es una adoración!

Las alas providentes
Del ángel tutelar
Te abriguen siempre con su sombra pura;
A mí me basta solo la ventura
De ver que me consientes
Desde lejos ¡mirar!...

## Epitafio

*Al Dr. D. Teófilo Braga y a su esposa*
*para la tumba de sus hijos*

En el jardín del corazón
Vimos nacer dos lindas flores,
Mas casi estando aún en botón
Se marchitaron sus colores.

Hélas ya en tierra abandonadas,
A donde van nuestros amores
Y a donde van nuestras miradas.

# ANTHERO DE QUENTAL

1842-1891

## *Entre sombras*

Viene a sentarse a veces a mi lado,
—La tarde muere deshojando rosas—
A las horas calladas y dudosas,
Un bello sér quimérico y alado.

Posa su leve mano esa visión,
—Da su aroma la noche sosegada—
Su mano compasiva y perfumada,
Sobre mi dolorido corazón.

Me dice con amor, compadecida,
—Suspiros da el espacio vaporoso—
Me dice: «¿Por qué lloras, silencioso?
¿Por qué tan yerma y triste te es la vida?

»¡Ven conmigo! Mecido por mis brazos,
—Hay en la noche un gran silencio santo—
En un ensueño de claror y encanto,
Podrás romper esos terrenos lazos.

»Pues que yo habito la región distante
—La noche exhala una dulzura extrema —

En donde el amor vive, mas no quema,
Y en donde un alba igual brilla constante...

»Habito allí y tú vivirás conmigo,
—La noche late en una luz que ofusca—
Porque vengo de lejos en tu busca
A darte paz y alivio, ¡pobre amigo!»

Así me dice esa visión nocturna;
—En el espacio hay voces dolorosas—
Son sus bellas palabras cariñosas
Agua corriendo en cristalina urna.

Mas yo la escucho inmóvil, soñoliento;
—La noche vierte un desconsuelo inmenso—
Siento en los miembros como un plomo denso,
Y mudo y tenebroso el pensamiento.

La miro dolorido, absorto e incierto,
—La noche es como un campo desvalido—
La miro con los ojos del dormido,
Y respondo: «¡Bien sabes que estoy muerto!»

## *Sonetos*

### *Sepultura romántica*

Donde la mar se quiebra, en un rincón
Monótono y gimiente en que los vientos
En las arenas alcen sus lamentos,
Allí se ha de enterrar mi corazón.

Solitaria al sol arda su emoción
En el horno estival, en días lentos;
Y en invierno los soplos violentos
Sacúdanle al empuje del ciclón,

Hasta que se deshaga, y transformado
En invisible polvo sea lavado
Del torbellino rápido al azar,

Con sus luchas, su afán cansado y hondo,
En loco amor, disuélvase en el fondo
De ese infecundo, de ese amargo mar.

## *Sueño oriental*

Sueño a veces, por rara maravilla,
Que soy rey de una isla del Oriente,
Do la noche es balsámica y fulgente,
Y en sus aguas la luna plena brilla.

La esencia de magnolia y de vainilla
Perfuma el aire puro, adormeciente;
Lame un orla de bosques vagamente
El mar con finas ondas de espumilla.

Y cuando a la baranda de marfil
Me asomo absorto en pensamientos mil,
Tú a la luna divagas, dueño amado,

Por el bello jardín, donde me esperas,
O descansas debajo las palmeras,
Y un león familiar yace a tu lado.

## *Despertar*

Soñando a veces—si el soñar quebranta
Ese vago sufrir, esa agonía—,
Como canta al volar la alondra pía,
Por el cielo mi alma vuela y canta.

Canta el alba, la luz, la estrella santa
Que ilumina la tierra... sólo un día...
Canta el cambio en las cosas, la alegría
Que las llena de amor y las levanta.

Mas de repente, un viento húmedo y frío
Sopla en mi sueño. Un leve escalofrío
Me despierta. Y es noche: Es el dolor

Que vela como antes a mi lado.
¡Ay! mis cantos de luz, ángel amado,
Tan sólo sueño son, como mi amor.

## *Trascendentalismo*

Sosiego al fin después de la pelea,
Descansa al fin en paz mi corazón;
He advertido la vana condición
De todo cuanto a todos nos rodea.

Al acudir con frente juvenil
Al sagrario en que vive la ilusión,
He hallado, con dolor y confusión,
Tinieblas solamente y polvo vil.

No es en el vasto mundo—por inmenso
Que lo suponga nuestra mocedad—
Que el alma sacia su deseo intenso.

Anhelando lo oculto y lo intangible
Y en la más absoluta soledad
Vaga y vuela el espíritu impasible.

## *Solemnia verba*

Dije a mi corazón: Mira por cuántos
Vanos caminos vamos. Considera
Desde esta altura frígida y austera
Los yermos que regaron nuestros llantos.

Polvo y ceniza en vez de flor y encantos,
Y noche en vez de luz de primavera;
Mira a tus pies el mundo y desespera,
¡Oh, sembrador de sombras y quebrantos!

A esto el corazón, hecho valiente
En la escuela de angustia repetida,
Y a fuerza de penar hecho creyente,

Respondió: ¡Desde aquí veo el Amor!
No fué en vano vivir si esto es la vida.
¡Bendito el desengaño y el dolor!

## *Lo que dice la Muerte*

Dejad vengan a mí los que batallan,
Dejad vengan a mí los que padecen,
Los que llenos de pena y tedio hallan
Vanas sus propias obras, que escarnecen.

En mí los sufrimientos que no callan,
Duda, Pasión y Mal se desvanecen;
Los Dolores sin fin, que no se acallan,
Como en un mar en mí desaparecen.

Dice la Muerte así:—Verbo velado
Silencïoso intérprete sagrado
De las cosas ocultas—muda y fría,

Es ella en su mudez más resonante
Que el clamoroso mar, más rutilante
En su noche, que lo es la luz del día.

## *Homo*

No, no me conocéis ¡oh turbamulta
De astros del cielo y ramas del vergel!
Llevo un secreto y nadie sabe de él;
Nadie sabe leer mi prez oculta.

Nadie sabe quién soy. Mas bien parece
Que ha diez mil años ya en este destierro
Me mira el mar pasar, me mira el cerro,
Y me mira la aurora que alborece.

Soy parto de la tierra monstruoso,
Del humus primitivo y tenebroso
Casual generación. Soy el acaso.

Mezcla de sombra y luz sin punto fijo.
Soy tal vez Satanás, tal vez un hijo
Bastardo de Jehová. Soy... nadie, acaso.

## ANT. CÂNDIDO GONÇALVES CRESPO

1846-1883

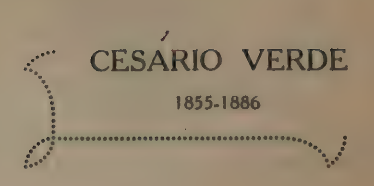
# *Alguien*

Para alguien lirio soy, lirio entre abrojos,
Y tengo la ideal forma de Cristo;
Para alguien vida soy, luz de sus ojos,
Y si en la tierra existe es porque existo.

Ese alguien, que prefiere al acordado
Cantar del ave mi cantar de loco,
No eres tú, dueño mío idolatrado,
Ni vosotros, amigos, sois tampoco.

Si en la alta noche se me oprime el pecho,
Si estoy triste y absorto y fatigado,
Siento que abre sus alas en mi lecho,
Y que deja mi sueño perfumado.

Bendiciones de Dios por el que llora
Llueven de allende el mar. ¿Quién las envía?
Es ese Alguien, mi esplendente aurora,
Eres tú, viejecita, ¡oh madre mía!



## CESÁRIO VERDE

1855-1886

# *Contrariedades*

Hoy me siento crüel, frenético, exigente;
No puedo tolerar los libros más bizarros;
Ya he fumado lo menos tres mazos de cigarros
Consecutivamente.

Tengo jaqueca. Rabio en desesperos mudos;
¡Cuánta depravación en usos y en estilos!
Amo insensatamente los ácidos, los filos,.
Los ángulos agudos...

Me siento a trabajar... Habita en la otra cera
Una infeliz sin pecho, de bronquios indolentes;
Sufre de falta de aire, murieron sus parientes
Y hay plancha para fuera.

¡Pobre esqueleto blanco entre las blancas ropas!
¡Tan pálida! El Doctor dejóla. ¡Mortifica
Siempre sufriendo! Y debe la cuenta a la botica;
Ni aún gana para sopas...

Las contras estimulan y tórnannos perversos.
Ahora me siento lleno de malquerencias, frías
Por causa de que un diario me rehusó hace días
Todo un montón de versos.

¡Qué negro humor! He roto una epopeya muerta
En mi cajón. El sabio no encuentra nunca modo...
Mas de una redacción donde se elogia todo
Me cierra a mí la puerta.

La crítica, según el método de Taine
La ignoran. He juntado en una hoguera inmensa
Muchísimos papeles inéditos, la prensa
Merece un gran desdén.

Más vale aún un epigrama. Con excepciones, ¡bueno!...
...Media noche; discurre por la calzada abajo
Un orfeón. Llovizna. El pueblo bajo
Diviértese en el cieno.

Yo jamás dediqué versos a las fortunas,
Mas sí, por deferencia, ya a amigos o ya a artistas.
¡Independiente! Ahí véis por qué los periodistas
Me niegan sus columnas.

Temen que el suscriptor tal vez les abandone
Si osaran tales cosas poner tales autores.
¿Arte? No les conviene. Saben que sus lectores
Prefieren a Zaccone.

Un prosista cualquiera disfruta fama honrosa;
Gana mucho dinero, la vida le sonríe;
Lo sé, pero no hay nada que más me contraríe
Que el escribir en prosa.

La adulación nos hace vulgares y mezquinos;
Yo hablo muy raramente con nuestros literatos,
Y lanzo unos tras otros los nobles garabatos
De mis alejandrinos.

¿Y la tísica? ¡Bueno! Con el fogón cerrado;
Ignora que el carbón el aire le enrarece,
No sabe que el vacío el piso la humedece;
Se muere y ¡encantada!

Se mantiene de pan y té, vulgo dieta;
Se esfuma, y por las tardes aún muy débilmente
La oigo canturrear una canción doliente
De una nueva opereta.

Perfectamente bien. ¿Ira? Ni por asomo.
Quién sabe si más tarde rico y en otros climas
Conseguiré leer esas antiguas rimas
Impresas en un tomo.

En las letras conozco un campo de maniobra...
Procuraré escribir lo que al lector halague;
Con tanta poesía, ¿no habrá editor que pague,
Señor, todas mis obras?

Ya estoy mejor. La ira se fué. ¿Y la vecinita...?
Se habrá acostado ya sin cena... ¡Me equivoco!
Trabaja aún. Veo luz. Es fea como un coco.
¡Qué mundo! ¡Pobrecita!



## ANTÓNIO NOBRE

1867-1900

# *Al caer de las hojas*

### *A mi hermana María Gloria*

Si pudieran sus manos por acaso
Cerrar mis ojos y arreglarme el lecho,
Cuando enjuto, las manos en el pecho,
Me toque viajar hacia el Ocaso.

Si en aquella ocasión ella pudiera
La almohada arreglarme con cuidado,
Fuera feliz... No estando acostumbrado
Casi con alegría sonriera.

¿Qué le toca al que vive sin cariños,
De mimos viudo, viudo de esperanza
Y soltero de goces, que no alcanza?

Así ireme a dormir como los niños,
Como ellos casi, casi sin pecados
Y al fin acabáronse mis cuidados.

## *Las algas*

Las algas negro-cerrado
Que trage de junto al mar,
Las guarda un misal dorado
Donde suelo meditar.

Cuando abatido y cansado
Voy el misal a hojear,
Dentro del libro encantado
Las oigo a veces llorar.

Es que se acuerdan de cuando
Vivían todas en bando
Junto a los peces y arenas.

Y pienso al ver esos trapos:
Las algas son los harapos
Del traje de las sirenas.

## *Más allá del sol*

Sol, luna, estrella, norte, cielo mío,
Angel, cual yo lleno de «spleen» profundo,
¡Quién me diera partir ahora contigo
Hacia una extraña tierra allende el mundo!

Iremos por el mar, como la yedra
Entretejidos por robustos lazos,

Siendo tu cuerpo una sutil galera
Con leves remos de marfil: tus brazos.

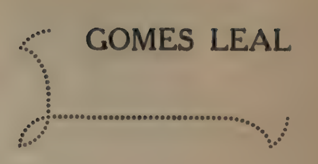
Subiremos arriba--¡muy arriba!—
De esas regiones místicas y bellas.
Hacia un reino ideal de dulce clima
Que hay más allá del sol y las estrellas.

Llegados a ese campo patriarcal,
Para ganar el pan de cada día
Me ocuparé, ângel mío, en trabajar
Las tierras apacibles de Maria.

¡Qué santa paz! ¡Oh luz de mis amores,
Poder en ese campo en que destellas
Trabajar, con labriegos sin pasiones,
Plantando lunas y sembrando estrellas!

¡Qué santa paz! Después, la alegre cena
Entre los hijos que el Señor me ofrezca,
Y dormir con un astro por candela
Hasta que el día pálido amanezca.

## GOMES LEAL



# *El viejo palacio*

Hubo un día un palacio, hoy en ruínas,
Erguido en una roca, junto al mar...
Desde allí vénse lívidas colinas
Y en el campo el viento óyese rezar.
Hubo un día un palacio, hoy en ruínas...

En el triste palacio inhabitable
Las puertas, al luchar contra los vientos,
Baten de noche en coro miserable
Rememorando gritos y lamentos.
En el triste palacio inhabitable...

Solo hay ya una baranda solitaria
Donde medra una flor, expuesta al viento,
Movida por la lluvia funeraria,
Bañada por la luna, de albo argento.
Solo hay ya una baranda solitaria...

La flor bate en sus hierros, oscilante;
Pide rocío al cielo despiadado,
Y al blancor de la luna, sollozante,

Habla a aquél de un anhelo, idealizado.
La flor bate en los hierros, oscilante.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Como en esa baranda enmohecida
En mi alma una flor también vegeta...
De noche por los vientos sacudida
Intima, humilde, lírica, secreta.
Como en esa baranda enmohecida...

¡Oh, acude, dolor mío, a ese palacio
Y arráncale esa flor!... Ve, sin tardanza,
Como un guerrero audaz del viejo Lacio.
Pisotéala luego... Es la esperanza...
¡Oh, acude, dolor mío, a ese palacio...

## *Cuando El, finalmente...*

Cuando El, finalmente, El, el cordero,
Paloma mansa sobre el aire inmundo,
Pendía como un lirio moribundo
Sobre el astil del trágico madero,

Y lanzando el espíritu profundo
Al reino bello, grande y verdadero,
Expiraba llagado y justiciero,
Y aún perdonando, aún perdonando al mundo...

Un soldado romano al verle expuesto
Y rojo ya en la Cruz, como un sol puesto,
Con la lanza, brutal, le traspasó.

Salieron sangre y agua de la herida.
¡La sangre que no dió con dar la vida!
¡Las lágrimas de amor que no lloró!

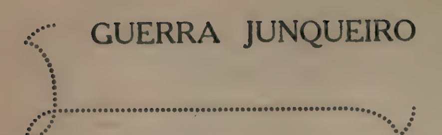
## *En el Calvario*

María con sus ojos apenados,
—Cielos espirituales...— lava en llanto
Las amplias llagas de Jesús, en tanto
Rie uno de los tres Crucificados.

Semblantes de mujer mortificados
Ocultan su dolor bajo del manto,
—Una mujer de Hennon llora en un canto.
—En la túnica juegan los soldados.

La calda sangre, Marta, alba azucena,
Recoje del buen seno, consternada;
Se escucha una burlona carcajada;

Lleva un mar Salomé en sus ojos bellos;
Juan contempla la Cruz; mas Magdalena
Limpia a Cristo los pies con su cabellos.



# GUERRA JUNQUEIRO

## *Los sencillos*

### I

### *El camino*

(Abril, al rayar el alba. Por un ribazo de sementeras, pastos, olivedos y almendros en flor va un rubio peregrino adolescente, de ojos ingénuos, y extasiados en el albor de la estrella de la mañana.)

UN LABRADOR

(De noventa años, en mangas de camisa ocupado en labrar la tierra.)

Joven caballero, de ojos de esperanza,
¿Salís de camino para algún lugar?

EL PEREGRINO

Voy a ver el mundo...

EL LABRADOR

¡¿Sin arnés ni lanza?!
Joven caballero, de ojos de esperanza,
Miserias y penas iréis a buscar...

UNA VIEJECITA

(Más adelante.)

Joven caballero, de ojos inocentes,
Id con gran cuidado para un tal andar...

El peregrino

Voy a prender mónstruos, combatir serpientes...

La viejecita

Joven caballero, de ojos inocentes,
Los dragones viles os van a atacar.

Una joven campesina

(Más adelante.)

Joven caballero, de ojos encantados,
¿Partís con la fresca para algún pomar?

El peregrino

Voy a leer Destinos, descubrir los Hados...

La campesina

Joven caballero, de ojos encantados,
Hechiceros negros os van a hechizar...

Una pastorcilla

(Más adelante.)

Joven caballero, de ojos fulgurantes,
Vuestros ojos dicen que os vais a casar...

El peregrino

Voy a hacer tesoros, fabricar diamantes...

La pastorcilla

Joven caballero, de ojos tan brillantes,
Los ladrones malos os van a matar...

UN MENDIGO

Joven caballero de ojos todo llama,
Vuestros ojos arden cual la luz solar...

EL PEREGRINO

Voy hacia otros mundos, quiero gloria y fama...

EL MENDIGO

Joven caballero, de ojos todo llama,
Va el polvo más alto que el clamor del mar...

LA ESTRELLA DEL ALBA

Crïatura de ojos cual la flor del lino,
Por infiernos dejas tu paz y tu lar.

EL PEREGRINO

(Desapareciendo en la lejanía.)

Flor será la piedra que halle en el camino;
Pura luz de astros, cantos de alborada,
Sonreir de besos, llevo en la mirada.

## II

## *De regreso*

(Crepúsculo, Noviembre. Por el ribazo frío y desnudo va andando, desharrapado y exangüe un pobrecillo triste, apoyado en su bastón.)

UN LABRADOR

Mendigo de ojos mudos de esperanza,
Vente, que las sombras peligrosas son.
Entrate en mi casa, duérmete y descansa.

El pobrecillo

(Siempre andando.)

¡Quién darme pudiera la divina y mansa
Paz que, oh viejo, llevas en el corazón!

Una viejecilla

(A la puerta del molino.)

Mendigo de ojos mudos de ventura,
Dentro de la aceña se halla un buen jergón,
Ven, que tendrás mantas y tendrás hartura...

El pobrecillo

(Siempre andando.)

Tan solo quisiera tu cándida albura,
Tu gracia tranquila, tu ingénua ilusión.

Una campesina

(Que regresa de la vendimia.)

Mendigo de ojos de hombre abandonado,
Miel y vino tienes en mi covachón.
Tendrás leche pura, tendrás pan dorado...

El pobrecillo

(Siempre andando.)

Esa tu alegría libre de cuidado,
Tiéntame tan sólo... Vana tentación...

Una pastorcilla

Mendigo de ojos de sepulturero,
Llevo la merienda dentro del zurrón,
El queso es sabroso, pero algo grosero...

### El pobrecillo

(Siempre andando.)

Dame el reir tuyo, puro y hechicero,
Lirio de los montes, lirio aún en botón.

### Un mendicante

Mendigo de ojos que hablan de agonía,
Cédote la manta, cédote el bastón;
No otra cosa llevo... la noche está fría...

### El pobrecillo

(Siempre andando)

Pobre amigo mío, me conformaría
Con tener apenas tu resignación.

### La estrella vesperal

¡Oh, en otro tiempo soñador
Ve la ilusión cual se derrumba!
Ebrio de aurora y de claror
Te ví partir y tu dolor
Hace que hoy salgas de una tumba.

Tus ojos fueron ensanchados
Por la magnífica ilusión,
Los ví sonrientes y encantados,
Los ví cantar, luego colmados
De llanto y fiebre e indignación.

Regresa en fin; es tu destino
La obscura paz, la sumisión.
Y otra vez niño, oh peregrino,

Vuelve a vestir de blanco lino
Tu viejo exhausto corazón.

EL POBRECILLO
(Llorando.)

Sólo tú, estrella, has conocido
Mi hondo penar, mi hondo dolor...
Tan solo tú me has comprendido...
Sólo mis preces tú has oído...
¡Bendito, estrella, tu claror!

## *Oración a la luz*

¡Oh claro misterio
Del azul etéreo!
¡Oh sueño sidéreo!
¡Luz!

De la tierra afligida
Puro aliento y guarida;
Fermento de la vida...
¡Luz!

Eucaristía santa,
Vino y pan que levanta,
Hombre, peñasco y planta...
¡Luz!

Virgen del arco de colores
Toda abrasada de esplendores,
Madre de héroes y de flores,
¡Luz!

Fiat harmónico y jocundo,
Verbo diáfano y profundo,
Alma del sol, cuerpo del mundo,
¡Luz!

Luz-esperanza, claridad de aurora,
Vida vibrando en la extensión sonora,
Vida cantando vida hora por hora,
¡Luz!

Luz que nos das el pan, ¡oh luz amada!
Luz que nos das la sangre, ¡oh luz dorada!
Y nos das el mirar, ¡luz encantada!
¡Bendita seas, luz, bendita seas!

Sé bendita en nosotros, ¡oh fuente de armonía!
Sé bendita en nosotros, ¡oh urna de alegría!
Bendito sea tu hijo, ¡oh dulce albor del día!
¡Perpetuamente, oh madre, oh luz bendita seas!

***

La inconmovible piedra taciturna,
Si la electriza tu deslumbramiento,
Despierta y sueña en la mudez soturna.

Por tí se torna arena en un momento;
La arena es lodo, es savia, es fruto blando,
Es carne humana, es sangre, es pensamiento...

Por ti el agua que exulta va clamando,
Por tí rueda del monte rumorosa,
Y en el azul en nubes va volando...

¡Por tí rocío! ¿En el trigal se posa?

Es hostía, es pan. ¿Sobre la flor? Incienso,
Néctar, abeja o aurea mariposa.

Por tí fluctúa el aire, mar inmenso
Lleno de vidas invisibles, donde
El sueño de la tierra está suspenso...

A tu hálito ¡oh luz! nada se esconde;
¡Brillas! Y el alma gris de la materia
Desde el fondo del globo te responde.

¡Brillas! Y amor, dolor, luto, miseria,
La juventud anima y el encanto
De tu manto de púrpura sidérea.

Tú alumbras la alegría y el quebranto
En la sonrisa del claror eterno,
Prisma de Dios en lágrima de santo.

Por tu fulgor genésico y materno
Las losas crean nupcias esplendentes,
Y un nuevo Abril palpita en cada invierno.

Por tí suspiran siempre las durmientes
Ánimas vegetales escondidas
En el misterio gris de las simientes.

Germinando por tí, por tí vestidas,
Sueñan aroma, formas y color
En tu blancor magnético embebidas.

Y espléndidas de gracia, arrobo, amor,
Álzante, oh luz, un ay de luz radiante,
Abierto en beso, idealizado en flor...

Por tu temblor de oro, a cada instante,
De verme ciego y enclaustrado e inmundo,
La visión gira libre y deslumbrante.

Por tí un hálito anímico y fecundo
Penetra el lodo, el aire, el monte, el mar,
Vuela de espora a espora y mundo a mundo...

Por tí el ala, la mano o el mirar...
Por tí el canto, la risa o bien la idea...
¡Y por tí el verbo ser y el verbo amar!...

La inextricable, la infinita tea,
Es por el sueño orbal en luz urdida,
Y en luz vislumbra y misteriosa ondea...

Suspensa en luz y de la luz nutrida
Va la pena hacia Dios eternamente,
Rueda en la evolución de nuestra vida...

Hombre, nube, granito, onda, serpiente,
Roca, aire, buitre, flor, prado, ribera,
El mundo, todo en fin, lo que es viviente,

De lodo en ave, de metal en fiera,
De fiera en ángel, de cubil en cruz,
Muévese todo, existe y reverbera

¡Soñando, amando, palpitando en luz!...



Y el corazón que desde las alturas
Manda perpetua luz a las criaturas,
Demora a obscuras.

Sus infiernos en fuego al estallar
Dan alba y luz lunar.

Y su angustia sin fin, su destemplanza,
Madres del beso son y la esperanza.

Sus ayes ardorosos de dolor
Le hacen dulce sonrisa y linda flor.

¡Bendito sea!

Pues por nosotros arde hora por hora,
Pues por nosotros sufre hora por hora,
Pues por nosotros muere hora por hora,
Continuamente,

¡Bendito sea!

Su tormento terrible es nuestro aliento,
Y es su pasión crüel y dolorida
Nuestra vida.

¡Bendito sea, bendito sea!

Bendito el mártir cuya sangre inunda
Los mundos de claror viva y fecunda.
¡Bendita la patética agonía
Cuyos suspiros son la alba del día!

¡Bendita sea la muerte, en cuya esencia etérea
Ondula hacia el Señor nuestra hórrida miseria!

¡Bendito sea!
¡Bendito sea!

¡Bendito sea!
¡Bendíto veces mil el fecundo esplendor,
Nuestra víctima y nuestro redentor!...



¡Hombre!
Si el horizonte alumbra la alborada
¡Yérguete en pie, yergue esa frente alada!
Yérguete libre en pie en la tierra esclava
En que has sido mudez caliginosa,
Donde gusano es la roca brava...
Yergue esa frente humana misteriosa,
La enigmática flor crepuscular,
La flor que llora y que sonríe y piensa,
Flor del dolor que la natura inmensa
Miles de años pasó para formar.
Yérguete, yérguete en la tierra obscura
Hijo del Diablo, padre de Jesús,
Y en el arrobo cándido, en la albura
De la mañana angelizada y pura,
Haz la señal preciosa de la cruz.
Una cruz inmortal en pensamiento,
Una infinita cruz llena de luz,
Abierta al orbe en un deslumbramiento,
Cruz que venga de Dios, roce el infierno
Y abarque la completa inmensidad,
Cruz en la cual un Cristo, Amor Eterno,
Llore el dolor de la honda Eternidad...
Y extático, arrobado, absorto, inmerso
En la armonía azul de la extensión,
Ebrio de Dios, ungido de universo,
Levanta, Hombre, a la luz esta oración:

Oh mónstruo de dolor de lo infinito,

Oh sol crucificado, oh sol bendito,
Tu carne de fluidos y metales
Es la carne-embrión del mundo todo,
Del agua, de las piedras y del lodo,
Que fueron nuestros padres iniciales,
Y por eso nos lanzas tú tu grito
Y nos lanzas tus ayes ancestrales.

Y tus ayes sin fin de moribundo
Son la esperanza que electriza el mundo.

El oro de las albas deliciosas
Viste a los orbes de exquisitas rosas,
Cual si fuesen mendigos de Jesús,
El dolor de tu hado triste y vario,
Es sangre que destila tu calvario,
Que brota de tu cuerpo y de tu cruz.

¡Bendito el cristo-sol en la cruz-fuente,
El mónstruo-mártir que infinitamente
Por nosotros expira y llora luz!...

Oh luz, oh luz, el mundo te devora,
Mas revives en él a toda hora.

Mueres para nacer a cada instante
Más perfecta, más pura, más brillante.

¡Oh, más brillante, sí! La claridad
Nos viene del amor y la verdad.

Tú revives, oh luz, más amorosa
En la agua flúida, trémula y viscosa.

En la agua fecundante y conyugal,
¡Oh madre del gusano y del cristal!

En la agua móvil, mágica, indecisa,
Donde la vida crece y fraterniza;

Donde las sangre y savia, ébrias de amor,
Bullen para la idea o bien la flor.

Mas el agua se muestra agradecida;
Nunca te olvida, oh luz, nunca te olvida.

Las almas de agua cuando se casaron,
Fué con besos de luz que se besaron.



Revives en la tierra áspera y dura,
Que es la leche y la miel en la espesura.

Es la raíz del sorbedor callado
Que piedras mama y da fruto dorado.

Si, revives más pura y más vital
En la piedra y el lodo y el metal.

Materia bruta,
No ve, no habla, no escucha; es su quietud absoluta.

No puede amar
Sino al tocar.

Cuando se toca es que se liga;
Debe ser densa para ser amiga.

En la ruda y brutal naturaleza
Amor es fuerza y afección dureza.

Y es por eso el cristal
Un verdadero santo mineral.

Y la piedra y el bronce
Mantienen en la estatua el genio creador,
Pues la piedra y el bronce
Son dos bloques de amor.

El sueño ideal, genial, sueño impoluto,
No se perdió, pues se fundió
En el sueño del bruto.

Las fraguas taciturnas,
Que hollamos caminando,
Son almas lentas, íntimas, nocturnas,
Ciegas y sordas, que se están besando.

La piedra, oh luz, se muestra agradecida;
Nunca te olvida, oh luz, nunca te olvida.

Pues las piedras inmóviles y heladas
Fueron soles o estrellas o alboradas.

***

Tu revives, aún más sacrosanta
En la alma de la planta.

Alma formada de infinitas almas,
Vida engendrada de infinitas vidas,
Mas todas juntas palpitando unidas
En solo un alma.

Almas gemelas, de común fragancia,
Que igual ardiente aspiración alumbra,
Soñando, amando, oyéndose a distancia,
Libre hoja en el azul, raíz en la penumbra.

Almas aéreas, ondulantes,
Siempre ebrias de color y de esplendor,
Alzando al Dios ignoto los verdores radiantes,
Al eterno elevando la esencia de la flor...

Verde hoja, seco tronco y flor dorada,
Condensan llamas, crean luz sagrada.

Incorporan en luz el deseo-embeleso.
Edifican en luz la esencia misteriosa,
Que suspiro a suspiro y beso a beso
Va del liquen al cedro, va del musgo a la rosa...

Hierbas, florestas, pámpanos frondosos,
Cálices de oro, bosques amorosos,
Sois esculturas en deslumbramiento,
Sueños urdidos con la luz y el viento.



Y aún más hermosa que en la primavera
Resurge en el gusano o en la fiera,
Pues tiene ojos y sangre y movimiento.

¡Luz radiante
Gracia de la color, albor, esplendidez!
Eres la obscuridad, eres la ciega errante,
Ciega nocturna y deslumbrante
Puesto que alumbras y no ves.

Esos ojos de estrellas vagabundos,
Ojos de luz qúe incendia y enagena.
No descubren ni páramos ni mundos,
No ven flores ni ven granos de arena.

Y una alimaña torva, rastreando,
Ve las nubes y pájaros en bando
Y de la noche ve la claridad.
A la pálida luz de la pupila
Junta el brasero de astros que rutila,
Infinito en la azul inmensidad.

Es la pupila ardiente
Luz prodigiosa y luz consciente.

Mirar
Es distinguir, unir, fraternizar
El ensueño del mágico universo;
Juntar todo cuanto hállase disperso
En el lodo, en la roca, en el aire, en el mar...

Dilatando el amor,
La visión se dilata y crece el esplendor.

Ojos perfectos,
De eterna luz,
Tan sólo los divinos de los grandes electos,
Tan solo los de Budha o de Jesús.



Y aún mucho más santa, mucho más amorosa
Que en los de la paloma o el cáliz de la rosa,
Revives en la música infantil
Y en la dulce alegría del pájaro en Abril.

El ave canta
Sonorizando aurora en la garganta...

El mirlo, la curruca, el ruiseñor,
Declaman luz, gorgean sol.

Y en las tinieblas muere la canción.

¡Canción alada!
Tú eres la voz idealizada
De la natura flórida, fecunda
Y ebria, que bebe mares de alborada...
El alma de la luz, que el mundo inunda,
Y el ansia de la tierra al fulgor inmortal,
Cantan en los acentos que desgrana
La alondra y en la límpida armonía
De un ósculo ideal!...

***

El mundo, oh luz, te absorbe y te devora,
Y empero en él revives más intensa,
Más próxima al Señor a cada hora,
En las vidas de nuestra vida inmensa;
Vidas sin fin, almas sin fin,
Que el secreto de amor junta y condensa
Por mis ojos magnéticos, en mí.

Destellan en mi cuerpo, humanizadas
Muertas constelaciones y muertas alboradas,

Pues que la vida me engendró en dolor
Y fuí éter, estrella, agua, montaña o flor;

Pues que gusano obscuro me arrastré
Y al fulgor sideral fuí lobo en pie,

Y al verter una lágrima ligera
Me sentí hombre por la vez primera;

¡¿Cuántos soles y cuántos firmamentos
Barridos por las olas de los vientos,

Prestaron luz al lodo triste
Que en mí soñando y suspirando existe?!

Todo mi cuerpo es luz esplendorosa;
Una canción soy de alba religíosa
Que a la órbita de Dios se halla enlazada...
Miles de auroras rien en mi canto,
Ondas de estrellas brillan en mi llanto,
Y hay piélagos de luna en mi mirada...
Esta carne, esta sangre, esta miseria,
Y este ideal que llévame al azur,
Fueron ya brasa en la extensión etérea,
Por eso exultan devorando luz...
La luz mis penas y alegrías fragua,
Late en la luz mi corazón y van
Mis ojos a la luz que los reclama...
Oh luz tremente, bébote en el agua,
Oh luz ardiente, cómote en el pan,
Y aspírote en el aire y en la llama...
¡Oh luz, oh luz, oh luz!
¿Cómo he de liberarte?
¿Cómo he de consolarte?

Luz que nos hinches de alegría,
Luz que desatas la armonía
Que es el brillo y color de la natura,
Haré de tí, oh luz de un día,
Perpétua luz de la Belleza pura.

Luz que iluminas la existencia,
Luz que propagas la evidencia,
Borras los yerros y la obscuridad,
Haré de tí, de la tu esencia,
La luz sin par de la Verdad.

Luz en donde mirada y pensamiento
Casan la estrella, el agua, el lodo, el viento,
Mónstruos y hombres, el canto y el dolor;
Haré de tí, luz de un momento,
La luz eterna del Amor.

Sí, la luz del amor que no se apaga,
Luz que todo lo halaga,
Luz que cede ilusión,
Luz que deslumbra y que radía
De un suspiro, de un ay, de una agonía,
De un beso, de una prez, de una canción...

La luz, en cuya gloria idealizante,
El brasero de astros rutilante
Es obscura ceniza sepulcral,
Y el risueño esplendor de la alborada
Una lúgubre y lenta fumarada,
Mal-sueño de las dudas y del mal...

La luz que transfigura y que convierte
Al César deslumbrante en polvo inerte,
Y al pobre vagabundo en claridad...
La luz que enciende lágrimas gemidas
En estrellas eternas y floridas,
En jardines de albura y de piedad.

Luz donde todo va bogando inmerso,
Esencia espiritual del universo,

Sol de soles, increado y creador...
Luz de misericordia y esperanza,
De una infinita bienaventuranza,
Alba pura que nace de un máximo dolor...

Luz de los astros, ciega luz corpórea,
Que al revivir es agua transitoría,
Piedra y arena, podredumbre y planta;
Cáliz mustio que el viento norte mueve,
Mirada en brasas que se torna nieve,
Gorgeo lindo que una hora canta.

En mi sangre exaltada y sublimada,
En mi dívino ideal crucificada,
La paz suprema alcanzarás por mí,
Serás luz del espíritu amoroso,
Tu dolor te será siempre gozoso,
Serás suäve beatitud sin fin...



OREMUS:

Pura luz de la estrella matutina,
Lágrima argéntea en la extensión divina,
¡Abre mis ojos como tu mirar!

Viva luz de las albas candorosas,
Mi frente dora, inúndame de rosas
¡Para cantar!

Luz abrasando, crepitando llama,
Arde en mi sangre, mi vigor inflama
¡Para luchar!

Luz de las sombras al temblar los mares,
Vela el monte de un vaho de pesares
¡Para soñar!

Luz de la luna, mágico claror,
Confunde mi dolor con tu dolor
¡Para llorar!

Luz de los astros, vaga luz silente,
Cae del abismo del misterio ardiente,
Sangra calvarios infinitamente
¡Para rezar!

Y cantando,
Y luchando,
Y soñando,
Y llorando,
Y rezando,

Haré de la luz santa que radía,
La luz espiritual del nuevo día,
Luz de Dios, del Amor, del sumo Bien,
Luz de la gloria, luz de la luz amen!

## EUGÉNIO DE CASTRO

# *A los ojos de Dios*

Hermanos por enlace y amistad,
Y brío y honra, decidió el Señor
Hermanarles aún en un dolor
Mayor que la viudez y la orfandad.

Pierde uno la hija en plena mocedad,
De belleza y de gracia en pleno albor,
Pierde otro un hijo, ejemplo de valor,
*¡Maravilla fatal de nuestra edad!*

Oh padres sin ventura, que, abrazados,
Las vías recorréis del campo santo,
Que huelen a ciprés, llenos de agobios.

Al cielo alzad los rostros humillados...
Vuestros hijos tal vez allí entre tanto
A los ojos de Dios pasean, novios.

# *La contrahecha*

## *A Baltasar Freire Cabral*

Al borde de un camino
Se halla una contrahecha
Pidiendo limosna.

Pasan grupos alegres
Que se dirigen a la romería.
Llueve oro.
Al son de los laúdes cantan las lindas vírgenes.
Visten en los pomares
De blanco los naranjos, cual las novias...
Las vírgenes que cantan al son de los laúdes,
Bajan a los pomares,
Y flores de naranjo pónense en los cabellos...

La contrahecha pide una limosna,
Está triste y los grupos son alegres;
Diríase una danza que rodeara una tumba.

La contrahecha pide una limosna:
Su voz tiene el color de la ceniza,
Sus manos implorantes, color de terracota,
Son cual flores pisadas...
La contrahecha pide una limosna
Pero nadie la escucha.

Y todos huyen de ella,
Y al verla todos quedan disgustados

Como novios que al ir hacia la iglesia
Diesen con un entierro.

Es de noche.
La vía está desierta...
Ya están lejos los grupos...
Se ha mustiado la angustia de los dulces laúdes.

Una lluvia menuda cual cabellos
Cubre de perlas a la contrahecha.
Sus manos de color de terracota,
En donde la sonrisa
Gentil de una limosna no ha cantado,
Se cierran como flores pisoteadas
Que murieran de sed encima del polvo.

La contrahecha tiene hambre
Pero no tiene qué comer...
Una lluvia menuda cual cabellos
La recubre de perlas cristalinas...
Cubierta así de perlas parece una princesa...

La contrahecha tiene hambre
Pero no tiene qué comer...
Para olvidarla
Se entretiene contando las estrellas...

## *Cántiga*

Aunque, Señora, vistáis
Velludo, holanda y satén,
Mis ojos desnuda os ven.

De clara holanda vestís
Vuestro cuerpo, linda Infanta;
Bello collar de rubís
Vélame vuestra garganta;
Lleváis manto de velludo,
Linda saya de satén,
Mas no os sirve vuestro escudo:
Mis ojos desnuda os ven.

Adivino tras las vestes
Que os recubren, bella Infanta,
Los dulces dones celestes
De vuestro cuerpo de santa;
Vuestras vestes carmesí
De brocado y de satén
Son de cristal para mí:
Mis ojos desnuda os ven.

Sólo os veo manos y cara,
Mas lo bastante mostráis,
Para imaginar la rara
Gracia de lo que ocultáis.
¿Para qué randas y encajes,
Para qué, mi dulce bien,
Si al través de vuestros trajes
Mis ojos desnuda os ven?

# La muerte de Constanza

## A su majestad la Señora Doña María-Amelia, Reina de Portugal

Constanza va a morir...
Ha largo tiempo
Que su mísera vida está suspensa
De un hilo de la Virgen... Bien sabe ella
Que su alma irá a las manos de los ángeles
Derechamente al cielo, oye los coros
Que en hossanas de amor han de inflamarse
Entre el humo sagrado de la mirra
Y el movimiento de las palmas, cuando
A los pies del Señor confusa humíllese.
Todo eso vé y escucha, y entretanto
Su corazón se encuentra como un huérfano
Viendo límpio el espejo al que acercara
La boca mustia de la madre inerte.

Constanza va a morir...
Inés y Pedro
Pueden al fin amarse libremente
Como las flores a la luz del día,
Mas si acaso los tristes sospechasen
Que ellos son que la matan, que es por ellos
Que há tanto tiempo vive agonizando,
¡Ah! entonces en lugar del paraíso
De arrebatado amor por qué suspiran,
Huyeran a una selva de terrores
Y morirían ambos lacerados

Por las panteras del remordimiento.
Y es esa negra idea que atribula
Los días postrimeros de Constanza...
Ligera brisa que al pasar no hiciera
Siquiera extremecer débiles juncos;
La arrojaría al suelo; de tal modo
Su triunfante y hermosa caridad
Tiene su cuerpo exangüe enflaquecido.
Mal puede respirar, mal dar un paso,
Sus manos y su rostro son de humo,
Su voz un cecear como de rezo;
Y al contemplar en tanto a Inés y Pedro
Pasar cerca de ella, más que nunca
Se esfuerza noblemente en persuadirles
De que nada sospecha; para ambos
Redobla la dulzura y el cariño,
No hay un mimo gentil que no les brinde,
Les habla sin cesar, a sí los llama,
Y, sonriendo, los dedos flúidos pásales
Por los cabellos, amorosamente...
Mas a pesar de todo—ella lo sabe—
No les engaña...
A veces las sonrisas
De la mustiada rubia Inés parécele
Que le piden perdón arrodilladas,
Y en los ojos de Pedro ve reflejos
Del gran incendio que le abrasa el alma...
—¡Ay del futuro de ellos! ¡Qué martirio!
¡Qué purgatorio!

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

La noche es fría, obscura...
Constanza va a morir...

Nadie la vela,
Fingiéndose mejor suplicó a todos
Que la dejasen sola y se acostaran,
Y apenas consintió que un paje mozo,
Que ha mucho la servía lealmente,
Se quedase a la puerta de la estancia...

En el lecho, debajo de la colcha
Recia en donde se mustian unos lirios,
Que ella bordara en días venturosos,
Apenas adivínase su cuerpo.
¡Mas he ahí que se yergue!
Tiritando,
Blanca, casi desnuda al suelo salta
Titubeante, pónese la túnica,
Los chapines se calza, abre transida
La espesa puerta de un solemne armario,
Registra un cofre y llena la escarcela
De torneses de plata y onzas de oro.

¿Qué va a hacer la infeliz?
¡Huir con el paje!
Huirá con él... Irán lejos, muy lejos,
Por sombrías, recónditas veredas,
Caminarán de noche; al ver la aurora
En los pinares quedarán; llegados
A la frontera alejará Constanza
Al paje; le dará todo el dinero,
Y luego de esto exigirá que haga
Por la hostia consagrada el juramento
De no intentar volver nunca a su patria.
Y al verle al fin partir, irá a esconderse
Detrás de unos matojos en espera

De que su Dios la llame.
Y entretanto
Ella, la esposa fiel, será tenida
Por la más falsa adúltera de todas,
Y su nombre será dicho con asco,
Cubriranla de lodo la memoria
E Inés y Pedro enteramente libres
Del cruel remordimiento que abrasara
Sus tan martirizados corazones
¡Lograrán finalmente ser felices!

Dolientemente, vagarosamente,
Ya hacia la negra puerta se encamina
Con difícil andar, ya en los cerrojos
Toca la claror mustia de la luna:
Mas, de repente, vibra y se oye el eco
De un vagido infantil—¡la voz del hijo!

Sus ojos luego empáñanse de lágrimas.
¡Oh, no, no partirá!
Mimoso infante
Deja ya de llorar, la madre buena,
Cuyo vientre habitaste, oyó tu dulce
Y aguda vocecilla y se detuvo...
Oh, no, no partirá. Precioso infante
Deja ya de llorar, duerme en sosiego,
Jamás tendrás vergüenza de tu nombre.

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Rompe el alba sin sol, grisácea y triste.
Constanza va a morir...
Cercan su lecho
Inés y Pedro... Dulce está rezando,
La cabeza en las manos junto a un tríptico...

Constanza va a morir...
—«Adios, mí Pedro..
Una sombra de voz exclama... Y Pedro
De conmoción dolido, albo cual nieve,
Las pupilas bañadas por el llanto,
La enlaza febrilmente y en sollozos
Le da un violento prolongado beso.
Al fuego de ese beso la expirante
Parece revivir. Llora de júbilo;
Por su mirada cruzan meteoros;
Ya el aire no le falta, ya sonríe.
¡Y es que ese postrer beso contenía
El amor y la fiebre del primero!
—¡Oh, qué muerte dichosa le dió Pedro!—
Mas he ahí que ve a Inés...
¡Oh, no! no debe
Bajar con aquel beso a su sepulcro.—

«Ven, Inés mía», dice sonriendo
Con dulzura infinita, y en sus brazos
Acoje a Inés, abrázala aún muy fuerte,
Le da el beso de Pedro, y luego exhala
Serenamente el último suspiro...

## AFFONSO LOPES VIEIRA

### *Los cabellos de Inés*

A manos de Juan VI llega un día
Del cabello de Inés un poco de oro,
De ese amado tesoro
Rubio, que al sol de antaño refulgía.

Eran rayos de luz, de luz llegada,
Del silencio del túmulo durmiente;
—Hilos de miel dorada,
Rayos de sol ardiente—
Que con su claridad resplandeciente
Habían el sepulcro iluminado.

Curioso, toma entre sus dedos prietos
El rey, y a ver despacio se prepara
Esos cabellos, donde se posara
Una boca anhelante de besos y secretos...

Mas hete ahí que el viento arranca aquéllos
Con un aéreo gesto receloso.
—Gracias te doy, oh viento misterioso...
Y nadie nunca más vió esos cabellos.

# *Danza del viento*

El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba;
Cuando baila, cuando gira,
Todo gira en derredor.

Dice a las flores, bailando:
—Bailad conmigo, bailad.
Y curvadas y oscilando
Poco a poco van bailando,
Los pétalos van soltando,
Y al suelo van a parar...
Y él las deja vacilando,
—¡Y allá va!...

El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba;
Cuando baila, cuando gira,
Todo gira en derredor.

Dice a las altas ramadas:
—Bailad conmigo, bailad;
Y sintiéndose agarradas,
Bailan, bailan desgreñadas,
Bailan, bailan asustadas,
Ya cansadas, suspirando;
Y él las deja vacilando.
—¡Y allá va!...

El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba;
Cuando baila, cuando gira,
Todo gira en derredor.

Dice a las hojas mustiadas:
—Bailad conmigo, bailad.
Del quieto suelo arrancadas
Las hojas, por él alzadas,
Pobres viejas arrugadas,
Como un ay cayendo van;
Bailan tristes, suspirando,
Y él las deja vacilando,
—¡Y allá va!...

El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba;
Cuando baila, cuando gira,
Todo gira en derredor.

Dice a las ondas saladas:
—Bailad conmigo, bailad;
Y las ondas empinadas,
Por sus brazos arrolladas,
Se pelean,
Y sus rizos se recrean
En el viento fluctuando.
Y él las deja vacilando,
—¡Y allá va!...

El viento es buen bailador;
Baila, baila, baila y silba;

Cuando baila, cuando gira,
Todo gira en derredor.

Dice a la lluvia cayendo:
—Bailad conmigo, bailad,
Y al de ella su cuerpo uniendo
Besa su boca, sintiendo
Que ella abrázale sonriendo,
Y se desmaya girando,
Y al beso dobla la faz,
Y él la deja vacilando,
—¡Y allá va!...

## ANTÓNIO CORRÊA D'OLIVEIRA

### *Cipreses*

Reflexivos Cipreses que en la tierra
De la Verdad pensáis, en los jardines
De la muerte hecha flor, bancal de almas.

Cipreses de los pobres cementerios,
¡Cuán hondos, remotísimos secretos
De la vida sabrán vuestras raíces!

¿Qué dicen vuestras ramas à la brisa
Cuando se balancean murmurando?

Cipreses de los pobres cementerios,
¡Cuánto sabéis del reino de la Muerte!

La Muerte es vuestra vida, pues en ella
Y en la tierra enlazáis las hondas, ávidas
Raíces y hacia el cielo erguís las ramas
Tan verdes que ni el frío las marchita.
Brilla el sol en vosotros y las aves
Tejen sus dulces nidos, como flores
Que se abren en las hojas de sus alas
Y en sus cantos se exhalan como aromas...

Cipreses de los pobres cementerios,
¡Cuánto sabéis del reino de la Muerte!

A la claror del sol y a la suave
Claridad de la luna misteriosa,
Diseñáis en el suelo vuestras sombras
Como signos de un mágico alfabeto,
Donde acaso los ojos de las Almas
Descifren las palabras cabalísticas
Reveladoras de íntimos anhelos...

Cipreses de los pobres cementerios
¡Cuánto sabéis del reino de la Muerte!

En vuestra sangre vegetal—la savia—
Se transfunde y transforma la energía
De la sangre del hombre y aun del alma.
Pues de la tierra en que vivís al fondo,
La Muerte le trabaja el cuerpo inerte,
Y lo toma a la Tierra, como toma
Al mar la nieve que se alzó en los vientos:
Y han de volver las ondas en las lágrimas
Que verterán las lluvias y el rocío...

Cipreses de los pobres cementerios,
¡Cuánto sabéis del reino de la Muerte!

Oís. Y en vagos gestos, en lejana,
Más vívida expresión de pensamiento,
A la luz de la luna habláis conmigo...

Vuestras conversaciones silenciosas
¡Qué saudades me dejan! Qué recuerdo
De claras horas de belleza muertas

Dentro del alma, ¡cementerio de almas!
Qué instintivo nostálgico deseo
De volar a la muerte... ¡no! a la Vida...

¡Ah si pudiera yo, si yo pudiera
Adormecerme allá en el campo santo
De mi aldea, entre montes de los cuales
Tristezas y el destino me destierran,
Y al pudrirse mi cuerpo en este palmo
De tierra donde tengo a amados muertos,
Un ciprés que allí vive desde siempre,
Acaso con sus ávidas raíces
Sorbiese alguna cosa de mi cuerpo,
Sorbiese alguna cosa de mi alma!

Y tal vez en sus ramas y en su tronco
(Como en un verde y ledo Paraíso)
En un cielo de olvido y de renuncias,
De nuevo me encontrara en compañía
De los que tanto amé y me abandonaron...

Y allí viviese en la suäve y cándida
Santidad primitiva, no ya hombre,
Sino árbol sencillo de la tierra,
En cánticos de luz y de verdores,
Lleno de paz y de naturaleza.

## *Mística*

Crepúsculo profético y sagrado,
La soledad se torna ensoñación,
Se alza a Dios la pagana vibración
Del mundo en sombras místicas velado.

¡Qué silencio profundo! La emoción
Parece que ha, en un éxtasis, velado
La voz del corazón que tanto ha orado;
Voz de la luz, ora de ronco son.

Sentí mi alma formada en derredor
Con cuanta vida nuestra Vida encierra,
Pues que yo no era un hombre; era el Amor.

El Angelus... La noche descendía,
Y fundiendo en tu nombre cielo y tierra
Dije, recé, canté: ¡Ave María!

## *Dios*

Espíritu de abismos y de alturas
Que en todo cuanto vive se derrama,
Luz esparcida aún antes de ser llama,
Criador que se entregó a las criaturas:

Alma que su alma dió a las piedras duras,
Amor tan desamado que nos ama,
Genio que a las tinieblas presto inflama;
Desde las ondas a las espesuras.

Centro y fusión de todas las distancias,
Madre-vejez de todas las infancias,
Futuro de cuanto ha de perecer...

Haz que mi alma contémplete un segundo,
Presente en tí, pretérito del mundo,
¡Infinito inmortal del Verbo Ser!

## ANTÓNIO PATRÍCIO

### *Saudade de tu cuerpo*

Tengo saudades de tu cuerpo. ¿Oiste
Correrte por la carne y por el alma
Mi deseo, tal como un ángel triste
Que enlaza nubes en la noche en calma?

Va la saudade de tu cuerpo—¿sientes?—
Siempre conmigo; tiéndese a mi lado,
Diciendo y rediciendo que no mientes
Cuando me escribes: «ven, mi dulce amado...»

Es tu cuerpo en la sombra esa ansiedad...
Beso sus manos y sus senos-sombra;
Su luz me mira y es la obscuridad...

Miro al sol para estar en tu reflejo...
Es la noche este cuerpo que me asombra...
Es la saudade un escultor muy viejo.

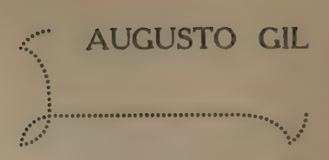
# *Para pedir limosna*

Por la inquietud que, seas tú quien seas,
Tienes o bien tendrás del mal que hiciste,
En nombre de unos ojos que deseas,
De un amor o de un sueño que tuviste.

Por la quimera que veló tu lecho
Cuando fuiste ya un niño o ya un poeta;
Por el dolor que te abrasara el pecho,
Y sólo el mar sonámbulo interpreta.

Por tu madre, o su ensueño que te vela,
(Y es más dulce tal vez), por tu dolor,
Vé la mano que extiendo mientras hiela.

Mirame, roto, pobre del Señor.
Por un trozo de pan duro y moreno
Te doy la ilusión noble de ser bueno.



## AUGUSTO GIL

# *Balada de la nieve*

Il pleure dans mon coeur
Comme il pleut sur la ville.
VERLAINE.

Llaman leve, levemente
Cual si llamáranme a mí...
¿Será lluvia? ¿Será gente?
No, gente no es ciertamente,
Y aquélla no llama así.

¿Ser el viento no podría?
Tal vez... Ha un momento, [empero,
Ni una hoja sola rompía
La quieta melancolía
De los pinos del sendero.

¿Quién llama así, levemente,
Con tan rara ligereza,
Que apenas se oye ni siente?
No es la lluvia, ni es la gente,
Ni es el viento con certeza.

Voy a ver. La nieve fría
Desciende del triste manto
Blanca y leve... ¡Oh nieve mía!
¡Cuánto ha que no te veía!
¡Y qué saudades, Dios santo!

Vuelvo la nieve a observar,
Todo es del color del lino.
Pasa gente y al pasar
Sus pasos vanse a trazar
Sobre el blancor del camino.

Miro y miro esas señales
Y advierto en la nieve pura,
Junto a esos pasos iguales,
Los trazos miniaturales
De unos pies de criatura.

Descalcitos, doloridos;
La nieve permite verlos,
Primero bien definidos,

Después en surcos seguidos,
Pues no podía moverlos...

Que el que ya es un pecador
Sufra tormentos... ¡bien, sí!...
¡Mas los pequeños! ¡Señor!...
¿Por qué les das tal dolor?
¿Por qué padecen así?

Y una profunda tristeza
Y una profunda emoción
Entra en mí, queda en mi presa.
Nieva en la naturaleza
Y nieva en mi corazón.

## AUGUSTO CASIMIRO

# *Psicología*

I

Mi fuerza, mi deseo, mi divina
Sed infinita de arte y de belleza
Que a los dioses me acerca, que me inclina
A lo mejor de la naturaleza;

Esta sombra, esta luz que se desprende
Del fondo de mi alma y del pasado,
Alma que el alma misma no comprende
A pesar de sentirla siempre al lado.

Este anhelar eterno que levanta
Mis brazos a la luz, y espera y canta,
Y que conmigo va donde voy yo;

Esta vida-mayor, que en mí palpita,
Y sueña, y canta, y se subleva, y grita,
¿De dónde viene, qué es, quién me la dió?

II

Ojos que vieron una vez, oídos
Que un son impresionara cierto día,

Horizontes distantes ya perdidos,
Y una olvidada y muerta melodía;

Perfumes, formas tacteadas, almas
Que en nuestra alma se anegan y perecen,
Voces, recuerdos, perspectivas calmas
Que ahondan en nuestro sér y se adormecen.

Vida en que vidas infinitas suenan,
Y graves y fantásticas resuenan
Como una caracola, vagamente,

¡Cual nuestra alma las oye conmovida!...
Que eso es solo nuestra alma y nuestra vida:
Oirlas resonar constantemente...

III

Alas que están temblando en la tortura
De una estrecha prisión, mirando al cielo;
Dolorosa y estática amargura
Del agua que al brotar hízose hielo;

Vibraciones de flor que son perfume,
Cantos del corazón hecho dolor,
Ansias de roca que la luz consume,
Esbozos de alma adivinando a Amor.

Formas pasadas, trágicas, suspensas
En la quietud de cóleras inmensas,
Como el remordimiento de Caín,

Las cosas de la vida... ¡todo, en fin!
— Dolor que pasa, calma que se aleja —
En mí sueña y palpita y se refleja.

## TEIXEIRA DE PASCOAES

# *Allá*

En un monte eminente,
Melancólico altar,
Que el canto sosegante de una fuente
Parece iluminar,
Viéndome solo y triste
Me puse a meditar...
Todo cuanto rodeábame y existe
Aquende y aun allende del mirar
Bailoteaba en mi lloro.
¿Qué es llorar?
Es ver el sol cual lágrima de oro
Y en la faz de Dios verla resbalar;
Es ver al mundo
Concentrar
Su espíritu fecundo
En agua y en dolor que va a rodar,
Que va subir, de un hondo anhelo en pos,
Batir las alas hacia Dios,
Volar...

¡Cuántas cosas nos vienen de allá a hablar
Y a visitar!... Yo sé
Que vienen en secreto los astros a la mar.

¡Lágrimas que de lejos venis a susurrar,
Oh lágrimas extrañas!...
Sobre mis ojos lloran al alba luz lunar
Los ríos y montañas...

El eternal dolor
Hizo su nimbo en mí, le oigo cantar
De rama en rama, y flor en flor...
Ha de crear...

A solas por los yermos divagaba...
Quedeme a meditar...
El ocaso las formas animaba...
Tenían voz confusa, negro era su mirar...

Y de pronto encontreme abandonado
Lejos de mí, de tanto errar...
Quedé de miedos lívidos cercado,
Y era un fantasma a la claror lunar.
Y púseme a clamar
Por mí que estaba a solas... Y al momento
Me pareció un acento,
Muy remoto, en el aire oìr víbrar...
Mas era un ¡ay! perdido
De la Natura, eterno, sin sentido...
Y en mi sér hondamente penetró.
Y allí quedó
Para cantar
La soledad, la luz crepuscular,
Los silencios, la sombra, el recelar inquieto...
Y esa es mi prez oculta, y es ese mi secreto.

# Elegía

¿Recuerdas, amor mío,
Las tardes otoñales
En que íbamos los dos
Solos a pasear,
Lejos de nuestra aldea,
Lejos de los casales
Por donde Dios tan solo
Pudiese oirnos hablar?
Tu mano acariciaba
Un lirio enamorado
Y el brazo me oprimías;
Yo, pálido, soñaba
En Dios, en tí, en la vida...
Lejos el sol dorado
Moría bendiciendo
La noche que llegaba...
Astrales armonías
Besaban tus oídos
Un crepúsculo tierno
Y dúlcido en la sombra
Marcaba tu perfil
Y el monte dolorido...
Erraban por el cielo
Cantos del fin del día...
Cantos que desde lejos
El viento vagabundo
Traía a la memoria...
Tal como el que partió
Sobre las ondas verdes
Y torna de ver mundo,
Lleva en el pecho ocultas
Las cosas que en él vió...
Tú, amor, me contemplabas
A veces distraída,
Cual quien la mar contempla
Cantar desde un roquedo...
Yo gozaba en soñar
Como onda adormecida
Cuando el viento también
Duerme en el arbolado...
Tú, amor, me contemplabas...
Mi cuerpo rudo y basto
Vibraba cual la onda
Que yérguese en neblina
Mirabas descuidada...
Aún hoy sigo escuchando
La música ideal
De tu primer mirada,
Y aún oigo tu voz dulce,
Y aún veo tu albo rostro...
¡Y era el silencio máximo,
La obscuridad, completa!...
Te escucho en mi dolor,
Te escucho en mi inquietud,
Te veo en mis ensueños
Eternos de poeta...
El sol agonizaba...
La sombra de la pena

Velaba con amor
Nuestras sencillas frentes.
Hora en que la flor piensa,
La piedra sueña y ora,
Hora en que las dos manos
De bruma al cielo elevan
Las más humildes fuentes,
Santa hora en que nosotros.
A solas y contentos
Ibamos al través
De la callada aldea
Cogidos de la mano
Por calles y senderos...
Todo en torno a nosotros
Tenía aspecto de alma,
Todo era sentimiento,
Amor, piedad, fervor...
La hoja que caía
Era alma que se alzaba...
Y bajo nuestros pies
La tierra era saudade,
La flor melancolía,
La piedra, conmoción...
Hablabas de la luna,
Del bosque, del amor,
Del ciego que no ha pan,
Del pobre que no ha manto.
¡Y en cada acento tuyo
Había un tal dolor!...
Por eso tu voz dulce
Me impresionaba tanto...
Y entonces yo pensaba
Que eras tan buena y pura
Que en breve, ¡oh dolor único!
Te llamaría el cielo...
Y sollozaba al ver
Alguna obscura sombra
Que el ópalo en tu rostro
Cubría como un velo...
Tu intensa palidez
¡Qué miedo me causaba!
Tu cuerpo era tan fino,
Tan frágil e ideal,
Que yo sentía trémulo
El viento que pasaba;
Caíame en el alma
La nieve de tu faz...
¡Cuál yo quedaba mudo
Y triste aquí en la tierra!...
Cuando una vez la noche
La aldea amortajaba,
Gritaste con espanto
Mirando hacia la sierra:
Qué incendio, y yo riéndome
Dije: «Es la luna llena»
Y entonces sonreiste
También tú de tu engaño;
La luna irguió su frente
Por sobre los pinares,
Ebria de un esplendor
Del tuyo tan hermano,
Que sin querer besé
Sus rayos virginales...
La luna hacia nosotros
Sus brazos extendió...
Brindamos un abrazo
Espléndido y profundo,
Y a ambos hacia los cielos

Con ella nos llevó...
Tú en ellos te quedaste.
¡Yo, solo, volví al mundo!

II

Un rayo albo de luna
Entrando de improviso
En la sombría estancia
Donde medito yo,
Deja en el aire trémulo
Una sonrisa pálida,
Lumínico murmullo
Que recuerda tu voz...
El otoño que llena
De ideal melancolía
Las almas sin amor,
Los troncos sin follaje,
Deja vibrar en mí
Una honda melodía,
Una íntima canción,
Que recuerda tu imagen...
La noche que obscurece
Las almas y senderos,
Más que en el bosque alumbra
La voz del ruiseñor,
La estrella que protege
Y guía a los pastores,
La lágrima del cielo
Que ve morir el sol,
Despiertan en mi pecho
Como un dolor etéreo
Que a la memoria tráeme
La luz de tu mirar...

Todo de tí me habla
¡Oh mi lejano amor!
Los árboles, la tierra,
Y el ruiseñor, y el mar...
Si paso junto a un lirio
A veces, distraído,
Me llama y me susurra
«¡Oh no te olvides de ella!»
E igual me dice en llanto
El viento dolorido,
La fuente con su canto
Con su fulgor la estrella.
Y en toda la luz veo
Tus ojos refulgir.
¡Cómo descubro en todo
El alma que perdí!
¡No encuentro ni una flor
Que no me hable de tí!...
Por eso quiero al pobre,
Y a la naturaleza
—De mi dolor la madre
Y del de Dios la hija—,
Mi corazón al lado
De un pobrecillo reza,
Canta al lado de un niño,
Junto a una estrella brilla...
Mi inmenso amor por tí,
Mi gloria, mi saudade,
Amplióse hasta los cielos,
Los astros abrazó,
Y fué a besar la noche
La claridad, la flor...
Son éstos, amor mío,
Los besos que te doy...

Debes sentirlos, sí,
Dulce mujer de entonces,
¡Oh rojo lirio de hoy!
¡Oh blanca nube actual!...
Igual que antes tu rostro
La rosa aún hoy colora...
Bésote, amor, besando
La rosa virginal...
Mi faz a dorar vienen
Tus ojos, del espacio.
Tu amor que es todo luz•
Baja del firmamento.
Si abrazo un verde tronco
Siento que entre mis brazos
Tu cuerpo se extremece
Como una flor al viento.
Entre las muchas penas
Que a la hora del crepúsculo
Al cielo veo subir,
Solloza tu dolor...
Y escucho tu voz dulce
Al murmurar las aguas
Y al susurrar los pétalos
Que surgen luego en flor.
Si a mojar voy mis labios
En la agua de una fuente,
Tus lágrimas amargas
Queman mi corazón;
Y cuando el viento mima
Mi frente con dulzura,
Siento posarse de ella
Tus dos manos encima...
Cuando al llegar la noche
La luna, blanca Ofelia
Muerta, boga en las aguas
De azur del Infinito,
Siento dora mi rostro
La palidez etérea
Que entonces emanaba
De tu perfil bendito.
Cuando en Abril, al alba
Despierto de repente,
Y veo que en mi estancia
Penetra el sol jugando,
Creo ver ante mí
Tu cuerpo esplendoroso,
Tu cabellera en luz,
Tu gesto lindo y blando.
Descúbrote, oh mujer,
En la natura entera;
Comprendo la floresta
El cielo albidorado,
La estrella en el azul,
Las brasas en la hoguera,
Y el liric que en la cruz
De otoño está plegado.
Hablas conmigo, sí,
Del bien y del dolor,
Y entre los pobres ciegos
Repartes mi buen pan;
Das a las soledades
Los pobres versos míos
Como pobres que van
A orar por los caminos.
Eres mi ideal ternura,
Mi máxima piedad,
Pues todo me conmueve:
El céfiro más leve

Alúmbrame en el pecho
Suäve claridad.
La blancura del lirio
Hincha mi sér de nieve...
Y quedo meditando
En la honda voz del viento,
En la actitud serena
Y extraña de la sierra,
En el furor del mar
Bajo del firmamento,
Y en la nube que extienda
Sus alas a la tierra.
Me quedo a meditar,
—Así, como el que olvida—
Ante la flor preciosa
Y el cielo enamorado,
En frente de la luna
Que surge dolorida
Y a todo va a prestar
Un aire macerado...
Me quedo a meditar...
Un vago etéreo lazo
Me une a tu corazón
Inmenso, en libertad,
Que abraza en si la tierra,
Contiene en sí el espacio
Y va a poblar mi suave,
Mi tierna soledad.
Por eso vivo siempre
En dulce compañía
Como el pobre que pide
Y el astro que fulgura,
Y así mi corazón
Como la luz del día
Derrámase en los cielos
En ondas de ternura...
Soy cual la lluvia, el viento,
La bruma, el luminar...
Soy agua que a la luz
Lunar se torna nube,
Lira que hace vibrar
La brisa más suäve,
Fruto al que una mirada
Madura en un instante,
Piedra que un beso funde,
Espiritual vapor
Que un hálito condensa
En gota cristalina,
Aroma que un solo «ay»
Encarna en triste flor,
Risa que muda en llanto
La pena más exigua.
Vivo la vida inmensa,
Eterna, esplendorosa;
Soy neblina, soy ave,
Y astro y cielo sin fin,
Solo porque tus ojos,
Oh mujer misteriosa,
Por acaso tal vez
Pusiste un día en mí...

## *Al crepúsculo*

Librad, labios, el rezo que os atrae.
Es la hora del enigma. Es el momento
De la Unción de la luz. Todo decae
Con ella; sólo queda el pensamiento.

Por la flor que en olvido da su aliento,
Por el ala que se alza y luego cae,
Por el sol, por las nubes, por el viento,
Librad, labios, el rezo que os atrae.

Rezad por cuanto llévase la muerte
A esa hora triste en que la sombra inerte
Muestra su negra faz, que escalofría.

De mí se ampara un vago horror profundo,
Una tristeza cual de fin del mundo,
Como si nunca más hubiese día...

## *Hora final*

Llega la noche... Siéntese crecer...
Y un silencio de estrellas aparece...
¿Quién es, Señor, quién es que palidece
Y de cenizas cúbrese en mi sér?

El alma en una prez se desvanece...
¡Qué suäve y divino atardecer!

¡Cuán dulce fuera así dejar de ser,
Morir, como el paisaje desfallece!

Morir—sonriendo casi—lentamente,
Ser aún de este mundo inconsecuente,
Y volar ya, soñando, por el cielo...

Morir, abandonarse a la ternura,
Morir, huir al fin la noche obscura
¡Y en Dios calmar por siempre tanto anhelo!...

## *La sombra de Jesús*

Entre el sombrío y bíblico arboledo
Del jardín, donde Cristo reposaba,
En un alborear suäve y ledo,
Se hizo una luz que al aire se ensalzaba.

Más bien era una niebla que entoldaba
El azul y hacia el centro de ella, quedo,
Por milagro gentil, forma tomaba
De hombre y Dios en el bíblico arboledo.

Era Jesús. Y luego Magdalena,
En esa alba genésica y serena,
Corrió al encuentro de Él, enloquecida.

Fué a besarle, a abrazarle con fervor...
Mas Jesús era sueño, amor, dolor;
Era vida sin cuerpo, ¡sólo Vida!

# *Crepúsculo pagano*

Va el día huyendo rápido y dejando
Mi cuerpo envuelto en sombras. Y en la altura
Vuelan penumbras muertas, evocando
De algún dios la visión solemne y pura.
Divinidades yertas aletean
Por la bella floresta del poniente...
Y sombras y amorcillos juguetean...
Y Venus surge lejos, vagamente...
Y bellas ninfas van apareciendo
En la tarde callada que se esfuma:
Iris de siete-sombras describiendo
Su arco ideal de lágrimas y bruma.
Y Pan proyecta allá entre el arboledo
La sombra funerarla de la cruz.
Hay voces en la sombra. Alzase el miedo
Enfrente a la caída de la luz.
Y en el triste crepúsculo sombrío
Corren sombras de faunos. Los pinares
Sienten como un profundo escalofrío,
Y susurran los vientos seculares.
De las hachas que llevan las bacantes,
Casi extinguidas,
Brujuleantes,
Va cayendo ceniza. Y afligidas
Nereidas, a las aguas que murmuran
Inclinan sus cabezas pensativas,
Y sus ojos extáticos procuran
Tiempos de oro a las eras primitivas.

# *El sér espiritual*

¡Ah! Sí; es el más perfecto el que domina
Lo que es menos perfecto; y la Criatura
De pura esencia anímica y divina,
Dirige, atrae, logra al Creador
De su naturaleza, de tal forma
Que la vida del *hombre material*
Tradúcese en la influencia que sobre él
Ejerce la Criatura Espiritual
Que *su medio corpóreo* fecundó.

Cualquier hombre, que, viendo sus miserias,
Viendo su vida trágica, creó
En pensamiento un sér perfecto y libre,
Ese hombre se hace un Dios. Desde ese instante
Su destino consiste en caminar
Hacia ese Dios amado, más distante,
Concebido por él, que es intangible.

Es el destino, *el fin* de nuestra vida.
Y es el fin de la tierra hacer nacer
El árbol el más vivo y más perfecto;
Verle fructificar y florecer.

Es bien claro el *sentido de la Vida*.
¡Bien claro! Porque el Sér Espiritual
Vive en el hombre, tal cual en la tierra
Lo hace la criatura vegetal;
Es del mundo y a la Naturaleza
Pertenece, de que es la flor más linda,
La postrera expresión de la belleza
Que en sí contienen, cielo, tierra y luz.

# *La sombra del Hombre*

Cuando en un sueño aéreo todo duerme,
Y la sombra es cual luz adormecida,
Y el silencio quimérico y disforme
Sólo es una canción interrumpida;

Y un pino, en la nocturna indecisión
Que le perturba y llégale a dañar,
Se vé, en extraña confusión perdido,
Tornarse un vago y tétrico pinar;

Cuando en la sombra espesa, oh fuente mía,
Como agua corre la tu voz sonora,
Y en son moja la faz del horizonte
Que a veces cual nosotros piensa y llora;

Cuando en paz todo duerme, pienso y sueño.
—¿Exaltación? ¿Temor?... ¿Por qué deliro?...—
Y oigo voces que vienen desde el fondo
De un abismo que abierto en mi sér miro;

Y oigo voces y pasos... ¿Quién me habla?
¿Soy yo? ¿Tal vez la lluvia? ¿Acaso el viento?
¡Ah, cómo distinguir de esas mil voces
Que por el cielo van, mi propio acento!

Ya de tanto sentir a la Natura
Poco a poco con ella me confundo.
Y ahora ¿qué soy? En esta incertidumbre
Clamo por mí. ¿Quién me responde? El mundo.

Clamo por mí y respóndeme la estrella;
Clamo aún y el mar díceme: ¿quién clama?
Y díceme la flor: ¿dónde estás, dónde?
Ved la suerte terrible de quien ama.

Quien es tan solo amor se va esfumando;
Para ser todo deja de existir;
Por esto en cuanto Amor nos entristece
Todo en redor se pone a sonreir...

¿Cuál es, Creación, tu júbilo? El profundo
Dolor de las criaturas. Siendo tal,
La alegría de nuestros corazones
Es el hondo dolor universal.

Vivir es recibir la vida agena;
Morir es entregar la propia vida;
Para que mi candil dé una luz pálida,
¡Cuánta gota de aceite consumida!

Dios se exalta en nosotros, vivifícase,
Y en la criatura existe el Criador;
El silencio divino es mi palabra,
La alegría divina, mi dolor.

Cual la límpida luz, que está en los cielos,
Nuestro mirar define, dilatándolo,
Cada nueva criatura a Dios amplía,
Y Dios define al hombre sublimándolo.

¡Oh, Dios! tú eres en mi sombra que surge
Y escapa; eres en mí, fragilidad;
Yo en Ti soy Gracia, Arrobo, Beatitud,
Extasis, Infinito, Eternidad.

Sufre la voz sujeta en unos labios,
Y éstos libres se ven en la alborada
De nuestra voz. Y la Natura entera
Se alegra en Dios y exalta sublimada.

Orar es ver el hombre a Dios en sí,
Y es verse el hombre en Dios. En tal visión,
Consumid vuestros ojos, criaturas..
Y a ese fuego echad vuestro corazón.

Toda criatura o cosa humilde es leña
Que mantiene encendida la luz pura
De la hoguera de Dios en la honda noche
Triste y fría y sin fin de la Natura.

## *Lágrima*

Da la luna en mi faz, y mi mirada
En lágrima añorante se condensa;
La contemplo ante mí como suspensa
En la sombra del aire y recortada.

En su líquido seno de esplendor
La Imagen tuya empieza a alborear,
Que en mi sér, cuerpo y vida va a tomar,
Al besarla, sonriendo, mi dolor.

Beoda de tu espíritu sagrado
La lágrima radiante se estremece
En cuanto mi faz triste palidece,
Y luna y noche sueñan a mi lado.

La conmovida lágrima crepita,
Brasa de mi dolor... Y nada veo;
Que en ella está presente mi deseo
Y está mi vida, frágil e infinita.

Y la lágrima brilla en un adios...
Y desprendida de mis ojos... héla
Distante en el espacio; es una estrella
Que va hacia Dios...

## *De noche*

Cuando me echo a los pies de mi dolor,
De mi Novia-fantasma, y en redor
De mi lecho la sombra se condensa,
Y veo sólo ya la noche inmensa
Ante mis ojos íntimos, pasmados,
Absortos, admirados,
Aparéceme el Reino Espiritual...
Despojado del hábito carnal
Jugueteas allí con mi dolor,
Que no es conmigo ya, oh mi antiguo amor.

Es mi dolor que está conmigo allí
Como entonces yo estaba junto a tí...
Si fuese yo el dolor, ¡con qué alegría
Nuevamente tu rostro besaría!

Mas no soy el dolor, la llama etérea...
Soy la Carne que sufre; esta miseria
Que en el silencio clama:
La Sombra, el Cuerpo doloroso, el Drama.

## AFFONSO DUARTE

# *Llovizna*

Se oye en la majada:
—Simiente nacida
Debe ser regada;
Lluvia bien llovida
Plegaria es rezada.

Y digo yo así:
—Son los pasos quedos
De mi amor a mí;
Son sus lindos dedos
Lluvias al cantar.
¡Llaman a la puerta!
Voyla al punto a hablar.

El rudo pastor
Dice a las ovejas:
—Las pasturas viejas
Cámbieos el Señor.
La lluvia da hierba
Que al hato hace bien
Y el hato da leche

Para los que tienen la salud quebrada,
Para los nenitos que no tienen madre.

# *Salmos al sol*

Amantísimo Dios, Dios de la Altura,
Patriarca de los astros, criador
Del esplendor del orbe, fuente pura
De la inmortal Beldad, hermano-Señor

Del humilde, enemigo de la sombra,
Mirada que descifra, que descierra,
Bendita sea la luz que nos asombra
Y que canta las nupcias de la tierra.

Criador de los árboles y frutos,
De los llanos arables y propicios
Que a los hombres ofrecen sus productos,
Recibe, oh sol, mis altos sacrificios.

Oh siempre igual en gracia y en bondad,
Que doras a las gentes y a la sierra
Para enseñar al hombre la igualdad
Que todos lloran en la misma tierra;

En tus manos recibe estos mis versos
Hechos de polvo y lágrimas lloradas
Por quienes todo el día están inmersos
En la ruda labor de las aradas.

¡Novio del cielo y dios de perfección!...
Mirad el sol, criaturas, y bañaos
En su belleza, y en estrecha unión,
Oh de la tierra brazos, abrazaos.

Sed bellos y sed fuertes por amor
Del sol, del sol hermanos; no cejéis.
Colmaos de su gracia y resplandor
Y de la raza de héroes seréis.

## JAIME CORTESÂO

# *Elogio de las lágrimas*

I

La lágrima es alma pura
Que junto al cielo medita,
Mas que en breve se evapora
Para ser vida infinita.

II

Lo que una lágrima expresa
—Dolor, encanto, alegría—
Es la voz de lo sublime
Que dentro el alma dormía.

III

Los ojos son labios de alma,
Dolor y sed que devora,
Sed de agua que el agua alivia...
Por eso la gente llora.

Fuente de llanto profundo
—Agua divina al correr—
Que desde el fondo del pecho
Va a los ojos a nacer.

Baña la faz y va al dulce
Seno del alma, naciente;
Tras del ardor del estío
Primavera nuevamente.

IV

Cuando más, amor, me abrazas,
Más el alma va subiendo...
Llega a los ojos, y vuela...
Son las lágrimas cayendo.

V

Cuando en mis brazos te escondes
Y preguntas si te adoro,
Callo.—Entouces no respondes...
Entonces te miro... y lloro.

VI

Almas—sepultas raíces...
Lágrimas—flores brotando...
¡Cuántas bellezas ocultas
Sólo se aprecian llorando!

VII

Ojos que lloran de pena
Ven de cerca al Dios bendito,
Que en las simples gotas de agua
Se refleja el infinito.

## VIII

Llorar es partir de pena
El corazón en pedazos,
Transformarlo en besos de agua,
Y el alba nieve en abrazos.

## IX

«Vengo a darte el corazón
Pues la suerte nos aparta...»
Vé si era o no era verdad:
De llanto inundé la carta...

## X

Es preciso que así sea:
Las lágrimas son saladas,
Mas la vida se hace mucho
Mejor después de lloradas.

## XI

Cuando lloro y rueda el llanto
De mis ojos gota a gota,
Siento que alguien me consuela,
Siento en mí una mano ignota.

## XII

Llorar por penas de amor
Es la divina sorpresa
De olvidarse del dolor
Y admirarle en su grandeza.

XIII

¡Oh, alma! Profundo abismo
Siempre colmado de abrojos...
...Mas dolor que va muy hondo
Pone perlas en los ojos.

XIII

Llorar es rogar al cielo,
Hacer acto de humildad;
Quien llora, a Dios se aproxima,
Confiesa amor y bondad.

## *Renacimiento*

Nací de nuevo y libre me hallo al fin...
Bajo un cielo de estrellas inundado
Ví en extraña visión, que un serafín
Descendía y poníase a mi lado.

El beso que me dió no tuvo fin;
Halleme entre sus brazos sujetado,
Y luego de haberme algo susurrado,
Batió sus alas blancas de satín.

Ay, cuán dulce es el seno en que me mece,
Cual todo más profundo me parece...
Mas ya ¿quién de vosotros me entendiere?

En un mundo mejor mi sér inundo...
Y he conocido presto que a ese mundo
Quien va no vuelve, o cuando vuelve, muere.

## CÂNDIDA AYRES DE MAGALHÃES

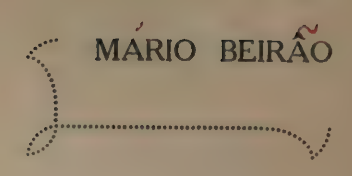
### *Juventud*

No tener esperanza y fe que aliente,
Ni amor, ni un sólo bien que nos sonría,
Ni consuelo, ni paz; no tener guía
En la vida, que ofrece y luego miente.

Sentir en su interior, siempre gimiente
El corazón sediento de alegría,
Tal como un ciego, que la luz del día
Llora desde su triste noche ingente.

Exclamar dirigiéndose a la Muerte:
«Tú podrás consolar mi triste suerte;
¡Oh, lleva a quien no deja una inquietud!»

Y la Muerte exclamar: «Sigue el camino;
Eres aún joven; cumple tu destino...»
¡Para cuántos esto es la Juventud!




# *Los fuegos*

De noche en las planicies desoladas,
—Lodos sangrientos, campos de rastrojos—
Hay tonos encendidos. A mis ojos
Retuércense las altas llamaradas.

Miro de lejos la extensión y anego
En la agitada fúlgida pintura
Mis ojos que devoran la llanura
—Negra tinta espectrando rojo fuego—.

Es una tela bárbara de espanto,
De vida en tribu con visiones bellas
De escenas moras, es, por raro encanto,
La Tierra alada en Cielo, fulgente de centellas.

¡Igneo esplendor!
Coloraciones mágicas de estío,
Cuando el día degrada su fulgor.

De oro lúbrico abrasa el suelo impío;
La voz de los pastores, cadenciada,
La luz la quema y en el ígneo río
Murmura la liscuada llamarada.

En torno de la tierra,
Por las calvas planicies desoladas,
Vibra el Fuego sus alas chamuscadas;
La Noche deslumbrante ofusca, aterra...

¡Hora de Cielo e Infierno,
Oh transporte sublime, magno y fuerte!
Sierpes, que el Fuego sorprendió en su averno,
Silban aún llamas, desespero y muerte.

Obstínase la hoguera
En ofuscar al Mundo y a las Horas;
Arde el bosque, el Azul—de azul de auroras—
Y la noche se inflama de asombro y de quimera.

Y el viento—oh mágico pintor—delira,
La llama tuerce en espiral convulsa,
Rasga la tela en desgreñada ira
Con manos invisibles, en donde el Genio pulsa...

Los ojos de la llama chispean pequeñuelos
Y lanzan al partir borrones cual de hiel,
Caprichos de un pintor cuyo genial pincel
Le enciende en rayos, lava y ocasos de otros cielos.

No queda ni un refugio en que se acoja
Un lobo peregrino y vagabundo;
Queda un brasero en la penumbra roja,
La noche austera y el Azul profundo.

Oh fuego para arder en las pendientes
En las antiguas eras,
Consagrando los astros esplendentes
Y el corazón domando de las fieras.

Altar de luz fundiendo en sólo un culto
Tribus a orar hostiles. Relámpago imprevisto;
Llamas de un encendido fantasma disepulto;
Lengua cristiana hablada antes de Cristo.

¡Hogueras para arder en despoblado,
Por los yermos rincones!...
A vuestra luz, que en círculo apretado
Palpita de oraciones,
Surge un pueblo del Sur, en cuyos ojos mora
Longíncua de crepúsculo una aurora.
Pueblo infeliz que vive en suicidarse,
La tierra arando, abriendo la postrimera cama,
Y en su fervor de parsi
Acepta y aún bendice vuestra llama.

¡Oh Pueblo en cuya lengua hay ecos de baladas
Que otro acento cantó,
Voz que recuerda ensueños al ir por las quebradas,
Por donde cierta tribu, absorta en sí, vagó!
¡Las manos cruza y queda así rezando,
Que el fuego el redentor!
Si en tu lar un infante despiértase llorando
Ya el trigo es pan en flor!

Y el trigo de la luz que reverbera,
Procede, y son las llamas como aras relumbrantes...
En el bosque en ceniza, en Primavera
Las mieses brillarán en ondas radiantes.

Porque soy de la misma raza ardiente,
Porque llevo en mis ojos extasiados
La añoranza y dulzor de los ganados,
Del sol y de los prados peregrinos,

Las manos negrecidas levanto humildemente,
Y mis ardientes súplicas, mis temblorosos ruegos,
Van todos a vosotros, inciensos derramados,
Oh fulgores divinos,
¡Oh Fuegos!

## *Aparecida*

A la hora en que el poniente se constela
De flores del ensueño que desmayan,
E ígneas visiones sugerentes rayan
Los yermos tristes de la ténue tela;

A la hora en que Dios atento vela,
Y por el cielo undísono se explayan
Los coros de los ángeles que ensayan,
Y el pasado en futuro se revela;

Vienes a mí, callada y amatoria;
Tus ojos, que son largos de memoria,
Reflejan sueños idos, oro incierto...

Lloro... sonríes, bella Aparecida.
Somos en ese instante ambos la vida,
Y el resto en derredor lo vemos muerto.

## *Angel*

Cuando para mirarte el sol declina,
Y tu cabello espléndido fluctúa,
En la mía tu alma se insinúa
Y es tu rostro prez que álzase, divina.

Nuestras voces son luz que nos fascina;
—¿Nuestras?... Amor, perdona, sólo una...—
Y miras, y en la paz crece la luna,
Como flor, en la tarde peregrina.

Tu pura gracia—eterno Abril jocundo,
Bendición del Señor que a todo alcanza—
Sonríe en flor en el negror del mundo.

La luz del cielo ha trascendido a tí,
Y en un silencio lleno de esperanza
Oigo tu corazón latir por mí.

## ANTÓNIO FERREIRA MONTEIRO

# *El anhelo*

En el dolor extremo y la alegría
Siempre hay alguna cosa que nos falta,
Siempre un anhelo inasequible exalta
Su vívida y eterna sinfonía.

Y es ese anhelo que en nuestra alma cría,
En su misterio, la inquietud más alta.
Insatisfecho, con dolor me asalta
Un afán ardoroso de armonía.

Sólo es anhelo nuestra propia vida.
Cambiando formas, varia, indefinida,
Busca la perfección, mas vana empresa.

¡Una estrella del cielo es mi destino!...
¡Fuese yo Dios, el párvulo divino!...
¡Lleva el mundo en la mano y no le pesa!...

## *Luna de tristeza*

A veces, si al tenderme aquí en la aldea,
La luna entre los montes aparece,
Yo no sé qué tristeza me entristece
Ni en qué añoranzas mi alma se recrea.

Siento que con nacer la luna llena
Mi cuerpo enajenado desfallece,
Y a medida que asciende, me parece
Que a su dulce tristeza me encadena.

La obscura melodía se concierta;
Llega hasta mí por la ventana abierta,
Y en mí despierta sueños extinguidos.

El alma llora triste, insatisfecha...
Y en cuanto el alma llora, ya deshecha,
La voz nocturna encanta mis oídos...

## ALFREDO BROCHADO

# *Mi voz*

Mi voz se ha extraviado por los montes;
De noche a ellos acude a sollozar.
La escucho a ella al escuchar las fuentes
Que por las sierras óyense llorar.

Es la voz de los dulces horizontes
Cuando empieza la luna a clarear,
La voz de los pinares, y las frentes,
Por siempre condenadas a callar.

Mi voz es el gemir de un moribundo
De ojos cerrados ya, que no vé el mundo,
Mas que entrevé del cielo el resplandor.

Es mi voz al rezar la voz ¡que ansía!...
—Son tus ojos llorando, madre mía—
Es, cantando, mi voz la del Señor.

# *Crepúsculo*

Se ha hecho el silencio; dan las Trinidades;
No puede haber momento más sagrado...
¡Hora de íntimas hablas, de saudades,
De susurros del pecho enamorado!

Por los caminos de las heredades
Ni aún se oyen los cencerros del ganado...
Se ha hecho el silencio; dan las Trinidades...
Tal vez hasta el hablar sea pecado.

Vuelven del campo grís los labradores,
Las madres van sus hijos a cunar,
Se oye cantar a humildes trovadores...

Después... la noche, el enajenamiento...
Callan las gentes para oir hablar
La voz de Dios, que lo es del pensamiento.

# ÍNDICE